



Azul

RUBÉN DARÍO

Rubén Darío

Azul

Bajalibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-1781-15-7

Publisher: Vi-Da Global S.A.
Copyright: Vi-Da Global S.A.
Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)
CUIT: 30-70827052-7

Al Sr. D. Federico Varela

Gerón, rey de Siracusa, inmortalizado en sonoros versos griegos, tenía un huerto privilegiado por favor de los dioses, huerto de tierra ubérrima que fecundaba el gran sol. En él permitía a muchos cultivadores que llegasen a sembrar sus granos y sus plantas.

Había laureles y gloriosos, cedros fragrantés, rosas encendidas, trigo de oro, sin faltar yerbas pobres que arrostraban la paciencia de Gerón.

No sé qué sembraría Teócrito, pero creo que fue un cítiso y un rosal.

Señor, permitid que junto a una de las encinas de vuestro huerto, extienda mi enredadera de campánulas.

R.D.

Al Sr. Dr. D. Francisco Lainfiesta

AFECTO Y GRATITUD

R.D.

A D. Rubén Darío

22 de Octubre de 1888

I

Todo libro que desde América llega a mis manos excita mi interés y despierta mi curiosidad; pero ninguno hasta hoy la ha despertado tan viva como el de Ud., no bien comencé a leerle.

Confieso que al principio, a pesar de la amable dedicatoria con que Ud., me envía el ejemplar, miré el libro con indiferencia..., casi con desvío. El título *Azul...* tuvo la culpa.

Víctor Hugo dice: *L'art c'est l'azur*; pero yo ni me conformo ni me resigno con que tal dicho sea muy profundo y hermoso. Para mí tanto vale decir que el arte es lo azul como decir que es lo verde, lo amarillo o lo rojo. ¿Por qué, en este caso, lo azul (aunque en francés no sea *bleu* sino *azur*, que es más poético) ha de ser cifra, símbolo y superior predicamento que abarque lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud vaga y sin límites, donde nacen, viven, brillan y se mueven los astros? Pero aunque todo esto y más surja del fondo de nuestro ser y aparezca a los ojos del espíritu, evocado por la palabra *azul*, ¿qué novedad hay en decir que el arte es todo esto? Lo mismo es decir que el arte es imitación de la naturaleza, como la definió Aristóteles: la percepción de todo lo existente y de todo lo posible, y su reaparición por el hombre en signos, letras, sonidos, colores o líneas. En suma, yo, por más vueltas que le doy, no veo en eso de que *el arte es lo azul* sino una frase enfática y vacía.

Sea, no obstante, el arte azul, o del color que se quiera. Como sea bueno, el color es lo que menos importa. Lo que a mí me dio mala espina fue el ser la frase de Víctor Hugo, y el que usted hubiese dado por título a su libro la palabra fundamental de la frase. ¿Si será éste, me dije, uno de tan tos y tantos como por otras partes, y sobre todo en Portugal y en la América española, han sido inficionados por Víctor

¿Hugo? La manía de imitarle ha hecho verdaderos estragos, porque la atrevida juventud exagera sus defectos, y porque eso que se llama *genio*, y que hace que los defectos se perdonen y tal vez se aplaudan, no se imita cuando no se tiene. En resolución, yo sospeché que era Ud. un Víctor Huguito, y estuve más de una semana sin leer el libro de Ud.

No bien lo he leído, he formado muy diferente concepto. Usted es Ud.: con gran fondo de originalidad, y de originalidad muy extraña. Si el libro, impreso en Valparaíso, en este año de 1888, no estuviese en muy buen castellano, lo mismo pudiera ser de un autor francés, que de un italiano, que de un turco o de un griego. El libro está impregnado de espíritu cosmopolita. Hasta el nombre y el apellido del autor, verdaderos o contrahechos y fingidos, hacen que el cosmopolitismo resalte más. Rubén es judaico, y persa es Darío: de suerte que, por los nombres, no parece sino que Ud. quiere ser o es de todos los países, castas y tribus.

El libro *Azul...* no es en realidad un libro; es un folleto de 132 páginas; pero tan lleno de cosas y escrito por estilo tan conciso, que da no poco en qué pensar y tiene bastante que leer. Desde luego se conoce que el autor es muy joven: que no puede tener más de veinticinco años, pero que los ha aprovechado maravillosamente. Ha aprendido muchísimo, y en todo lo que sabe y expresa muestra singular talento artístico o poético.

Sabe con amor la antigua literatura griega; sabe de todo lo moderno europeo. Se entrevé, aunque no hace gala de ello, que tiene el concepto cabal del mundo visible y del espíritu humano, tal como este concepto ha venido a formarse por el conjunto de observaciones, experiencias, hipótesis

y teorías más recientes. Y se entrevé también que todo esto ha penetrado en la mente del autor, no diré exclusivamente, pero sí principalmente, a través de libros franceses. Es más: en los perfiles, en los refinamientos, en las exquisiteces del pensar y del sentir del autor, hay tanto de francés, que yo forjé una historia a mi antojo para explicármelo. Supuse que el autor, nacido en Nicaragua, había ido a París a estudiar para médico o para ingeniero, o para otra profesión; que en París había vivido seis o siete años, con artistas, literatos, sabios y mujeres alegres de por allá; y que mucho de lo que sabe lo había aprendido de viva voz, y empíricamente, con el trato y roce de aquellas personas. Imposible me parecía que de tal manera se hubiese impregnado el autor del espíritu parisiense novísimo, sin haber vivido en París durante años.

Extraordinaria ha sido mi sorpresa cuando he sabido que Ud., según me aseguran sujetos bien informados, no ha salido de Nicaragua sino para ir a Chile, en donde reside desde hace dos años a lo más. ¿Cómo, sin el influjo del medio ambiente, ha podido Ud. asimilarse todos los elementos del espíritu francés, si bien conservando española la forma que aúna y organiza estos elementos, convirtiéndolos en sustancia propia?

Yo no creo que se ha dado jamás caso parecido con ningún español peninsular. Todos tenemos un fondo de españolismo que nadie nos arranca ni a veinticinco tirones. En el famoso abate Marchena, con haber residido tanto tiempo en Francia, se ve el español: en Cienfuegos es postizo el sentimentalismo empalagoso a lo Rousseau, y el español está por bajo. Burgos y Reinoso son afrancesados y no franceses. La cultura de Francia, buena y mala, no pasa nunca de superficie. No es más que un barniz transparente, detrás del cual se descubre la tradición española.

Ninguno de los hombres de letras de esta Península que he conocido yo, con más espíritu cosmopolita, y que más largo tiempo han residido en Francia, y que han hablado mejor el francés y otras lenguas extranjeras, me ha parecido nunca tan compenetrado del espíritu de Francia como Ud. me parece: ni Galiano, ni don Eugenio de Ochoa, ni Miguel de los Santos Álvarez. En Galiano había como una mezcla de anglicismo y de filosofismo francés del siglo pasado; pero todo sobrepuesto y no combinado con el ser de su espíritu, que era castizo. Ochoa era y siguió siendo siempre archi y ultraespañol, a pesar de su entusiasmo por las cosas de Francia. Y en Álvarez, en cuya mente bullen las ideas de nuestro siglo, y que ha vivido muchos años en París, está arraigado el ser del hombre de Castilla, y en su prosa recuerda al lector de Cervantes y a Quevedo, y en sus versos a Garcilaso y a León, aunque, así en versos como en prosa, emita él siempre ideas más propias de nuestro siglo que de los que pasaron. Su chiste no es el *esprit* francés, sino el *humor* español de las novelas picarescas y de los autores cómicos de nuestra peculiar literatura.

Veo, pues, que no hay autor en castellano más francés que Ud. Y lo digo para afirmar un hecho, sin elogio y sin censura. En todo caso, más bien lo digo como elogio. Yo no quiero que los autores no tengan carácter nacional; pero yo no puedo exigir de Ud. que sea nicaragüense, porque ni hay ni puede haber aún historia literaria, escuela y tradiciones literarias en Nicaragua. Ni puedo exigir de Ud. que sea literariamente español, pues ya no lo es políticamente, y está además separado de la madre patria por el Atlántico, y más lejos, en la república donde ha nacido, de la influencia española, Ve en otras repúblicas hispano-americanas. Estando así disculpado el galicismo de la mente, es fuerza dar a Ud. alabanzas a manos llenas por lo perfecto y profundo de ese galicismo; porque el lenguaje persiste español, legítimo y de buena ley, y porque si no tiene Ud. carácter nacional, posee carácter individual.

En mi sentir, hay en Ud. una poderosa individualidad de escritor, ya bien marcada, y que, si Dios da a Ud. la salud que yo le deseo y larga vida, ha de desenvolverse y señalarse más con el tiempo en obras que sean gloria de las letras hispano-americanas.

Leídas las 132 páginas de *Azul...*, lo primero que se nota es que está Ud.

saturado de toda la más flamante literatura francesa. Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Bourget, Sully Prudhomme, Daudet, Zola, Barbey d'Aureville, Catulo Mendés, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y novelistas han sido por Ud. bien estudiados y mejor comprendidos. Y Ud. no imita a ninguno: ni es Ud. romántico, ni naturalista, ni *neurótico*, ni decadente, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quinta esencia.

Resulta de aquí un autor nicaragüense, que jamás salió de Nicaragua sino para ir a Chile, y que es autor tan a la moda de París y con tanto *chic* y distinción, que se adelanta a la moda y pudiera modificarla e imponerla.

En el libro hay «Cuentos en prosa» y seis composiciones en verso. En los cuentos y en las poesías, todo está cincelado, burilado, hecho para que dure, con primor y esmero, como pudiera haberlo hecho Flaubert o el parnasianismo más atildado. Y, sin embargo, no se nota el esfuerzo, ni el trabajo de la lima, ni la fatiga del rebuscar; todo parece espontáneo y fácil y escrito al correr de la pluma, sin mengua de la concisión, de la precisión y de la extremada elegancia. Hasta las rarezas extravagantes y las salidas de tono, que a mí me chocan, pero que acaso agraden en general, están hechas adrede. Todo en el librito está meditado y criticado por el autor, sin que ésta su crítica previa o simultánea de la creación perjudique al brío apasionado y a la inspiración del que crea.

Si se me preguntase qué enseña su libro de usted y de qué trata, respondería yo sin vacilar: no enseña nada, y trata de nada y de todo. Es obra de artista, obra de pasatiempo, de mera imaginación. ¿Qué enseña o de qué trata un dije, un camafeo, un esmalte, una pintura o una linda copa esculpida?

Hay, sin embargo, notable diferencia entre toda escultura, pintura, dije y hasta música, y cualquier objeto de arte cuyo *material* es la palabra. El mármol, el bronce y el sonido no diré yo que sutalizando mucho no puedan significar algo de por sí; pero la palabra, no sólo puede significar, sino que forzosamente significa ideas, sentimientos, creencias, doctrinas y todo el pensamiento humano. Nada más factible, a mi ver (acaso porque yo soy poco agudo), que una bella estatua, un lindo dije, un cuadro primoroso, sin trascendencia o sin símbolo; pero ¿cómo escribir un cuento o unas coplas sin que deje ver el autor lo que niega, lo que afirma, lo que piensa y lo que siente? El pensamiento en todas las artes pasa con la forma desde la mente del artista a la sustancia o materia del arte; pero en el arte de la palabra, además del pensamiento que pone el artista en la forma, la sustancia o materia del arte es pensamiento también, y pensamiento del artista. La única materia extraña al artista es el Diccionario con las reglas gramaticales que siguen las voces en su combinación; pero como ni palabras ni combinaciones de palabras pueden darse ni deben darse sin sentido, de aquí que materia y forma sean en poesía y en prosa creación del escritor o del poeta; sólo quedan fuera de él, digámoslo así, los signos hueros, o sea abstrayendo lo significado.

De esta suerte se explica cómo, con ser su libro de Ud. de pasatiempo, y sin propósito de enseñar nada, en él se ven patentes las tendencias del autor sobre las cuestiones más trascendentales. Y justo es que confesemos que los dichos pensamientos no son ni muy edificantes ni muy consoladores.

La ciencia de experiencia y de observación ha clasificado cuanto hay, y ha hecho de ello hábil inventario. La crítica histórica, la lingüística y el estudio de las capas que forman la corteza del globo han descubierto bastante de los pasados hechos humanos que antes se ignoraban; de los astros que brillan en la extensión del éter se sabe muchísimo; el mundo de lo imperceptiblemente pequeño se nos ha revelado merced al microscopio: hemos averiguado cuántos ojos tiene tal insecto y cuántas patitas tiene tal otro: sabemos ya de qué elementos se componen los tejidos orgánicos, la sangre de los animales y el jugo de las plantas: nos hemos aprovechado de agentes que antes se sustraían al poder humano, como la electricidad; y

gracias a la estadística, llevamos minuciosa cuenta de cuanto se engendra y de cuanto se devora; y si ya no se sabe, es de esperar que pronto se sepa, la cifra exacta de los panecillos, del vino y de la carne que se come y se bebe la humanidad a diario.

No es menester acudir a sabios profundos, cualquiera sabio adocenado y medianejo de nuestra edad conoce hoy, clasifica y ordena los fenómenos que hieren los sentidos corporales, auxiliados estos sentidos por instrumentos poderosos que aumentan su capacidad de percepción. Además se han descubierto, a fuerza de paciencia y de agudeza, y por virtud de la dialéctica y de las matemáticas, gran número de leyes que dichos fenómenos siguen.

Natural es que el linaje humano se haya ensoberbecido con tamaños descubrimientos e invenciones; pero no sólo en torno y fuera de la esfera de lo conocido y circunscribiéndola, sino también llenándola, en lo esencial y sustancial, queda un infinito inexplorado, una densa e impenetrable oscuridad, que parece más tenebrosa por la misma contraposición de la luz con que ha bañado la ciencia la pequeña suma de cosas que conoce. Antes, ya las religiones con sus dogmas, que aceptaba la fe, ya la especulación metafísica con la gigante máquina de sus brillantes sistemas, encubrían esa inmensidad incognoscible, o la explicaban y la daban a conocer a su modo. Hoy priva el empeño de que no haya ni metafísica ni religión. El abismo de lo incognoscible queda así descubierto y abierto, y nos atrae y nos da vértigo, y nos comunica el impulso, a veces irresistible, de arrojarnos en él.

La situación, no obstante, no es incómoda para la gente sensata de cierta ilustración y fuste. Prescinden de lo trascendente y de lo sobrenatural para no calentarse la cabeza ni perder el tiempo en balde. Esta eliminación les quita no pocas aprensiones y cierto miedo, aunque a veces les infunde otro miedo y sobresalto fastidiosos. ¿Cómo contener a la plebe, a los menesterosos, hambrientos e ignorantes, sin ese freno que ellos han desechado con tanto placer? Fuera de este miedo que experimentan algunos sensatos, en todo lo demás no ven sino motivo de satisfacción y parabienes.

Los insensatos, en cambio, no se aquietan con el goce del mundo, hermozeado por la industria e inventiva humanas, ni con lo que se sabe, ni con lo que se fabrica, y anhelan averiguar y gozar más.

El conjunto de los seres, el universo todo, cuanto alcanzan a percibir la vista y el oído, ha sido, como idea, coordinado metódicamente en una anaquelaría o casillero para que se comprenda mejor; pero ni este orden científico, ni el orden natural, tal como los insensatos le ven, los satisface. La molición y el regalo de la vida moderna los ha hecho muy descontentadizos. Y así, ni del mundo tal como es, ni del mundo tal como le concebimos, se forma idea muy aventajada. Se ven en todo faltas, y no se dice lo que dicen que dijo Dios: *que todo era bueno*. La gente se lanza con más frecuencia que nunca a decir que todo es malo; y en vez de atribuir la obra a un artífice inteligentísimo y supremo, la supone obra de un prurito inconsciente de fabricar cosas que hay *ab eterno* en los átomos, los cuales tampoco se saben a punto fijo lo que sean.

Los dos resultados principales de todo ello en la literatura de última moda son:

1.º Que se suprima a Dios o que no se le miente sino para insolentarse con él, ya con reniegos y maldiciones, ya con burlas y sarcasmos.

y 2.º Que en ese infinito tenebroso e incognoscible perciba la imaginación, así como en el éter, nebulosas o semilleros de astros, fragmentos y escombros de religiones muertas, con los cuales procura formar algo como ensayo de nuevas creencias y de renovadas mitologías.

Estos dos rasgos van impresos en su librito de usted. El pesimismo, come toda descripción de lo que conocemos, y la poderosa y lozana producción de seres fantásticos, evoca os o sacados de las tinieblas de lo incognoscible, donde vagan las ruinas de las destrozadas creencias y supersticiones vetustas.

Ahora será bien que yo cite muestras y pruebe que hay en su libro de Ud., con notable elegancia, todo lo que afirmo; pero esto requiere segunda carta.

II

En la cubierta del libro que me ha enviado usted, veo que ha publicado Ud. ya o anuncia la publicación de otros varios, cuyos títulos son: *Epístolas y poemas, Rimas, Abrojos, Estudios críticos, Álbumes y abanicos, Mis conocidos y Dos años en Chile*. Anuncia igualmente dicha cubierta que prepara Ud. una novela, cuyo sólo título nos da en las narices del alma (pues si hay ojos del alma o tiene el alma ojos, bien puede tener narices) con un tufillo a pornografía. La novela se titula *La carne*.

Nada de esto, con todo, me sirve hoy para juzgar a Ud., pues yo nada de esto conozco. Tengo que contraerme al libro *Azul...*

En este libro no sé qué debo preferir: si la prosa, o los versos. Casi me inclino a ver mérito igual en ambos modos de expresión del pensamiento de Ud. En la prosa hay más riqueza de ideas; pero es más afrancesada la forma. En los versos, la forma es más castiza. Los versos de usted se parecen a los versos españoles de otros autores, y no por eso dejan de ser originales: no recuerdan a ningún poeta español, ni antiguo, ni de nuestros días.

El sentimiento de la naturaleza raya en Ud. en adoración panteística. Hay en las cuatro composiciones (*a* o más bien *en* las cuatro estaciones del año) la más gentilica exuberancia de amor sensual, y en este amor, algo de religioso. Cada composición parece un himno sagrado a Eros, himno que, a veces, en la mayor explosión de entusiasmo, el pesimismo viene a turbar con la disonancia, ya de un ay de dolor, ya de una carcajada sarcástica. Aquel sabor amargo, que brota del centro mismo de todo deleite, y que tan bien experimentó y expresó el ateo Lucrecio,

medio defonte leporum

Surgit amari aliquid, quod in ipsis floribus angat,

acude a menudo a interrumpir lo que Ud. llama

La música triunfante de mis rimas.

Pero, como en Ud. hay de todo, noto en los versos, además del ansia de deleite y además de la amargura de que habla Lucrecio, la sed de lo eterno, esa aspiración profunda e insaciable de las edades cristianas, que el poeta pagano quizá no hubiera comprendido.

Usted pide siempre más al hada, y...

El hada entonces me llevó hasta el velo
Que nos cubre las ansias infinitas,
La inspiración profunda
Y el alma de las liras
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.

Pero aun así, no se satisface el poeta, y pide más al hada.

Tiene Ud. otra composición, la que lleva por título la palabra griega «Anagke», donde el cántico de amor acaba en un infortunio y en una blasfemia. Suprimiendo la blasfemia final, que es burla contra Dios, voy a poner aquí el cántico casi completo.

Y dijo la paloma:

Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
En el árbol en flor, junto a la poma
Llena de miel, junto al retoño suave
Y húmedo por las gotas del rocío,

Tengo mi hogar. Y vuelo,
Con mis anhelos de ave,
Del amado árbol mío
Hasta el bosque lejano,
Cuando el himno jocundo
Del despertar de Oriente,
Sale el alba desnuda, y muestra al mundo
El pudor de la luz sobre su frente.
Mi ala es blanca y sedosa;
La luz adora y baña
Y céfiro la peina.
Son mis pies como pétalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
Que arrulla a su palomo en la montaña,
En el fondo del bosque pintoresco
Está el alerce en que formé mi nido;
Y tengo allí, bajo el follaje fresco,
Un polluelo sin par, recién nacido.
Soy la promesa alada,
El juramento vivo;
Soy quien lleva el recuerdo de la amada
Para el enamorado pensativo.
Yo soy la mensajera
De los tristes y ardientes soñadores,
Que va a revolotear diciendo amores
Junto a una perfumada cabellera.
Soy el lirio del viento.
Bajo el azul del hondo firmamento
Muestro de mi tesoro bello y rico
Las preseas y galas:
El arrullo en el pico
La caricia en las alas.
Yo despierto a los pájaros parleros
Y entonan sus melódicos cantares:
Me poso en los floridos limoneros
Y derramo lluvia de azahares.
Yo soy toda inocente, toda pura.
Yo me esponjo en las ansias del deseo,
Y me estremezco en la íntima ternura
De un roce, de un rumor, de un aleteo.
¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque a Flora
Das la lluvia y el sol siempre encendido:
Porque, siendo el palacio de la Aurora,
También eres el techo de mi nido.
¡Oh inmenso azul! Yo adoro
Tus celajes risueños,
Y esa niebla sutil de polvo de oro
Donde van los perfumes y los sueños.
Amo los velos tenues, vagarosos,
De las flotantes brumas,

Donde tiendo a los aires cariñosos
El sedeno abanico de mis plumas.
¡Soy feliz! Porque es mía la floresta,
Donde el misterio de los nidos se halla;
Porque el alba es mi fiesta
Y el amor mi ejercicio y mi batalla.
Feliz, porque de dulces ansias llena,
Calentar mis polluelos es mi orgullo;
Porque en las selvas vírgenes resuena
La música celeste de mi arrullo;
Porque no hay una rosa que no me ame,
Ni pájaro gentil que no me escuche,
Ni garrido cantor que no me llame!...
-¿Sí? dijo entonces un gavilán infame,
Y con furor se la metió en el buche.

Suprimo, como dije ya, los versos que siguen, y que no pasan de ocho, donde se habla de la risa que le dio a Satanás de resultas del lance y de lo pensativo que se quedó el Señor en su trono.

Entre las cuatro composiciones en las estaciones del año, todas bellas y raras, sobresale la del verano. Es un cuadro simbólico de los dos polos sobre los que rueda el eje de la vida: el amor y la lucha; el prurito de la destrucción y el de reproducción. La tigre virgen en celo está magistralmente pintada, y mejor aún acaso el tigre galán y robusto que llega y la enamora.

Al caminar se vía
Su cuerpo ondear con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
Debajo de la piel. Y se diría
Ser aquella alimaña
Un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
Del labio relamía. Cuando andaba,
Con su paso chafaba
La hierba verde y muelle,
Y el ruido de su aliento semejaba.
El resollar de un fuelle.

Síguense la declaración de amor, el sí en lenguaje de tigres y los primeros halagos y caricias. Después... el amor en su plenitud, sin los poco decentes pormenores en que entran Rollinat y otros casos semejantes.

Después el misterioso
Tacto, las impulsivas
Fuerzas que arrastran con poder pasmoso,
Y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
Bajo las vastas selvas primitivas.

El príncipe de Gales, que andaba de caza por allí con gran séquito de monteros y jauría de perros, viene a poner trágico fin al idilio.

El príncipe mata a la tigre de un escopetazo. El tigre se salva, y luego en su gruta tiene un extraño sueño:

Que enterraba las garras y los dientes
En vientres sonrosados
Y pechos de mujer; y que engullía
Por postres delicados
De comidas y de cenas,
Como tigre goloso entre golosos,
Unas cuantas docenas
De niños tiernos, rubios y sabrosos.

No parece sino que, en sentir del poeta, tendría menos culpa el tigre, aunque fuese ser responsable, devorando mujeres y niños, que el príncipe matando tigres. El afecto del poeta se extiende casi por igual sobre tigres y sobre príncipes, a quienes un determinismo fatal mueve a matarse recíprocamente, como el ratón y el gato en la fábula de Álvarez.

Los cuentos en prosa son más singulares aún. Parecen escritos en París, y no en Nicaragua ni en Chile. Todos son brevísimos. Usted hace gala de laconismo. «La Ninfa» es quizá el que más me gusta. La cena en la quinta de la cortesana está bien descrita. El discurso del sabio prepara el ánimo del lector. Los límites, que tal vez no existan, pero que todos imaginamos, trazamos y ponemos entre lo natural y lo sobrenatural, se esfuman y desaparecen. San Antonio vio en el yermo un hipocentauro y un sátiro. Alberto Magno habla también de sátiros que hubo en su tiempo. ¿Por qué no ha de haber sátiros, faunos y ninfas? La cortesana anhela ver un sátiro: el poeta una ninfa. La aparición de la ninfa desnuda al poeta, en el parque de la quinta, a la mañana siguiente, en la umbría apartada y silenciosa, entre los blancos cisnes del estanque, está pintada con tal arte que parece verdad.

La ninfa huye y queda burlado el poeta: pero en el almuerzo, dice luego la cortesana:

-«El poeta ha visto ninfas.»

«Todos la contemplaron asombrados, y ella me miraba como una gata y se reía, se reía, como una chicuela a quien hacen cosquillas.»

«El velo de la Reina Mab» es precioso. Empieza así:

«La Reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló un día por la ventana de una buhardilla, donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes, lamentándose como unos desdichados.»

Eran un pintor, un escultor, un músico y un poeta. Cada cual hace su lastimoso discurso, exponiendo aspiraciones y desengaños. Todos terminan en la desesperación.

«Entonces la reina Mab, del fondo de su carro, hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color de rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.»

Hay en el libro otros varios cuentos, delicados y graciosos, donde se notan las mismas calidades. Todos estos cuentos parecen escritos en París.

Voy a terminar hablando de los dos más trascendentales: «El rubí» y «La canción del oro».

El químico Fremy ha descubierto, o se jacta de haber descubierto, la manera de hacer rubíes. Uno de los gnomos roba uno de estos rubíes artificiales del medallón que pende del cuello de cierta cortesana, y le lleva a la extensa y profunda caverna donde los gnomos se reúnen en conciliábulo. Las fuerzas vivas y creadoras de la naturaleza, la infatigable inexhausta fecundidad del alma tierra» están simbolizados en aquellos activos y poderosos enanillos que se burlan del sabio y demuestran la falsedad de su

obra. «La piedra es falsa, dicen todos: obra de hombre o de sabio, que es peor.»

Luego cuenta el gnomo más viejo la creación del verdadero primer rubí. Es un hermoso *mito*, que redundante en alabanza de Amor y de la madre Tierra, «de cuyo vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina y la casta flor de lis: lo puro, lo fuerte, lo infalsificable». Y los gnomos tejen una danza frenética y celebran una orgía sagrada, ensalzando a la mujer, de quien suelen enamorarse, porque es espíritu y carne: toda Amor.

«La canción del oro» sería el mejor de los cuentos de Ud. si fuera cuento, y sería el más elocuente de todos ellos si no se emplease» en él demasiado una *ficelle*, de que se usa y de que se abusa muchísimo en el día.

En la calle de los palacios, donde todo es esplendor y opulencia, donde se ven llegar a sus moradas, de vuelta de festines y bailes, a las hermosas mujeres y a los hombres ricos, hay un mendigo extraño, hambriento, tiritando de frío, mal cubierto de harapos. Este mendigo tira un mordisco a un pequeño mendrugo de pan bazo: se inspira y canta la canción del oro.

Todo el sarcasmo, todo el furor, toda la codicia, todo el amor desdeñado, todos los amargos celos, toda la envidia que el oro engendra en los corazones de los hambrientos, de los menesterosos y de los descamisados y perdidos, están expresados en aquel himno en prosa.

Por esto afirmo que sería admirable «La canción del oro» si se viese menos la *ficelle*: el método o traza de la composición, que tanto siguen ahora los prosistas, los poetas y los oradores.

El método es crear algo por superposición o aglutinación y no por organismo.

El símil es la base de este método. Sencillo es no mentar nada sin símil: todo es como algo. Luego se ha visto que salen de esta manera muchísimos *comos*, y en vez de los *comos* se han empleado los *eses* y las *esas*. Ejemplo: la tierra, esa madre fecunda de todos los vivientes; el aire, ese manto azul que envuelve el seno de la tierra, y cuyos flecos son las nubes; el cielo, ese campo sin límites por donde giran las estrellas, etc. De este modo es fácil llenar mucho papel. A veces los *eses* y las *esas* se suprimen, aunque es menos enfático y menos francés, y sólo se dice: el pájaro, flor del aire; la luna, lámpara nocturna, hostia que se eleva en el templo del espacio, etcétera.

Y, por último, para dar al discurso más animación y movimiento, se ha discurrido hacer enumeración de todo aquello que se asemeja en algo al objeto de que queremos hablar. Y terminada la enumeración, o cansado ya el autor de enumerar, pues no hay otra razón que termine, dice: eso soy yo: eso es la poesía: eso es crítica: eso es la mujer, etc. Puede también el autor, para prestar mayor variedad y complicación a su obra, decir lo que no es el objeto que describe antes de decir lo que es. Y puede decir lo que no es como quien pregunta. Fórmula: ¿Será esto, será aquello, será lo de más allá? No; no es nada de eso. Luego... la retahíla de cosas que se ocurran. Y por remate. Eso es.

Este género de retórica es natural, y todos lo empleamos. No se critica aquí el uso, sino el abuso. En el abuso hay algo parecido al juego infantil de apurar una letra. «Ha venido un barco cargado de...» Y se va diciendo (si v. gr. la letra es b) de baños, de buzos, de bolos, de berros, de bromas...

Las composiciones escritas según este método retórico tienen la ventaja de que se pueden acortar y alargar *ad libitum*, y de que se pueden leer al revés lo mismo que al derecho, sin que apenas varíe el sentido.

En mis peregrinaciones por países extranjeros, y harto lejos de aquí, conocí y traté a una señora muy entendida, cuyo marido era poeta; y ella había descubierto en los versos de su marido que todos se leían y hacían sentido empezando por el último verso y acabando por el primero. Querían decir algunos maldicientes que ella había hecho el descubrimiento para burlarse de los versos de la cosecha de casa; pero yo siempre tuve por

seguro que ella, cegada por el amor conyugal, ponía en este sentido indestructible, léanse las composiciones como quiera que se lean, un primor raro que realizaba el mérito de ellas.

Me ha corroborado en esta opinión un reciente escrito de D. Adolfo Castro, quien descubre y aplaude en algunos versos de Santa Teresa, casi como don celeste o gracia divina, esa prenda de que se lean al revés y al derecho, resultando idéntico sentido.

La verdad del caso, considerado y ponderado todo con imparcial circunspección, es que tal modo retórico es ridículo cuando se toma por muletilla, o sirve de pauta para escribir; pero si es espontáneo, está muy bien: es el lenguaje propio de la pasión.

Figurémonos a una madre, joven, linda y apasionada, con un niño rubito y gordito y sonrosado de dos años que está en sus brazos. Mientras ella le brinca y él le sonríe, ella le dará natural y sencillamente interminable lista de nombres de objetos, algunos de ellos disparatados. Le llamará ángel, diablillo, mono, gatito, chuchumeco, corazón, alma, vida, hechizo, regalo, rey, príncipe, y mil cosas más. Y todo estará bien, y nos parecerá encantador, sea el orden en que se le ponga. Pues lo mismo puede ser toda composición, en prosa o verso, por el estilo, con tal de que no sea buscado ni frecuente ese modo de componer.

El modelo más egregio del género, el ejemplar arquetipo, es la letanía. La Virgen es puerta del cielo, estrella de la mañana, torre de David, arca de la alianza, casa de oro, y mil cosas más, en el orden que se nos antoje decir las.

«La canción del oro» es así: es una letanía, sólo que es infernal en vez de ser célica. Es por el gusto de la letanía que Baudelaire compuso al demonio; pero, conviniendo ya en que «La canción del oro» es letanía, y letanía infernal, yo me complazco en sostener que es de las más poéticas, ricas y enérgicas que he leído. Aquello es un diluvio de imágenes, un desfilar tumultuoso de cuanto hay, para que encomie el oro, «misterioso y callado en las entrañas de la tierra, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida; sonante como coro de tímpanos, feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter: hecho sol, se enamora de la noche, y, al darle el último beso, riega su túnica con estrellas como gran muchedumbre de libras esterlinas. Despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, es carne de ídolo, dios becerro, tela de que Fidias hace el traje de Minerva. De él son las cuerdas de la lira, las cabelleras de las más tiernas amadas, los granos de la espiga, y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora».

Me había propuesto no citar nada, y he citado algo, aunque poco. La composición es una letanía orgánica, y, sin embargo, ni la ironía, ni el amor y el odio, ni el deseo y el desprecio simultáneos que el oro inspira al poeta en la inopia (achaque crónico y epidémico de los poetas), resaltan bien sino de la plenitud de cosas que dice el oro, y que se suprimen aquí por amor a la brevedad.

En resolución, su librito de Ud., titulado *Azul...*, nos revela en Ud. a un prosista y a un poeta de talento.

Con el *galicismo mental* de Ud. no he sido sólo indulgente, sino que hasta le he aplaudido por lo perfecto. Con todo, yo aplaudiría muchísimo más, si con esa ilustración francesa que en usted hay se combinaran la inglesa, la alemana, la italiana, y ¿por qué no la española también? Al cabo, el árbol de nuestra ciencia no ha envejecido tanto que aún no pueda prestar jugo, ni sus ramas son tan cortas ni están tan secas que no puedan retoñar como mugrones de otro lado del Atlántico. De todos modos, con la superior riqueza y con la mayor variedad de elementos, saldría de su cerebro de Ud. algo menos exclusivo y con más altos, puros y serenos ideales: algo más *azul* que el azul de su libro de usted: algo que tirase menos a lo *verde* y a lo *negro*. Y por cima de todo, se mostrarían más marcadas la originalidad de Ud. y su individualidad de escritor.

JUAN VALERA

Prólogo de Eduardo de la Barra

L'art c'est l'azur
VÍCTOR HUGO

I

¡Qué cofre tan artístico! ¡Qué libro tan hermoso!

¿Quién me lo trajo?

¡Ah! la Musa joven de alas sonantes y corazón de fuego, la Musa de Nicaragua, la de las selvas seculares que besa el sol de los trópicos y arrullan dos océanos.

¡Qué hermosas páginas de deliciosa lectura, con prosa como versos, con versos como música! ¡Qué libro! todo luz, todo perfume, todo juventud y amor.

Es un regalo de hadas: es la obra de un poeta. Pero, de un poeta verdadero, siempre inspirado, siempre artista, sea que suelte al aire las alas azules de sus rimas, sea que talle en rubíes y diamantes las facetas de su prosa.

Rubén Darío es, en efecto, un poeta de exquisito temperamento artístico que aduna el vigor a la gracia; de gusto fino y delicado, casi diría aristocrático; neurótico y por lo mismo original; lleno de fosforescencias súbitas, de novedades y sorpresas; con la cabeza poblada de aladas fantasías, quimeras y ensueños, y el corazón ávido de amor, siempre abierto a la esperanza.

Si el ala negra de la muerte antes no lo toca, si las fogosidades del numen no lo consumen o despeñan, Rubén Darío llegará a ser una gloria americana, que tal es la fuerza y ley de su estro juvenil!

En la portada de su libro, sobre la tapa de su cofre cincelado brilla la palabra «Azul...» misteriosa como es el océano, profunda como el cielo azul, soñadora como los ojos azul-cielo.

«L'art c'est l'azur», dijo el gran poeta.

Sí; pero aquel azul de las alturas que desprende un rayo de sol para dorar las espigas y las naranjas, que redondea y sazona las pomos, que madura los racimos y colora las mejillas satinadas de la niñez.

Sí, el arte es el azul, pero aquel azul de arriba que desprende un rayo de amor para encender los corazones y ennoblecer el pensamiento y engendrar las acciones grandes y generosas.

Eso es el ideal, eso el azul con irradiaciones inmortales, eso lo que contiene el cofre artístico del poeta.

Y aquellas alas de mariposa azul ¿de qué nos sirven?, preguntarán los que nacieron sin alas. ¿De qué nos sirve eso que flota en el vago azul de los sueños?

Contesta el Poeta:

-«Pour des certains êtres sublimes, planer c'est servir.»

II

Abramos el cofre *Azul....* de Rubén para examinar sus joyas, no con la balanza y gafas del judío, no con las minucias analíticas del gramático, sino para contemplarlas a la amplia luz de la síntesis artística capaz de abarcar en una mirada el conjunto de la obra, y de comprender la idea y el sentimiento que inspiraron al autor.

El poeta más original y filosófico de España -Campoamor- dice: que la obra poética se ha de juzgar por la novedad del asunto, la regularidad del plan, el método con que se le desarrolla y su finalidad trascendente. Y agrega: «a un artista no se le puede pedir más que su idea y su estilo, y, generalmente,

para ser grande le basta sólo su estilo».

No pensaron así los griegos. Para ellos el mérito de la obra estriba en el *asunto*, antes que en el estilo; en la idea poética, no en su ropaje. La clámide no hace al hombre.

Eran adoradores de la bella forma; ero más de las justas proporciones, es decir, del plan y su desarrollo.

El *asunto* -que comprende el argumento y la acción-, es, sin duda, lo primero. Dada la idea, la poesía la reviste de un cuerpo, la humaniza, la hace interesante para todos los hombres, o, como dice el padre de las doloras: -la idea se convierte en *imagen*, hay enseguida que darle *carácter humano*, y después, *universalizarla*, si es posible.

Creemos, además, que la poesía debe cultivarse como medio de mejorar, deleitando el espíritu y elevándolo, y entonces, las brillantes fruslerías de los versos, las alas azules de mariposa, se convertirán en estrella que guía, en alas de águila que levantan.

La regla sería: -la ficción para hacer resaltar la verdad; el esplendor de la imaginación propia alumbrando la razón ajena y avivando la conciencia, la imagen para esculpir el pensamiento que inclina a la virtud y eleva la inteligencia.

He aquí en pocas palabras las miras de nuestra poética, y a ella ajustamos nuestro criterio. Quien quiera aceptarlas, aplíquelas, si le agrada, al libro que le presentamos. El libro saldrá airoso de la prueba.

Apuntamos estas bases de criterio para los jóvenes estudiosos que quieran comprender este libro en su valor artístico: no las aplicamos, porque no es nuestro objeto, ni el lugar de hacerlo.

III

Pero, éstas no son, por cierto, para los lindos ojos de las curiosas, astros errantes que recorrerán gozosos las poéticas páginas de *Azul*...

Yo les enseñaré a juzgar de las obras de arte con el corazón, como a ellas les gusta y acomoda. ¿Queréis saber cómo, lindas curiosas? Oíd.

Si la lectura del libro -o la contemplación del lienzo y del mármol- os produce una sensación de agrado, o de alegría; si involuntariamente exclamáis: «¡qué lindo!», tened por seguro que la obra es bella y, por tanto, poética. Si no podéis abandonar el drama o la novela, y vuestros dedos de marfil y rosa vuelven y vuelven una página tras otra para que las devoren los ojos hechizados, ¡ah!, entonces el autor acertó a ser interesante, lo que es un gran mérito y un triunfo. Si el corazón os late más de prisa, si un suspiro se os escapa, si una lágrima rueda sobre el libro, si lo cerráis y os quedáis pensativa, ¡ah!, entonces, bella lectora, no os quepa duda, por allí ha pasado un alma poética derramando el nardo penetrante de su sentimiento.

La obra que, deleitando, consiga dar luz a la mente y palpitaciones al corazón helado, si aviva la conciencia, si mueve a las acciones nobles y generosas, si enciende el entusiasmo por lo bueno, lo bello y lo verdadero, si se indigna contra las deformidades del vicio y las injusticias sociales y hace que nos interese por todos los que sufren, decid que es obra elocuente y eminentemente poética.

Bajo las apariencias graciosas de la ficción suele ocultarse la fuerza de estas grandes enseñanzas, y entonces la obra llega a las altas cumbres del arte.

Aplicad, lindas lectoras, aplicad estas reglas del sentimiento a las armonías azules de Rubén Darío, y vuestro juicio será certero. Vuestros ojos, lo sé, derramarán más de una lágrima, vuestros labios gozosos dirán «¡qué lindo!, ¡qué lindo!... », y luego os quedaréis pensativas, como traspuestas, como flotando en el país encantado de los sueños azules.

IV

Dejadme hacer un poco como vosotras. Pues que se trata de un poeta y no

de un filósofo, queden a un lado la escuadra y el compás del retórico. Quiero estimar por su aroma a la flor, al astro por su luz, al ave por su canto.

Venid conmigo, palomas blancas y garzas morenas; para vosotras hablo ahora.

Nada de filosofía, nada de finalidades trascendentes, ni de abstracciones sensibilizadas, humanizadas y universalizadas. Eso, estoy seguro, hiere vuestros tímpanos delicados para la música y el amor.

Conversemos con el poeta; pero sin murmurar si es posible. Escuchadme.

Rubén Darío es de la escuela de Víctor Hugo; más, tiene a veces el aticismo y la riqueza ornamental de Paul de St. Victor, y la atrayente ingenuidad del italiano d'Amicis, tan llena de aire y de sol. Describe los bohemios del talento como lo haría Alphonse Daudet, y pinta la naturaleza con la unción, el colorido y frescura de los autores de *Pablo* y *Virginia* y de la criolla *María*.

Os sonreís pensando: ¿qué tiene de común Víctor Hugo, el relámpago y el trueno, con los idilios americanos de St. Pierre y de Isaacs, y con las escenas parisienses del autor de *Sapho*?

Son, en verdad, estilos y temperamentos muy diversos, mas nuestro autor de todos ellos tiene rasgos, y no es ninguno de ellos. Ahí precisamente está su originalidad. Aquellos ingenios, aquellos, estilos, todos aquellos colores y armonías, se aúnan y funden en la paleta del escritor centroamericano, y producen una nota nueva, una tinta suya, un rayo genial y distintivo que es el sello del poeta. De aquellos diferentes metales que hierven juntos en la hornalla de su cerebro, y en que él ha arrojado su propio corazón, al fin se ha formado el bronce de sus Azules.

Su originalidad incontestable está en que todo lo amalgama, lo funde y lo armoniza en un estilo suyo, nervioso, delicado, pintoresco, lleno de resplandores súbitos y de graciosas sorpresas, de giros inesperados, de imágenes seductoras, de metáforas atrevidas, de epítetos relevantes y oportuniísimos y de palabras bizarras, exóticas aún, mas siempre bien sonantes.

V

Acaso se apega demasiado a la forma; pero esa es su manera: y, luego, que él no descuida el fondo. Acaso...

¡Chit!... Acercaos más, lindas muchachas, estrechad vuestra rueda como las ninfas campestres en torno del viejo Anacreonte, y escuchadme.

¿Sabéis? ¡Su hermosa Musa tiene un defecto!

-¿Cuál? ¿Cuál?

-¡El de ser demasiado hermosa!

-¡Ah!... ¡Oh!... ¡Bah!... ¡Bah!...

-Dejadme concluir: ¡y presumida!... ¿Qué diríais de la muchacha que untara de bermellón sus mejillas frescas y rozagantes? ¿Qué, de la niña que vistiera perpetuamente de baile por parecer mejor?

-Y eso, ¿a qué viene?

-Vais a ver. El poeta tiene su flaco: esmalta y enflora demasiado sus bellísimos conceptos, abusa del colorete, del polvo de oro, de las perlas irisadas, de los abejeros azules... y sin necesidad; mientras más sobrio de luces y colores, más natural es y más encantador. Siempre el estilo ático fue más estimado que el estilo rodio por los hombres de buen gusto. La elegancia no consiste en el exceso de adornos, ni en la profusión de alhajas.

Pero eso no es nada. Él sabe hacer elegante su riqueza y aceptable su colorete: el peligro es para sus imitadores, que creen tener sus velos, porque salpican sus salsas literarias con el áureo polvo, y su estro, porque se recargan de falsa pedrería como serafines de aldea.

Sigamos murmurando, como los críticos... ¿Sabéis?...

-¿Qué más, maestro?

-El poeta tiene otro flaco... ¿Os reís?... ¡Eh! callaré...

-¡No!, ¡no! ¡Hablad, por favor!...

Darío adora a Víctor Hugo y también a Cátulo Méndez. Junto al gran anciano, *leader* un día de los románticos, coloca en su afecto a la secta moderna de los simbolistas y decadentes, esos idólatras del espejo en la frase, de la palabra relumbrosa y de las aliteraciones bizantinas.

Víctor Hugo tenía el soplo gigantesco de Homero y de Isaías. El torbellino de su inspiración producía su pensamiento, exuberante, que no podía vaciarse en los moldes estrechos de la Academia, y él, entonces, impelido por necesidad imperiosa, se creaba su propia lengua, con la audacia del genio. Para derramar su pensamiento fulgurante, tomaba cuanto hallaba a la mano: sonido, color, letra, palabra, suspiro, desgarramiento, no importa qué; cuantos acentos e inflexiones toman la voz humana y la magna voz de la naturaleza entera, bosque, nube, océano; cuantas maneras de expresar puedan imaginarse; cuantas combinaciones alcancen a idearse, todo era bueno para él, todo era suyo, todo elemento de su lengua, y todo se plegaba dócilmente a su pensamiento y obedecía a su voluntad soberana.

Eso pudo Víctor Hugo, porque suyo era el verbo creador, porque él era el genio. El verbo puede crearse su propia carne, como el caracol su concha; pero la concha sola jamás creará al verbo, y como la estatua, existirá sin alma.

La luz produce los colores; los colores no encienden la luz.

Los poetas neuróticos de París, que se llaman los *decadentes*, quieren hacer como Víctor Hugo, y torturan la lengua, la sacan de quicio, la retuercen y la dan extrañas formas y giros; pero poco se curan del pensamiento. ¡No bajará para ellos el Espíritu en forma de lenguas de fuego!

Darío tiene bastante talento para escapar a la Sirena de la moda que lo atrae al escollo... Pero, ¡cuidado! Góngora también tenía su talento...

En sus poéticas páginas, en prosa y en verso, el pensamiento relampaguea a cada paso; pues él quiere más, y las palabras, desplegadas en guerrilla, avanzan a fogonazos.

No se abandona a su talento, busca el efecto, busca el éxito en la novedad, y el relámpago se asocia al polvorazo, lo grande natural a lo pequeño artificial, Víctor Hugo a Verlaine, la *Leyenda de los siglos* a los *Poemas saturninos*.

He ahí el bermellón; como si el colorete en algo favoreciera las rosas de la juventud.

¡Fuera el oropel! ¡Fuera lo artificial, oh, jóvenes, y soplará un aire sano sobre las letras como sobre las flores del campo!

VI

-¡Cierto!... Mas, ¿quiénes son esos *decadentes* de que habláis? ¿Cómo es que nuestro poeta sacrifica en sus altares?

-Os lo diré. Las letras, como las flores, como las frutas, como los pueblos, suelen sufrir epidemias que las devastan y desfiguran.

Comprendo bien que el pensamiento puede ajustarse a su forma y armonizar con ella. Alma bella en cuerpo bello, es el ideal.

Pues bien, hay ocasiones en que el exagerado amor a la forma ha perjudicado al pensamiento y producido esas deformidades epidémicas en la literatura, que suelen encontrar fervorosos partidarios y hasta imponerse a un pueblo y a una época entera. Pasada la moda se la encuentra ridícula, y nadie comprende cómo vino ni qué ceguera la hizo aceptable.

Y si no, ahí están para probarlo aquellas fiebres que han invadido las literaturas europeas, comenzando por el *euphuismo*, introducido por John Lilly en la corte de Isabel de Inglaterra; el *marinismo*, que invade Italia con sus *concetti*; al propio tiempo que el *gongorismo* hace estragos en las letras castellanas, y la lengua *preciosa* en las francesas. Ni la sesuda Alemania escapó a aquellas plagas, pues el poeta Lohenstein les llevó el contagio poco tiempo después. El Hotel Rambouillet, centro culto y perfumado, creó el «estilo galante», que degeneró en el *preciosismo*, y de su *Salón azul* donde

por primera vez se unían la aristocracia de cuna y la del talento, salió también el *Adonis* de Marini, aquel terrible decadente llamado a Francia por María de Médicis.

Nacen estas plagas del prurito de crear nuevos dialectos poéticos, que no corresponden a nuevas ideas ni a nuevos sentimientos; nacen de sobreponer por moda lo ficticio a lo natural, lo convencional a lo verdadero, la factura del mosaico paciente a los esplendores del genio.

En Francia, tras de los románticos -emancipadores exagerados de lo convencional clásico, que reinaba después de los días de Ronsard y su pléyade- brotaron los parnasianos, simbolistas y *decadentes*. Los románticos tienen razón de ser: representan la revolución en las letras. Con el chaleco colorado en reemplazo del gorro frigio, marcharon contra la tiranía de Boileau y de Le Harpe, y dieron a las letras un rumbo más humano y más propio de nuestro tiempo y nuestra civilización. Pero, ¿qué buscan los *decadentes*?, ¿qué nos traen de nuevo?, ¿cuál es su razón de ser?

¿Queréis conocerlos? Os los voy a presentar.

No se sabe a punto fijo de dónde vienen, ni creo que ellos sepan mejor a dónde van; y en esto se parecen un poco a los gitanos.

¿Vienen de los hermanos Goncourt? ¿Nacieron de las *Flores del mal* de Baudelaire? ¿O acaso son imitadores bastardos de Víctor Hugo, que a falta de genio quieren parecerse por las rarezas del lenguaje? ¿Descenderían, por ventura, estos zingaros, de Ramsés el Grande? ¡Todo puede ser!

Sea como fuere, todo ello es que la escuela modernísima de los *decadentes* busca con demasiado empeño el valor musical de las palabras y descuida su valor ideológico. Sacrifica las ideas a los sonidos y se consagra, como dicen sus adeptos, a la *instrumentación poética*.

Los *decadentes* no sólo olvidan el significado recto de los vocablos, sino que enlazan sin sometimiento a ninguna ley sintáctica, con tal de que de ello resulte alguna belleza a su manera, la cual bien puede ser una algarabía para los no iniciados en sus gustos.

A los que así proceden los llamó *decadentes* el buen sentido público, y ellos, como pasa tantas veces, del apodo hicieron una divisa.

Los poetas neuróticos de esta secta hacen vida de noctámbulos y ocurren a los excitantes y narcóticos para enloquecer sus nervios, y así procurarse armonías y ensueños poéticos. Acuden a la ginebra y al ajeno, al opio y a la morfina, como Poe y Musset, como los turcos y los chinos. El deseo de singularizarse es su motor, la neurosis su medio.

¡Tales son los *decadentes*, los de la instrumentación poética! ¡Divina locura! Caso curioso de la patología literaria...

En estos neuróticos debe operarse cierta inversión de los sentidos, pues que en su vocabulario especial confunden los sonidos con los colores y los sabores como pasa bajo el imperio de la sugestión hipnótica.

Comprendo que la chispa eléctrica sea luz azuleja para el ojo, crepitación para el oído, escozor para la mano, acidez para el paladar, y aun concibo que tenga olor, si se la hace caer en los nervios del olfato. Comprendo que el alma, libre del fardo de la materia, tenga una noción única, y, por tanto, más perfecta, de la chispa eléctrica, aunando las cinco nociones elementales diversas que los sentidos le proporcionan, tal como de la fusión de los colores del espectro resulta el rayo de luz. Comprendo que las sensaciones recibidas por los sentidos tengan grandes analogías y estrechas relaciones entre sí, desde que todas no son más que modos de movimiento, y sólo se diferencian en la rapidez de las vibraciones. Pero lo que no comprendo es que hombres despiertos y metidos en el estuche de su cuerpo vivo, me digan: que el clarín suena rojo, que llega a herir su tímpano el aroma azul de las violetas, que ven con el paladar y que oyen por la nariz!... ¡Y menos comprendo todavía, ni admito, la necesidad de amoldar la lengua a tan extravagante discordia de los sentidos, a nombre de la divina *instrumentación*!

Y no creáis, mis señoras, que exagero. Los *decadentes* no son

desprevenidos y tienen su Código. Han ya reducido a preceptos las incoherencias de sus sueños morfinizados en el *Tratado del Verbo*».

Establécese allí que cada letra tiene un color, cada color corresponde a un instrumento músico y cada instrumento simboliza una pasión o un modo de ser. Así, Por ejemplo:

La A es negra, lo negro es el órgano, el órgano expresa la duda, la monotonía y la simpleza (*sic*).

La E es blanca, lo blanco es el harpa; el harpa es la serenidad, etc., etc.

De las combinaciones de letras, según ellos, nacen los diversos matices del sonido, del color y del sentimiento. He aquí, pues, la cábala judía aplicada a las bellas letras.

Como el niño que juega inconscientemente al borde del precipicio, así estos poetas decadentes sonríen junto al abismo, en aquella triste penumbra vaga que separa la razón de la demencia.

Las aliteraciones, las combinaciones de letras y sonidos que ellos miran como nuevas, en su parte racional eran conocidas por el viejo Homero y usadas por Virgilio. Las armonías que ellos buscan con tan raro ahínco, otros las encontraron ya sin salir de lo razonable, y es lo que los retóricos, desde Aristóteles hasta hoy, comprenden en la armonía de los sonidos musicales, la armonía imitativa y la armonía que establece el acuerdo entre la idea y las palabras con que se la da expresión.

No hay, pues, tal novedad.

VII

¿Es Rubén Darío *decadente*?

El lo cree así; yo lo niego.

Él lo cree, porque poetiza la nueva escuela; porque siente las atracciones de la forma, como todas las imaginaciones tropicales; porque tiene la fiebre de originalidad.

Yo lo niego porque no le encuentro las extravagancias características de la escuela decadente, por más que tenga las inclinaciones. Lo niego, porque él no ensarta palabras para aparentar ideas, sino que tiene el divino numen que lo salva de las atracciones del abismo, como las alas del águila.

¡Ay de los incautos que pretendan seguirlo!

La poética decadente de Darío es al *Tratado del Verbo* lo que el hombre al mono. Ella está consignada en un hermoso estudio que consagró a Cátulo Méndez, donde él mismo se pinta de cuerpo entero y descubre los procedimientos que emplea.

Dice allí, en son de reproche, que «Julio Janín consideraba un absurdo, una locura, pretender pintar el color de un sonido, el perfume de un astro, algo como aprisionar el alma de las cosas».

Otros encuentran que «hay un exceso de arte, un abandono del fondo, del verbo, por la envoltura opulenta...» (¡Oíd!)... «¡Ah! y esos desbordamientos de oro, esas frases kaleidoscópicas, esas combinaciones armoniosas en periodos rítmicos, ese abarcar un pensamiento en engastes luminosos, todo eso es sencillamente admirable!»

Sí, admirable, mientras el gusto sano lo vivifique, mientras el grande arte de la palabra no degenera en neuróticas orquestaciones!

Darío va en busca «de lo bello, del encaje, del polvo áureo»; quiere juntar la grandeza a los esplendores de la idea en el cerco burilado de una buena combinación de letras... quiere «poner luz y color en un engaste, aprisionar el secreto de la música en la trampa de plata de la retórica, hacer rosas artificiales que huelan a primavera...». Y todo eso hace, en efecto.

De él diremos, como él de Cátulo Méndez, que es un poeta de exquisito temperamento artístico, delicadísimo y bizarro; que escribe en prosa y casi rima; admirable fraseador que esmalta y enflora sus cuentos, y que para distinguirse tiene el sello de su estilo, de su manera de escribir como burilado en oro, como en seda, como en luz.

Va más lejos aún, y elogia en Méndez «el instinto que tiene de encontrar el

valor hermoso de una consonante que martillea sonoramente a una vocal, y su gusto por la raíz griega, por la base exótica, siempre que sea vibrante, expresiva, melodiosa».

Cátulo Méndez como Gautier, su suegro, es un parnasiano, pero con ribetes de simbolista decadente.

Darío es un poeta *sui generis*, con más facetas que el Kohi-noor de la India, y con más nervios y caprichos que Sara Bernhardt.

Su admiración por los primores y rarezas de la frase, su inclinación y gusto por los pequeños secretos del colorido de las palabras y armonías literales, han hecho, sin duda, que él se crea decadente.

No lo es, dijimos, porque no tiene las extravagancias de la escuela. Sus mismas sorpresas, novedades, rarezas de forma, son tan delicadas, tan hijas del talento, que se las perdonarían hasta los más empecinados hablistas. Suele haber raíces exóticas en su vocabulario, suelen deslizarse algunos graciosos galicismos; pero es correcto, y si anda siempre a caza de novedades, jamás olvida el buen sentido, ni pierde el instinto de la rica lengua de Castilla al amoldar las palabras a su orquestación poética. No así en las cláusulas de su florido lenguaje: ellas tienen más el corte francés moderno, brusco, breve, nervioso, que el desarrollo grave, amplio, majestuoso, de la frase castellana.

Sus *bizarrerías*, como él suele decir, hijas legítimas son de una organización nerviosa, de la sangre juvenil, y sobre todo, de la viveza y esmalte de todas estas imaginaciones maduradas en climas ardientes.

Sin embargo, no se puede desconocer su tendencia a los decadentes. Veo que tiene un pie sobre ese plano inclinado; si eso se hace de moda, temeré que la moda lo empuje y precipite.

¡Ah! ¡la Moda!... Conocéis sus caprichos locos y su imperio. Por culpa de ella, ahí tenéis a nuestro lírico enflautado en su larga levita y en el tuvo lustroso de su sombrero, en vez de llevar flotando a la espalda el blanco albornoz de los beduinos, de holgados pliegues, airoso y elegante. El Yemen lo creería su hijo; el camello lo reconocería; tañería la guzla mora adornada con flores de granado, y las mujeres de ojos negros arrojarían jazmines a sus plantas.

¡Quiera Alah. que no caiga en el abismo!

Lo que es por hoy, este bellísimo libro *Azul...*, con arabescos como los de la Alhambra, proclama la estirpe de su autor, y prueba que él no es un *decadente*.

Si él lo dice ¡no lo creáis! ¡Pura bizarrería! ¡Pura orquestación poética!

VIII

-¡Veamos la obra!

Allá en el fondo del Ática, cuando del viejo coro religioso de las fiestas dionisiacas comenzaba a desprenderse la tragedia, cuando Esquilo meditaba su *Prometeo*, el pueblo murmuraba en tomo del altar del dios, un poco olvidado: -¡Nada por Dionisio! ¡Nada para Dionisio!...

Como el pueblo ateniense, dirá acaso mi buen amigo Rubén, al ver que dejo correr la pluma charladoramente por donde menos pensaba, y para nada me ocupo de su nuevo libro.

Ciertamente, darlo a conocer era mi intención al sentarme a escribir este prólogo; pero me acontece como a un buen amigo mío, improvisador sin fin ni fondo, que se sentó a escribir una décima y ¡le salió una comedia!... Mas, pues tengo aún dos cuartillas blancas sobre la mesa, hagamos algo por Dionisio para que el pueblo no murmure.

Recorramos la reducida pero rica galería de sus lienzos y acuarelas, de sus mosaicos y camafeos, de sus bronceos y filigranas.

Venid, bellas ninfas, adoradoras del arte; venid y admirad conmigo sobre el *Azul...* joyante de esta prosa, el divino centelleo del «Año lírico», lira de brillantes sobre mullido cojín de raso azul. -¡Entrad!

IX

¿Queréis ver y palpar lo que el viejo autor de las doloras llama la universalidad de una idea?

Aquí tenéis estos tres cuadros -una pequeña trilogía-: «El rey burgués», «El velo de la reina Mab», «La canción del oro». Miradlos bien.

¿Veis? -El protagonista es el Poeta, siempre el Poeta, solo, desconocido, hambriento, casi un mendigo, y sin embargo, como Colón, lleva un mundo en la cabeza. El burgués hecho rey, dueño del oro y del mundo, ve al poeta y lo coloca más abajo que sus lacayos, allá, entre sus pájaros, ¡donde dará vuelta sin cesar al manubrio de un organillo!... Es noche de crudo invierno; la sala del festín arde como un ascua de oro; por sus ventanas salen bocanadas de luz y explosiones de alegría; ¡ahí se goza y se ríe, ahí se aplauden locamente las hinchadas necedades de un retórico!... Y afuera, ¡oh sarcasmo!, la nieve, el hambre, la desesperación... el Poeta que muere a la luz de las estrellas melancólicas.

¿Habéis comprendido? Ese poeta, ese genio que pasa desconocido al lado de los grandes de su tiempo, que vive sufriendo y muere de pena y de frío, tiene muchos nombres, se llama Homero, Camoens, Tasso, Shakespeare, Miguel Cervantes... ¡Comparad estas frentes humildes tocadas por el dedo de Dios, con las altivas testas coronadas por manos del hombre o del capricho!...

Aquí tenéis la eterna historia del oro burgués aplastando el talento, y, del estro encadenado a la miseria; ahí tenéis la universalización de la idea expresada poéticamente.

Este viejo cuento, narrado con gracia nueva y encantadora, es una tela que merece marco de oro. ¿No es verdad, hermosa lectora? Pero, ¡qué diantre!... ¡Os quedáis pensativa! ¿Vuestra frente delicada se dobla al peso de graves pensamientos?... ¡Ah! es que eso nace del fondo mismo del cuadro, que el autor, por una amarga ironía ha llamado *cuento alegre!*

Campoamor quiere que la idea poética se haga imagen para que la veamos, y enseguida se humanice para que la sintamos. La imagen es el cuento mismo, y no me tengáis por un viejo murmurador si os agrego que aquí esa humanización es... ¡nuestro poeta en persona! ¡Chit!... Sólo para vosotras... Imaginadlo enjaulado en el pandemonium de la Aduana de Valparaíso, tratando de fardos, contando barricas; ¡alineando números en negras columnas! ¡Imposible! ¡Y hay, sin embargo, que dar vueltas al manubrio!... ¡Ah! creedme, yo lo comprendo... pero, al menos, él, lleno de juventud, lleva en el pecho la esperanza...!

¡La esperanza! sí, esa es la ninfa ilusión que él vio en su «Cuento parisiense», tan sabroso, tan graciosamente bello como la ninfa misma que allí veis, esa que surge del cristal tembloroso de las aguas con una sonrisa picaresca. Pero no divaguemos.

Volvamos a nuestro Poeta muerto de pena y de frío: vamos a verlo resucitar en el cielo de la fantasía.

¿Conocéis a la diminuta reina Mab, aquella que Shakespeare pasea por el país de los sueños y de los enamorados, donde vagan Romeo y Julieta? Ella - el hada gentil que baja por un rayo de sol, en su pequeño carro hecho de una sola perla y tirado por cuatro coleópteros empenachados, de bruñidos capacetes y transparentes alas-, ella, ella será la que emancipe al Poeta. Al menos, conseguirá siquiera adormecerlo, engañará su dolor, lo hará olvidar sus penas. ¿Sabéis cómo? Mirad el lienzo; allí la veis, compasiva y tierna envuelve al Poeta en su velo azul, casi impalpable, y tan tenue como la sombra de una ilusión. Ese velo encantado trae consigo los dulces sueños, y hace ver la vida de color de rosa. ¿Comprendéis ahora?

Dante borró la esperanza y creó el infierno. «Lasciate ogni speranza...». Arrojad la divina esperanza sobre la noche, y tendréis el día.

Eso hizo la reina Mab.

Desgraciadamente, ese velo delicado se rompe y se evapora al soplo brutal de la realidad, fría, y dura y tremenda.

La hora de los desengaños no tarda. -El harapiento con trazas de mendigo, el peregrino, el poeta, despierta bruscamente al sentir que le escupe al rostro el desprecio de los palacios, llenos de lacayos galoneados, y el crujir insolente de la seda meretricia.

Y aquella especie de mendigo se sonríe y se yergue. Sobre su frente dantesca se amontonan las sombras como las nubes en torno de la montaña, y brillan sus ojos con los relámpagos de la indignación, y su lengua, como la de Juvenal, estalla al fin en rayos vengadores! Esa es la sátira acerada contra las corrupciones de la riqueza, esa la «Canción del Oro» mezcla de gemido, ditirambo y carcajada, que el poeta da al Viento de la noche, y que en ecos quejumbrosos prolongan las tinieblas sobrecogidas.

Mas, por desgracia, estas voces vengadoras no llegan al oído sordo de los poderosos, ni a su corazón, más duro que el bronce, más duro que la bóveda del Banco, y a prueba de generosas compasiones.

¿Qué se hizo el poeta? ¡Ya no está la reina Mab!... El velo azul no existe... la «Canción del Oro» fue dispersada al viento del olvido... ¿Acaso no habrá algún epílogo para nuestra trilogía? Recorramos la galería... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡sí lo hay!... El poeta se ha hecho bohemio, y hoy vive en la vieja Lutecia, en ese París que aspira a ser el cerebro del mundo porque es su corazón. Ahí está. Le reconozco a pesar de su metamorfosis.

Del país de las hadas hemos pasado, pues, a la prosa de la vida, y nos hallamos en el café Plombier, en plena bohemia, bock en mano y la pipa en la boca... Allí se agitan revueltos, grupos de estudiantes y artistas, de perdidos y pensadores, cabezas fosforescentes donde hay algo, frentes juveniles que buscan afanosas el viejo laurel verde.

Allí está aquel Garcín, querido entre todos, triste, soñador, buen bebedor de ajeno, bravo improvisador, y, como bohemio, un Bayardo sin miedo ni tacha. Ya lo veis, ha cambiado de traje y de escenario, pero es el mismo poeta anónimo a quien el rey burgués dejó morir de hambre, el artista a quien Mab envolvió en su velo, el mendigo que lanzó a los aires como una saeta de fuego, su estridente «Canción del Oro».

La bohemia lo llama el *Pájaro Azul*. Él hace madrigales y coge violetas para Niní, su linda vecina.

Mas el idilio candoroso y dulce es bruscamente interrumpido por la muerte de Niní.

Garcín sonríe tristemente, se despide de sus amigos como en broma, pero con palabras misteriosas, y enseguida pone fin al idilio saltándose los sesos.

Así, pues, el epílogo de esta lucha trágica del genio con el destino, remata con el suicidio, heroica cobardía, sublime necedad! El oro y la ceguera humana lo combaten, la esperanza lo consuela, el amor lo levanta, pero, al fin, como el epicuriano Lucrecio, corta las amarras y se engolfa meditando en el piélago de la eternidad.

Aguardad, que hay algo aún más sombrío y más humano en esta galería *d'élite*; algo digno del lápiz de Goya. Se diría que es un episodio caído de la cartera de Víctor Hugo, algo como una página de los *Miserables* o de los *Trabajadores del Mar*, suavizada por la pluma de d'Amicis.

-Mostradnos, pues, el pequeño prodigio.

-Ahí lo tenéis. Se intitula «El Fardo». ¿No es verdad que esa tela hace estremecer el alma? Es hermosamente sombría; tiene los sacudimientos de la tragedia y llena los ojos de lágrimas silenciosas.

Baja la tarde; a orillas del mar azul y pérfido, un viejo jornalero inválido cuenta la triste suerte de su hijo, uno de los héroes anónimos de nuestras playas. Él era el sustento del pobre rancho; él trabajaba sin descanso al sol y al viento, a veces con el agua a la cintura, para llevar un mendrugo a su madre anciana, y para algo más... para enriquecer a los ricos. Él se reía de la muerte y desafiaba el peligro, mas un día la muerte lo cogió en su trampa horrible y lo aplastó. -¿Cómo? -Un fardo pesadísimo se balanceaba pendiente del brazo colosal de un pescante que lo alzaba sobre el abismo. De repente cruje la madera, las cadenas rechinan, estallan las gruesas cuerdas con estrépito, y aquella masa brutal cae y aplasta al hombre del trabajo como a

un vil gusano!... Sombría imagen del pueblo, víctima del fardo ajeno, y sufriendo siempre en silencio!

¿Lloráis?... Pasemos a otra cosa...

Aire de primavera; olor a rosas; cuadro de amor, señoritas!...

El pintor lo llama «Palomas blancas y garzas morenas»... Yo le daría otro nombre...

-Cuál? ¿Cuál?... ¡Veamos!

-«Claro de luna y rayo de sol».

Nada más fresco ni más delicado, nada más humano ni más divinamente escrito.

Ese par de acuarelas entrelazadas en un medallón, y que se completan y armonizan; ese poema del primer amor sentido por un niño y expresado por un hombre, por sí solo bastaría a formar una reputación literaria.

¡Qué!... muchacha coqueta, ¡conque te tapas los ojos para no ver y atisbar a hurtadillas por entre los dedos!...

¡Eh! dejad a los clérigos del *Estandarte* la gloria de tejer fajas púdicas para las Venus de Milo, y buscar desvíos místicos para las sanas palpitations de la madre naturaleza!...

Lo bello, lo verdadero y lo bueno, son las tres hipóstasis de la santa trinidad del arte, tres colores distintos producidos por un solo rayo de luz divina. Lo bello tiene que ser verdadero; no puede dejar de ser bueno.

¿Crearíais hacer buena obra condenando la verdad de esta belleza? ¡Condenad entonces la naturaleza misma!

El cuadro del primer beso forma artísticamente la transición natural de los «Cuentos» al «Año lírico», de la prosa elegante y cadenciosa a los versos de la divina estirpe.

Pero, un momento más; echad aún un vistazo sobre estas pinturas. Aquí está la niña clorótica que se muere sin saber de qué, arrebatada por un hada benéfica al *palacio del Sol* donde encuentra sus colores perdidos y recobra la alegría.

Ved más allá aquellos pequeños gnomos fornidos, de luengas barbas grises, con el hacha al cinto y caperuzas encarnadas. Mundo fantástico, mundo alemán de Cobolt y Níquel, de gnomos que conocen el secreto de las montañas y saben en qué entraña de la tierra está escondido el tesoro de los Nibelungos. Agitado y revuelto hierve ese submundo de los pigmeos, porque el hombre, en su audacia creciente, ha osado sacar de sus crisoles el zafiro y los rubíes, que ellos custodian noche y día en sus yacimientos seculares. ¿Queréis saber la leyenda del rojo rubí, de ese brillante como el ojo sanguinolento de una divinidad infernal? -Escuchad al viejo gnomo; él os la va a contar...

Nos provocan al pasar estas dos *panoplias*, como han dado nuestros pintores en llamar a las colecciones de esbozos y bocetos que encuadran en un mismo marco, o en algún tablero acuartelado, a la manera de los viejos escudos de armas.

Esta es «El Álbum porteño»; la otra, el «Santiagueño». Aquí tenéis a Ricardo: en busca de impresiones y panoramas sube a los cerros de este Valle del Paraíso, que no es paraíso ni es valle. Sigue una vía tortuosa de casas trepantes, escalonadas del pie del cerro a la cumbre, graciosas, alegres, pintorescas, unas como blancos palomares entre la verdura, otras como castillos aéreos asomados al abismo.

Mientras más se sube, como pasa en la vida, mayores horizontes se abarcan, más crece el cielo y más el mar. Y en las calles ascendentes del Cerro Alegre y en la estéril soledad del Camino de la Cintura, Ricardo ve, medita, y escribe después, lo que pocos ven, ninguno medita y ninguno ha escrito.

Veamos lo que él ha visto.

En el jardín de esa casita inglesa, ahí tenéis a Mary cogiendo flores de la mañana, rubia, aérea y fresca... creación delicadísima hecha de una feliz pincelada y digna de tentar a un Fortuny. Luego, al lado de esa acuarela sonrosada y fila, un paisaje chileno a lo Rugendas, representando al huaso

de nuestros campos y su buey; gordo éste, resignado, paciente y rumiando filosóficamente su pasto y su destino. Más allá, al rojizo resplandor de la fragua, los cíclopes de delantal de cuero, que forjan el hierro incandescente al compás de sus martillos. -¡Ah! acá tenéis «La Virgen la paloma». Creación murillesca, con su niño en brazos. El bambino agita las manecitas y las piernas rollizas, y muestra en sus movimientos «querer asir la blanca paloma, bajo la cúpula inmensa del cielo azul...». Ahí tenéis, en el rincón, en el último término, esa cabeza que asoma a medio bosquejar; bajo sus sienes artísticas se siente palpar el pensamiento, y se ve algo como el aleteo de millares de mariposas prontas a derramarse por los aires. Es un autorretrato: está ahí al fin como una firma.

Recorramos ahora el «Álbum Santiagués»; mas ni creáis, extraviados por el nombre, que el artista fue en romería a Santiago de Compostela en busca de sus cuadros. No, nada de eso; se trata de nuestras vistas santiaguinas, de nuestra alameda de Santiago de Chile, con su sin par cordillera de pórfidos abigarrados y de nieve, blanca a la mañana, rosicler a la tarde, con sus árboles, sus palacios, sus fuentes y sus estatuas; con sus filas interminables de lujosos carruajes charolados; con sus paseantes ajustados al último corte parisiense, y su exhibición dominguera de lindas mujeres ávidas de mirar y de ser miradas. Tras de esta vista de conjunto, aquel segundo cartón del *panneau* nos introduce al misterioso retrete de una dama santiaguina. Delante de un tocador ensaya un traje Pompadour a la manera de las marquesitas empolvadas de Watteau, y ensaya al mismo tiempo las armas de su gracia conquistadora. Va al baile de fantasía... Estará irresistible...

Aquí tenéis una *naturaleza muerta*; allá un estudio al carbón, una dama misteriosa con el manto a los ojos, orando en la penumbra del templo; más allá un risueño paisaje de la Quinta Normal», con sauce confidente, y a su amparo una feliz pareja -¡acaso una cita!-, y luego, un capricho de luz, un rayo de luna que resbala sobre la frente pálida del soñador incorregible y va a perderse en la bruma nocturna.

Tal es el *Azul*.... a vuelo de pájaro.

X

Estoy cansado; sentémonos un momento.

¿Cuál creéis que es la prenda más sobresaliente del autor de estos cuentos?

-¡Su inspiración!...

-¡Su fantasía!...

-¡Su originalidad!...

-¡Su elegancia!...

-¡Eh! me refiero a otra cosa.

Rubén Darío tiene el don de la armonía bajo todas sus formas. Ya es la armonía imitativa, que nace, como sabéis, de la acertada combinación de las palabras, cual aquella «agua glauca y oscura que chapoteaba musicalmente bajo el viejo muelle» y «el raso y el moaré que con su roce ríen»... Cito de memoria, por no darne el trabajo de la elección donde a cada paso brotan espontáneas las preciosas onomatopeyas.

Fuera de la armonía imitativa hay aquí en grado supremo, aquella otra, que convierte la lengua en una flauta suave y sonora; y hay la gran armonía, la más artística de todas, la que consiste en el perfecto acuerdo entre la idea y su expresión, de manera que parezcan ambas nacidas a la par y a una para la otra.

Agregad a estas tres facetas de la armonía las melodías del lenguaje sometido a la ley del metro y del ritmo, y sabréis en qué nuestro poeta es maestro como pocos. El don de la armonía es uno de los secretos que tiene para encantarnos.

XI

En «El Año lírico» hay pocas pero escogidas composiciones.

Nada más delicado que su canto de Primavera; nada más espléndido que su «Estival».

En la «Primaveral», suelto y gracioso romance que huele a rosas, es notable la armonía entre el tema desarrollado y las imágenes, figuras, tropos, epítetos y combinaciones de sonidos que se emplean. Corre por toda la composición un aire fresco y embalsamado de primavera y juventud, que alegra el alma y templamos los nervios, como si realmente nos halláramos en la estación florida de los primeros amores.

Pocas, muy pocas consideraciones del género ha producido la musa juvenil de América que a ésta se igualen.

Yo, apenas si retocaría un solo verso para dar mejor colocación a los acentos, y diría:

Dame que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,
y ríe y muestren tus labios
su húmeda púrpura fresca

Así, este octosílabo dactílico llevaría sus acentos, como es debido, en las sílabas 1ª, 4ª y 7ª.

Tras de los toques de aroma y color campestres, propios de la savia que sube, y las yemas que revientan, y los botones que se abren, y del amor que germina en nidos y corazones; tras del dulce reclamo a la amada, propio del mes de flores y de un alma de poeta, viene aquel final espléndido de perfil griego, que hace rematar tan elegante composición en una anacreóntica perfecta.

¡Oh, y la «Estival»! ¡Qué nervio y qué estro! ¡Qué admirable talento pictórico!... No trepido en afirmar que éste es uno de los más bellos trozos descriptivos del Parnaso Castellano.

El estío está simbolizado en los amores de dos tigres de Bengala. La real hembra aparece sola en escena «con su lustrosa piel manchada a trechos». Una sensación extraña la agita...

Salta de los repechos
de un ribazo, al tupido
carrizal de un bambú; luego, a la roca
que se yergue a la entrada de la gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como una loca
y eriza de placer su piel hirsuta.
La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama
.....
Siéntense vahos de horno,
y la selva africana
en alas del bochorno
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira a pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

Esta es la introducción, éste el medio ambiente encendido en que la escena

va a tener lugar.

Las coqueterías felinas de aquella fiera que ensaya las uñas de marfil en la roca, que se lame y repule, que agita nerviosa el inquieto felpudo rabo, que husmea, busca, va... y exhala como suspiro salvaje, no son por cierto perdidas. Sus efluvios vuelan, y luego,

un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno y otro lado.
Y chispeo su ojo verde y dilatado
cuando miró de un tigre la cabeza
surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.
Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el hjar, robusto el cuello.

.....
Al caminar se vía
su cuerpo ondear con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría,
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña
.....

Pero a este paso tendría que citar lo todo. Leedlo, leedlo, y encontraréis razón a mi entusiasmo. La pintura del tigre es a la manera de Leconte de Lisle, como lo es el encuentro de las dos fieras, y la llegada inesperada del príncipe de Gales que va de caza. Detiéndose al ver aquellas fieras temibles que acarician sin sentir lo que pasa a su lado; avanza, apunta, hace fuego y al estruendo

El tigre sale huyendo
Y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh! va a morir... pero antes, débil, yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido
miró a aquel cazador; lanzó un gemido
como un ¡ay! de mujer.. y cayó muerta.

Aquí cierra naturalmente el cuadro, y siempre nos parecerá pegadizo el trozo final.

Por la propiedad quisiéramos que la escena pasara en la India, cuna de tigres bengaleses, y soto de caza de los príncipes de Inglaterra, y no en la selva africana, elegida por error. Por la misma razón suprimiríamos aquel kanguro, que salta huyendo del ramaje *oscuro*, llevado a tierra de tigres reales por la sola atracción de la consonante.

Pero, éstos son lunares fáciles de remediar, y en nada amenguan el mérito de la obra.

Los cantos que Darío consagra al Otoño y al Invierno están cuajados de bellezas como nuestro cielo austral de estrellas. Renuncio a contarlas.

El «Pensamiento» de Armand Silvestre es a las otras composiciones lo que la hoja a los pétalos, y «Anagke» es la oda más delicada y bella a la Paloma que pueda darse, deslucida por un final desgraciado, que debe suprimirse sin vacilar.

Si el autor quiere después del canto de felicidad completar su idea, si

quiere pintarnos la desgracia acechando al que sonríe, si quiere encarnar en el gavilán devorando a la paloma la imagen de la *fatalidad* (que es lo que *anagke* significa), maneje de otra manera su conclusión.

A él no le es lícito dejar de ser artista, ni un solo momento.

«Anagke» comienza así:

Y dijo la paloma:

Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
en el árbol en flor, junto a la poma
llena de miel, junto al retoño suave
y húmedo por las gotas del rocío,
tengo mi hogar..

.....

 Soy feliz! porque mía es la floresta,
donde el misterio de los nidos se halla;

porque el alba es mi fiesta
y el amor mi ejercicio y mi batalla.

Feliz, porque de dulces ansias llena
calentar mis polluelos es mi orgullo;
porque en las selvas vírgenes resuena
la música celeste de mi arrullo.

Porque no hay una rosa que no me ame,
ni pájaro gentil que no me escuche,
ni garrido cantor que no me llame.

-S ? dijo entonces un gavilán infame.

Y con furor se la met o en el buche.

Este último es un verso plebeyo que desdice de los demás, tan donosos y bien nacidos. Al menos, me hace mal efecto. Pero, lo que s  debo confesar que encuentro inadmisibles bajo todo punto de vista, es el siguiente desgraciad simo final, que puede y debe suprimirse, por innecesario a la obra, por antiartístico y por blasfemo.

S ; notadlo bien, señoritas, yo, libre-pensador, yo, a quien sin conocer llaman *ateo* las buenas monjas de *Dos Corazones*, no acepto estas interpretaciones dañinas al arte.

Continúa el poeta:

Entonces el buen Dios all  en su trono,
(mientras Satán, para distraer su encono
aplaudía a aquel pájaro zahareño)
se puso a meditar. Arrug o el ceño,
y pens o, al recordar sus vastos planes
y recorrer sus puntos y comas,
que cuando cre o palomas
no debía haber creado gavilanes.

A propósito de esto,  me permit s, amigas m as, una última digresión antes de despedirnos? -óSea!

Habéis de saber que don Alfonso el Sabio, rey muy dado a la astronomía, como que escribi o las *Tablas Alfons as* que de los astros tratan, ofuscado por los errores a que lo indujo el sistema de Tolomeo, culpaba al Creador de los desórdenes e incongruencias que creía encontrar en el mecanismo del universo. La crítica que el buen rey creía hacer al Autor de los cielos, en realidad la hacía a Tolomeo, a quien él seguía, como los  rabes sus maestros. Así, quienes lo culpan del aparente desorden moral e injusticias de esta baja

tierra, lo que en realidad culpan es su propia, falsa concepción de las cosas.

No sabemos explicarnos por qué el halcón devora a la paloma, y nuestra ignorancia se retuerce contra el Creador del cielo y de la tierra, origen de la justicia y fuente de todo bien.

Admiremos la obra, amemos a su Autor. Sin eso no hay arte. Lo bello, lo verdadero, lo bueno, brotan del seno de la naturaleza, como la luz, el calor y la vida brotan del sol. *L'art c'est l'azur*.

¿Sois poetas? ¿Amáis el arte? -Dónde hallaréis mejor modelo ni mejor maestro que en esta santa, y buena y sabia naturaleza, siempre bella, siempre virgen y madre, de cuyo seno nace el arte griego, como Venus de las espumas, como Minerva del cerebro de Jove?

Buscad en la naturaleza el secreto de la poesía. Ella os dará los elementos inertes y los elementos vivos de los afectos. Ella es cielo, aire y tierra; ella es hombre y mujer, luz y amor, ciencia y virtud, color y armonía... escala misteriosa que remata en Dios.

Por favor, lindas lectoras, suprimid ese desgraciado final. Si el autor no lo hace, suprimidlo por él, en prueba de cariño y de agradecimiento por el goce estético que os habrá producido la contemplación del precioso cofre artístico que lleva grabado en la tapa, como un misterio, la palabra *AZUL*... y guarda dentro las joyas regias del «Año lírico».

Y decidme ahora, corazones sensibles, capaces de sentir las nobles emociones del arte, ¿no es verdad que el autor de este pequeño libro es un gran poeta?

La envidia se pondrá pálida: Nicaragua se encogerá de hombros, que nadie es profeta en su tierra; pero el porvenir triunfante se encargará de coronarlo.

Vosotras que me creéis, porque sabéis sentir y presentir, saludad al poeta a su paso, como las vírgenes Sulamitas a David el cantor y no temáis engañaros, que él lleva consigo las tres palabras de pase para el templo de la inmortalidad:

Eros-Lumen-Numen

E. DE LA BARRA
C. E. de la Real Academia Española

Cuentos en prosa

El Rey Burgués

Cuento alegre

¡Amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

*

Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.

Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.

*

El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lidas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuello blanco, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía a los lados leones de mármol, como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

*

¡Japonerías! ¡Chinerías! por lujo y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos, partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y

manojos de flechas.

Por lo demás, había un salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?

Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.

*

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño. -Dejadle aquí.

Y el poeta:

-Señor, no he comido.

Y el rey:

-Habla y comerás.

Comenzó:

*

-Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escogida que debe inspirar con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfume, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espuma el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahíto de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.

He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado, al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías que es todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor!, el arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone puntos en todas la íes. Él es augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque él uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la Poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

-Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

-Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.

-Sí -dijo el rey, y dirigiéndose al poeta-: Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valsos, cuadrillas y galopas como no preferiréis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín...! ¿Había que rellenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre la burla de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, ¡tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalizadas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto..., pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal... y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas, o de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

*

¡Oh, mi amigo!, el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...

Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo!
¡Hasta la vista!

El sátiro sordo

Cuento griego

Habitaba cerca del Olimpo un sátiro, y era el viejo rey de la selva. Los dioses le habían dicho: «goza, el bosque es tuyo; sé un feliz bribón, persigue ninfas y suena tu flauta». El sátiro se divertía.

*

Un día que el padre Apolo estaba tañendo la divina lira, el sátiro salió de sus dominios y fue osado a subir el sacro monte y a sorprender al dios crinado. Éste le castigó tornándole sordo como una roca. En balde en las espesuras de la selva llena de pájaros, se derramaban los trinos y emergían los arrullos. El sátiro no oía nada. Filomena llegaba a cantarle sobre su cabeza enmarañada y coronada de pámpanos, canciones que hacían detenerse los arroyos y enrojecerse las rosas pálidas. Él permanecía impassible, o lanzaba sus carcajadas salvajes y saltaba lascivo y alegre cuando percibía por el ramaje lleno de brechas, alguna cadera blanca y rotunda que acariciaba el sol con su luz rubia. Todos los animales le rodeaban como a un amo a quien se obedece.

A su vista, para distraerle, danzaban coros de bacantes encendidas en su fiebre loca, y acompañaban la armonía, cerca de él, faunos adolescentes, como hermosos efebos, que le acariciaban con su sonrisa, y aunque no escuchaba ninguna voz, ni el ruido de los crótalos, gozaba de distintas maneras. Así pasaba la vida este rey, que tenía patas de cabro.

*

Era sátiro caprichoso.

Tenía dos consejeros áulicos: una alondra y un asno. La primera perdió su prestigio cuando el sátiro se volvió sordo. Antes, si cansado de su lascivia soplaba su flauta dulcemente, la alondra le acompañaba.

Después en su gran bosque, donde no oía ni la voz del olímpico trueno, el paciente animal de las largas orejas le servía para cabalgar, en tanto que la alondra, en los apogeos del alba, se le iba de las manos, cantando camino de los cielos.

La selva era enorme. De ella tocaba a la alondra la cumbre, al asno el pasto. La alondra era saludada por los primeros rayos de la aurora; bebía rocío en los retoños; despertaba al roble diciéndole: «viejo roble, despiértate». Se deleitaba con un beso del sol: era amada por el lucero de la mañana. Y el hondo azul, tan grande, sabía que ella, tan chica, existía bajo su inmensidad. El asno (aunque entonces no había conversado con Kant) era experto en filosofía, según el decir común. El sátiro que le veía ramonear en la pastura, moviendo las orejas con aire grave, tenía alta idea de tal pensador. En aquellos días el asno no tenía como hoy tan larga fama. Moviendo sus mandíbulas, no se habría imaginado que escribiesen en su loa Daniel Heinsius en latín, Passerat, Buffón y el gran Hugo, en francés, Posada y mi amigo el doctor Valderrama en español.

Él, pacienzudo, si le picaban las moscas, las espantaba con el rabo, daba coces de cuando en cuando y lanzaba bajo la bóveda del bosque el acorde extraño de su garganta. Y era mimado allí. Al dormir su siesta sobre la tierra negra y amable, le daban su olor las yerbas y las flores. Y los grandes árboles inclinaban sus follajes para hacerle sombra.

Por aquellos días, Orfeo, poeta, espantado de las miserias de los hombres, pensó huir a los bosques, donde los troncos y las piedras le comprenderían y escucharían con éxtasis, y donde él pondría temblor de armonía y fuego de amor y de vida al sonar de su instrumento.

Cuando Orfeo tañía su lira había sonrisa en el rostro apolíneo. Démeter sentía gozo. Las palmeras derramaban su polen, las semillas reventaban, los leones movían blandamente su crin. Una vez voló un clavel de su tallo hecho mariposa roja, y una estrella descendió fascinada y se tornó flor de lis.

¿Qué selva mejor que la del sátiro, a quien él encantaría, donde sería

tenido como un semidiós; selva toda alegría y danza, belleza y lujuria; donde ninfas y bacantes eran siempre acariciadas y siempre vírgenes; donde había uvas y rosas y ruidos de sistros, y donde el rey caprípede bailaba delante de los faunos beodos y haciendo gestos como Sileno?

*

Fue con su corona de laurel, su lira, su frente de poeta orgulloso, erguida y radiante.

Llegó hasta donde estaba el sátiro velludo y montaraz, y para pedirle hospitalidad, cantó. Cantó del gran Jove, de Eros, de Afrodita, de los centauros gallardos y de las bacantes ardientes: cantó la copa de Dionisio, y el tirso que hiere el aire alegre, y a Pan, Emperador de las montañas, Soberano de los bosques, dios-sátiro que también sabía cantar. Cantó de las intimidades del aire y de la tierra, gran madre. Así explicó la melodía de un arpa eolia, el susurro de una arboleda, el ruido de un tronco de caracol y las notas armónicas que brotan de un siringa. Cantó del verso, que baja del cielo y place a los dioses, del que acompaña el bárbitos en la oda y el tímpano en el peán, y el buche del pájaro y la gloria del sol.

Y desde el principio del cántico brilló la luz con más fulgores. Los enormes troncos se conmovieron, y hubo rosas que se deshojaron y lirios que se inclinaron lánguidamente como en un dulce desmayo. Porque Orfeo hacía gemir a los leones y llorar a los guijarros con la música de su lira rítmica. Las bacantes más furiosas habían callado y le oían como en un sueño. Una náyade virgen a quien nunca ni una sola mirada del sátiro había profanado, se acercó tímida al cantor y le dijo temblando en voz baja: «yo te amo». Filomela había volado a posarse en la lira como paloma anacreóntica. No había más eco que la voz de Orfeo. Naturaleza sentía el himno. Venus, que pasaba por las cercanías, preguntó de lejos con su divina voz: «¿Está aquí acaso Apolo?»

Y en toda aquella inmensidad de maravillosa armonía, el único que no oía nada era el sátiro sordo.

Cuando el poeta concluyó, dijo a éste: -¿Os place mi canto? Si es así, me quedaré con vos en la selva.

El sátiro dirigió una mirada a sus dos consejeros. Era preciso que ellos resolviesen lo que no podía comprender él. Aquella mirada pedía una opinión.

-Señor -dijo la alondra, esforzándose en producir la voz más fuerte de su buche, quédese quien así ha cantado con nosotros. He aquí que su lira es bella y potente. Te ha ofrecido la grandeza y la luz rara que hoy has visto en tu selva. Te ha dado su armonía. Señor, yo sé de estas cosas. Cuando viene el alba desnuda y se despierta el mundo, yo me remonto a los profundos cielos y vierto desde la altura las perlas invisibles de mis trinos, y entre las claridades matutinas mi melodía inunda el aire, y es el regocijo del espacio. Pues yo te digo que Orfeo ha cantado bien, y es un elegido de los dioses. Su música embriagó el bosque entero. Las águilas se han acercado a revolar sobre nuestras cabezas, los arbustos floridos han agitado suavemente sus incensarios misteriosos, las abejas han dejado sus celdillas para venir a escuchar. En cuanto a mí, ¡oh señor!, si yo estuviese en lugar tuyo le daría mi guirnalda de pámpanos y mi tirso. Existen dos potencias, la real y la ideal. Lo que Hércules haría con sus muñecas, Orfeo lo hace con su inspiración. El dios robusto despedazaría de un puñetazo al mismo Athos. Orfeo les amansaría con la eficacia de su voz triunfante, a Nemea su león y a Enmanto su jabalí. De los hombres unos han nacido para forjar los metales, otros para arrancar del suelo fértil las espigas del trigal, otros para combatir en las sangrientas guerras, y otros para enseñar, glorificar y cantar. Si soy tu copero y te doy vino, goza tu paladar; si te ofrezco un himno, goza tu alma.

Mientras cantaba la alondra, Orfeo le acompañaba con su instrumento, y un vasto y dominante soplo lírico se escapaba del bosque verde y fragante. El sátiro sordo comenzaba a impacientarse. ¿Quién era aquel extraño visitante? ¿Por qué ante él había cesado la danza loca y voluptuosa? ¿Qué decían sus dos consejeros?

¡Ah!, la alondra había cantado, ¡pero el sátiro no oía! Por fin, dirigió su vista al asno.

¿Faltaba su opinión? Pues bien, ante la selva enorme y sonora, bajo el azul sagrado, el asno movió la cabeza de un lado a otro, grave, terco, silencioso, como el sabio que medita.

Entonces, con su pie hendido, hirió el sátiro el suelo, arrugó su frente con enojo, y sin darse cuenta de nada, exclamó, señalando a Orfeo la salida de la selva:

-¡No!...

Al vecino Olimpo llegó el eco y resonó allá, donde los dioses estaban de broma, un coro de carcajadas formidables que después se llamaron homéricas.

Orfeo salió triste de la selva del sátiro sordo y casi dispuesto a ahorcarse del primer laurel que hallase en su camino.

No se ahorcó, pero se casó con Eurídice.

La Ninfa

Cuento parisiense

En el castillo que últimamente acababa de adquirir Lesbia, esa actriz caprichosa y endiablada que tanto ha dado que decir al mundo por sus extravagancias, nos hallábamos a la mesa hasta seis amigos. Presidía nuestra Aspasia, quien a la sazón se entretenía en chupar como niña golosa, un terrón de azúcar húmeda, blanco entre las yemas sonrosadas. Era la hora del chartreuse. Se veía en los cristales de la mesa como una disolución de piedras preciosas, y la luz de los candelabros se descomponía en las copas medio vacías, donde quedaba algo de la púrpura del borgoña, del oro hirviente del champaña, de las líquidas esmeraldas de la menta.

Se hablaba con el entusiasmo de artistas de buena pasta, tras una buena comida. Éramos todos artistas, quien más, quien menos, y aún había un sabio obeso que ostentaba en la albura de una pechera inmaculada, el gran nudo de una corbata monstruosa.

Alguien dijo: -¡Ah, sí, Fremiet! -Y de Fremiet se pasó a sus animales, a su cincel maestro, a dos perros de bronce que, cerca de nosotros, uno buscaba la pista de la pieza, y otro, como mirando al cazador, alzaba el pescuezo y arbolaba la delgadez de su cola tiesa y erecta. ¿Quién habló de Mirón? El sabio, que recitó en griego el epigrama de Anacreonte: «Pastor, lleva a pastar más lejos tu boyada, no sea que creyendo que respira la vaca de Mirón, la quieras llevar contigo».

Lesbia acabó de chupar su azúcar, y con una carcajada argentina:

-¡Bah! Para mí los sátiros. Yo quisiera dar vida a mis bronces, y si esto fuera posible, mi amante sería uno de esos velludos semidioses. Os advierto que más que a los sátiros adoro a los centauros; y que me dejaría robar por uno de esos monstruos robustos, sólo por oír las quejas del engañado, que tocaría su flauta lleno de tristeza.

El sabio interrumpió:

-¡Bien! Los sátiros y los faunos, los hipocentauros y las sirenas, han existido, como las salamandras y el ave Fénix.

Todos reímos, pero entre el coro de carcajadas, se oía irresistible, encantadora, la de Lesbia, cuyo rostro encendido, de mujer hermosa, estaba como resplandeciente de placer.

*

-Sí -continuó el sabio-, ¿con qué derecho negamos los modernos hechos que afirman los antiguos? El perro gigantesco que vio Alejandro, alto como un hombre, es tan real como la araña Kraken, que vive en el fondo de los mares. San Antonio Abad, de edad de noventa años, fue en busca del viejo ermitaño Pablo, que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber dónde encontrar a quien buscaba. A mucho andar, ¿sabéis quién le dio señas del camino que debía seguir? Un centauro, medio hombre y medio caballo -dice un autor- hablaba como enojado; huyó tan violentamente, que presto le perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra.

En ese mismo viaje, San Antonio vio un sátiro «hombrecillo de extraña figura, estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra».

-Ni más ni menos -dijo Lesbia-, M. de Cocureau, futuro miembro del Instituto!

Siguió el sabio:

-Afirma San Jerónimo que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandro un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió.

Además, vio el emperador en Antioquía.

Lesbia había vuelto a llenar su copa de menta, y humedecía la lengua en el licor verde como lo haría un animal felino.

-Dice Alberto Magno, que en su tiempo cogieron a dos sátiros en los montes de Sajonia. Enrico Zormano asegura que en tierras de Tartana había hombres con un solo pie, y un solo brazo en el pecho. Vincencio vio en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro; (Lesbia reía) los muslos, brazos y manos tan sin vello como los nuestros (Lesbia se agitaba como una chicuela a quien hiciesen cosquillas); comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

-¡Colombine! -gritó Lesbia. Y llegó Colombine, una falderilla que parecía un copo de algodón. Tomóla su ama, y entre las explosiones de risa de todos:

-Toma, el monstruo que tenía tu cara!

Y le dio un beso en la boca, mientras el animal se estremecía e inflamaba las naricitas como lleno de voluptuosidad.

-Y Filegón Traliano -concluyó el sabio elegantemente- afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas como elefantes. Además...

-Basta de sabiduría -dijo Lesbia. Y acabó de beber menta.

Yo estaba feliz. No había despegado mis labios. -¡Oh! exclamé-, para mí, ¡las ninfas! Yo desearía contemplar esas desnudeces de los bosques y de las fuentes, aunque como Acteón, fuese despedazado por los perros». Pero las ninfas no existen.

Concluyó aquel concierto alegre, con una gran fuga de risas, y de personas.

Y ¡qué! -me dijo Lesbia, quemándome con sus ojos de faunesa y con voz callada como para que sólo yo la oyera-, las ninfas existen, tú las verás!

*

Era un día primaveral. Yo vagaba por el parque del castillo, con el aire de un soñador empedernido. Los gorriones chillaban sobre las lilas nuevas, y atacaban a los escarabajos que se defendían de los picotazos con sus corazas de esmeralda, con sus petos de oro y acero. En las rosas el carmín, el bermellón, la onda penetrante de perfumes dulces; más allá las violetas, en grandes grupos, con su color apacible y su olor a virgen. Después los altos árboles, los ramajes tupidos llenos de mil abejas, las estatuas en la penumbra, los discóbolos de bronce, los gladiadores musculosos en sus soberbias posturas gímnicas, las glorietas perfumadas cubiertas de enredaderas, los pórticos, bellas imitaciones jónicas, cariátides todas blancas y lascivas, y vigorosos telamones del orden atlántico, con anchas espaldas y muslos gigantescos. Vagaba por el laberinto de tales encantos cuando oí un ruido, allá en lo oscuro de la arboleda, en el estanque donde hay cisnes blancos como cincelados en alabastro, y otros que tienen la mitad del cuello del color del ébano, como una pierna alba con media negra.

Llegué más cerca. ¿Soñaba? ¡Oh, Numa! Yo sentí lo que tú, cuando viste en su gruta por primera vez a Egeria.

Estaba en el centro del estanque, entre la inquietud de los cisnes espantados, una ninfa, una verdadera ninfa, que hundía su carne de rosa en el agua cristalina. La cadera a flor de espuma parecía a veces como dorada por la luz opaca que alcanzaba a llegar por la brecha de las hojas. ¡Ah!, yo vi lirios, rosas, nieve, oro; vi un ideal con vida y forma, y oí entre el burbujeo sonoro de la linfa herida, como una brisa burlesca y armoniosa, que me encendía la sangre.

De pronto huyó la visión, surgió la ninfa del estanque, semejante a Citerea en su onda, y recogiendo sus cabellos que goteaban brillantes, corrió por los rosales, tras las lilas y violetas, más allá de los tupidos arboles, hasta ocultarse a mi vista, hasta perderse, ¡ay!, por un recodo; y quedé yo, poeta lírico, fauno burlado, viendo a las grandes aves alabastrinas como mofándose de mí, tendiéndome sus largos cuellos en cuyo extremo brillaba bruñida el ágata de sus picos.

*

Después, almorzábamos juntos aquellos amigos de la noche pasada; entre todos, triunfante, con su pechera y su gran corbata oscura, el sabio obeso, futuro miembro del Instituto.

Y de repente, mientras todos charlaban de la última obra de Fremiet en el

salón, exclamó Lesbia con su alegre voz parisiense:

-¡Té!, como dice Tartarín: ¡el poeta ha visto ninfas!...

La contemplaron todos asombrados, y ella me miraba, me miraba como una gata, y se reía, como una chiquilla a quien se le hiciesen cosquillas.

El fardo

Allá lejos, en la línea como trazada con un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

*

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barrica a un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y, con la pipa en la boca, veía triste el mar.

-Eh, tío Lucas, ¿se descansa?

-Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviente de la viña.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, conque fue militar! ¡Conque de mozo fue soldado de Bulnes!. ¡Conque todavía tuvo resistencias para ir con su rifle hasta Miraflores!. Y es casado, y tuvo un hijo, y..

Y aquí el tío Lucas:

-Sí, patrón, ¡hace dos años que se me murió!

Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

-¿Que cómo se me murió?. En el oficio, por darnos de comer a todos; a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la oreja, y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

*

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; ¡pero los miserables no pueden aprender a leer cuando se llora de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres: la fecundidad. Había, pues, mucha boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey. Cuando el hijo creció ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria, pero como entonces era tan débil, casi una armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartaladas, viejas, feas, en la callejuela inmunda de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y donde resuenan en perpetua llamada a las zambras de echacorvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros Ve llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a emborracharse como cubas y a gritar y patalear como condenados. ¡Sí!, entre la podredumbre, al estrépito de las fiestas tunantescas, el chico vivió,

y pronto estuvo sano y en pie.

Luego, llegaron después sus quince años.

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brisa fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz alguna «triste» y enhiesto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y el viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fue al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados, gracias a Dios!, como decía el tío Lucas al narrarlo. Después ya son ambos lancharos.

*

¡Sí!, lancharos; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpe de hierro del macizo pescante que semeja una horca; remando a pie y a compás; yendo con la lancha del muelle al vapor y del vapor al muelle; gritando: ¡hiiiooep! cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en la uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo, ¡sí!, lancharos; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Íbanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha. Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso: - ¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote!. Que vas a perder una canilla. Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de roto viejo y de padre encariñado.

*

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque el reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

-Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fue el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse, a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara, de sol de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran confusión del trabajo que da vértigo, el son del hierro; traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancharos, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitándose de un lado para otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Éstos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande de todos, ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era una pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación, envueltos en lona y fijados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y triángulos, había letras que miraban como ojos. -Letras en «diamante» -

decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

*

Sólo él faltaba.

-¡Se va el bruto! -dijo uno de los lancharos.

-¡El barrigón! -agregó otro.

Y el hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo de cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: ¡Iza! mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancharos, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vio una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto, quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre negra por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver a Playa-Ancha.

*

Me despedí del viejo lancharo, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial que venía de mar afuera pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

El velo de la reina Mab

La reina Mab, en su carro hecho de una sola perla, tirado por cuatro coleópteros de petos dorados y alas de pedrería, caminando sobre un rayo de sol, se coló por la ventana de una buhardilla donde estaban cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes lamentándose como unos desdichados.

Por aquel tiempo, las hadas habían repartido sus dones a los mortales. A unos habían dado las varitas misteriosas que llenan de oro las pesadas cajas del comercio; a otros unas espigas maravillosas que al desgranarlas colmaban las trojes de riqueza; a otros unos cristales que hacían ver en el riñón de la madre tierra, oro y piedras preciosas; a quienes cabelleras espesas y músculos de Goliat, y mazas enormes para machacar el hierro encendido; y a quienes talones fuertes y lemas ágiles para montar en las rápidas caballerías que se beben el viento y que tienden las crines en la carrera.

Los cuatro hombres se quejaban. Al uno le había tocado en suerte una cantera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

*

La reina Mab oyó sus palabras. Decía el primero: -¡Y bien! ¡Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, unos el oro, otros la armonía, otros la luz; yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el plafond color de cielo. Yo quiero dar a la masa la línea y la hermosura plástica; y que circule por las venas de la estatua una sangre incolora como la de los dioses. Yo tengo el espíritu de Grecia en el cerebro, y amo los desnudos en que la ninfa huye y el fauno tiende los brazos. ¡Oh, Fidias! Tú eres para mí soberbio y augusto como un semidiós, en el recinto de la eterna belleza, rey ante un ejército de hermosuras que a tus ojos arrojan el magnífico *chitón*, mostrando la esplendidez de la forma, en sus cuerpos de rosa y nieve.

Tú golpeas, hieres y domas el mármol, y suena el golpe armónico como un verso, y te adula la cigarra, amante del sol, oculta entre los pámpanos de la viña virgen. Para ti son los Apolos rubios y luminosos, las Minervas severas y soberanas. Tú, como un mago, conviertes la roca en simulacro y el colmillo del elefante en copa del festín. Y al ver tu grandeza siento el martirio de mi pequeñez. Porque pasaron los tiempos gloriosos. Porque tiemblo ante las miradas de hoy. Porque contemplo el ideal inmenso y las fuerzas exhaustas. Porque a medida que cincelo el bloque me ataraza el desaliento.

*

Y decía el otro: -Lo que es hoy romperé mis pinceles. ¿Para qué quiero el iris y esta gran paleta del campo florido, si a la postre mi cuadro no será admitido en el salón? ¿Qué abordaré? He recorrido todas las escuelas, todas las inspiraciones artísticas. He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada, y la he abrazado como a una querida. He sido adorador del desnudo, con sus magnificencias, con los tonos de sus carnaciones y con sus fugaces medias tintas. He trazado en mis lienzos los nimbos de los santos y las alas de los querubines. ¡Ah, pero siempre el terrible desencanto!, ¡el porvenir! ¡Vender una Cleopatra en dos pesetas para poder almorzar!

¡Y yo, que podría, en el estremecimiento de mi inspiración, trazar el gran cuadro que tengo aquí dentro...!

*

¡Y decía el otro: -Perdida mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías, temo todas las decepciones. Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Terpandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales, brillan en medio de mis audacias de inspirado. Yo tengo la percepción del filósofo que oyó la música de los astros. Todos los ruidos pueden aprisionarse, todos los ecos son susceptibles de combinaciones. Todo cabe en la línea de mis

escalas cromáticas.

La luz vibrante es himno, y la melodía de la selva halla un eco en mi corazón. Desde el ruido de la tempestad hasta el canto del pájaro, todo se confunde y enlaza en la infinita cadencia. Entre tanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manicomio.

*

Y el último: -Todos bebemos del agua clara de la fuente de Jonia. Pero el ideal flota en el azul; y para que los espíritus gocen de la luz suprema, es preciso que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel y el que es de oro, y el que es de hierro candente. Yo soy el ánfora del celeste perfume: tengo el amor. Paloma, estrella, nido, lirio, vosotros conocéis mi morada. Para los vuelos inconmensurables tengo alas de águila que parten a golpes mágicos el huracán. Y para hallar consonantes, los busco en dos bocas que se juntan; y estalla el beso, y escribo la estrofa, y entonces, si veis

mi alma, conoceréis a mi Musa. Amo las epopeyas porque de ellas brota el soplo heroico que agita las banderas que ondean sobre las lanzas y los penachos que tiemblan sobre los cascos; los cantos líricos, porque hablan de las diosas y de los amores; y las églogas, Porque son olorosas a verbena y a tomillo, y al sano aliento del buey coronado de rosas. Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre...

Entonces la reina Mab, del fondo de su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, hecho de suspiros, o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo era el velo de los sueños, de los dulces sueños que hacen ver la vida de color rosa. Y con él envolvió a los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes. Los cuales cesaron de estar tristes, porque penetró en su pecho la esperanza, y en su cabeza el sol alegre, con el diablillo de la vanidad, que consuela en sus profundas decepciones a los pobres artistas.

Y desde entonces, en las buhardillas de los brillantes infelices, donde flota el sueño azul, se piensa en el porvenir como en la aurora, y se oyen risas que quitan la tristeza, y se bailan extrañas farandolas alrededor de un blanco Apolo, de un lindo paisaje, de un violín viejo, de un amarillento manuscrito.

La canción del oro

Aquel día, un harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, llegó, bajo la sombra de los altos álamos, a la gran calle de los palacios, donde hay desafíos de soberbia entre el ónix y el pórfido, el ágata y el mármol; en donde las altas columnas, los hermosos frisos, las cúpulas doradas, reciben la caricia pálida del sol moribundo.

Había tras los vidrios de las ventanas, en los vastos edificios de la riqueza, rostros de mujeres gallardas y de niños encantadores. Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdores salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones, debía de estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tibor cubierto de campos azules y arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego las lunas venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera. ¡Oh, y más allá! Más allá el cuadro valioso dorado por el tiempo, el retrato que firma Durand o Bonnat, y las preciosas acuarelas en que el tono rosado parece que emerge de un cielo puro y envuelve en una onda dulce desde el lejano horizonte hasta la yerba trémula y humilde. Y más allá...

*

(Muere la tarde.

Llega a las puertas del palacio un break flamante y charolado, negro y rojo. Baja una pareja y entra con tal soberbia en la mansión, que el mendigo piensa: decididamente, el aguilucho y su hembra van al nido. El tronco, ruidoso y azogado, a un golpe de fusta arrastra el carruaje haciendo relampaguear las piedras. Noche.)

*

Entonces, en aquel cerebro de loco, que ocultaba un sombrero raído, brotó como el germen de una idea que pasó al pecho, y fue opresión, y llegó a la boca hecho himno que le encendía la lengua y hacía entrechocar los dientes. Fue la visión de todos los mendigos, de todos los desamparados, de todos los miserables, de todos los suicidas, de todos los borrachos, del harapo y de la llaga, de todos los que viven, ¡Dios mío!, en perpetua sombra, cayendo al abismo, por no tener un mendrugo para llenar el estómago. Y después la turba feliz, el lecho blando, la trufa y el aéreo vino que hierve, el raso y el moiré que con su roce ríen; el novio rubio y la novia morena cubierta de pedrería blonda; y el gran reloj que la suerte tiene para medir la vida de los felices opulentos, que en vez de granos de arena, deja caer escudos de oro.

*

Aquella especie de poeta sonrió; pero su faz tenía aire dantesco. Sacó de su bolsillo un pan moreno, comió, y dio al viento su himno. Nada más cruel que aquel canto tras el mordisco.

*

¡Cantemos el oro!

Cantemos el oro, rey del mundo, que lleva dicha y luz por donde va, como los fragmentos de un sol despedazado.

Cantemos el oro, que nace del vientre fecundo de la madre tierra; inmenso tesoro, leche rubia de esa ubre gigantesca.

Cantemos el oro, río caudaloso, fuente de la vida, que hace jóvenes y bellos a los que se bañan en sus corrientes maravillosas, y envejece a aquellos que no gozan de sus raudales.

Cantemos el oro, porque de él se hacen las tiaras de los pontífices, las coronas de los reyes y los cetros imperiales; y porque se derrama por los mantos como un fuego sólido, e inunda las capas de los arzobispos, y refulge en los altares y sostiene al Dios eterno en las custodias radiantes.

Cantemos el oro, porque podemos ser unos perdidos, y él nos pone mamparas para cubrir las locuras abyectas de la taberna y las vergüenzas de las alcobas adúlteras.

Cantemos el oro, porque al saltar del cuño lleva en su disco el perfil soberbio de los césares; y va a repletar las cajas de sus vastos templos, los bancos, y mueve las máquinas, y da la vida, y hace engordar los tocinos de los privilegiados.

Cantemos el oro, porque él da los palacios y los carruajes, los vestidos a la moda, y los frescos senos de las mujeres garridas; y las genuflexiones de espinazos aduladores y las muecas de los labios eternamente sonrientes.

Cantemos el oro, padre del pan.

Cantemos el oro, porque es, en las orejas de las lindas damas, sostenedor del rocío del diamante, al extremo de tan sonrosado y bello caracol; porque en los pechos siente el latido de los corazones, y en las manos a veces es símbolo de amor y de santa promesa.

Cantemos el oro, porque tapa las bocas que nos insultan; detiene las manos que nos amenazan, y pone vendas a los pillos que nos sirven.

Cantemos el oro, porque su voz es música encantada; porque es heroico y luce en las corazas de los héroes homéricos, y en las sandalias de las diosas y en los coturnos trágicos y en las manzanas del jardín de las Hespérides.

Cantemos el oro, porque de él son las cuerdas de las grandes liras, la cabellera de las más tiernas amadas, los granos de la espiga y el peplo que al levantarse viste la olímpica aurora.

Cantemos el oro, premio y gloria del trabajador y pasto del bandido.

Cantemos el oro, que cruza por el carnaval del mundo, disfrazado de papel, de plata, de cobre y hasta de plomo.

Cantemos el oro, amarillo como la muerte.

Cantemos el oro, calificado de vil por los hambrientos; hermano del carbón, oro negro que incuba el diamante; rey de la mina, donde el hombre lucha y la roca se desgarran; poderoso en el poniente, donde se tiñe de sangre; carne de ídolo, tela de que Fidiyas hace el traje de Minerva.

Cantemos el oro, en el arnés del caballo, en el carro de guerra, en el puño de la espada, en el lauro que ciñe cabezas luminosas, en la copa del festín dionisiaco, en el alfiler que hiere el seno de la esclava, en el rayo del astro y en el champaña que burbujea como una disolución de topacios hirvientes.

Cantemos el oro, porque nos hace gentiles, educados y pulcros.

Cantemos el oro, purificado por el fuego, como el hombre por el sufrimiento; mordido por la lima, como el hombre por la envidia; golpeado por el martillo, como el hombre por la necesidad; realzado por el estuche de seda, como el hombre por el palacio de mármol.

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Gerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Cantemos el oro, dios becerro, tuétano de roca, misterioso y callado en su entraña, y bullicioso cuando brota a pleno sol y a toda vida, sonante como un coro de tímpanos; feto de astros, residuo de luz, encarnación de éter.

Cantemos el oro, hecho sol, enamorado de la noche, cuya camisa de crespón riega de estrellas brillantes, después del último beso, como una gran muchedumbre de libras esterlinas.

¡Eh, miserables, beodos, pobres de solemnidad, prostitutas, mendigos, vagos, rateros, bandidos, pordioseros, peregrinos, y vosotros los desterrados, y vosotros los holgazanes, y sobre todo, vosotros, oh poetas!

Unámonos a los felices, a los poderosos, a los banqueros, a los semidioses de la tierra!

Cantemos el oro.

*

Y el eco se llevó aquel himno, mezcla de gemido, ditirambo y carcajada; y como ya la noche oscura y fría había entrado, el eco resonaba en las

tinieblas.

Pasó una vieja y pidió limosna.

Y aquella especie de harapiento, por las trazas un mendigo, tal vez un peregrino, quizás un poeta, le dio su último mendrugo de pan petrificado, y se marchó por la terrible sombra, rezongando entre dientes.

El rubí

-¡Ah! ¡Conque es cierto! ¡Conque ese sabio parisiense ha logrado sacar del fondo de sus retortas, de sus matracas, la púrpura cristalina de que están incrustados los muros de mi palacio! Y al decir esto el pequeño gnomo iba y venía, de un lugar a otro, a cortos saltos, por la honda cueva que le servía de morada; y hacía temblar su larga barba y el cascabel de su gorro azul y puntiagudo.

En efecto, un amigo del centenario Chevreul -cuasi Althotas-, el químico Fremy, acababa de descubrir la manera de hacer rubíes y zafiros.

Agitado, conmovido, el gnomo -que era sabidor y de genio harto vivaz- seguía monologando.

¡Ah, sabios de la Edad Media!'. ¡Ah, Alberto el Grande, Averroes, Raimundo Lulio! Vosotros no pudisteis ver brillar el gran sol de la piedra filosofal, y he aquí que sin estudiar las fórmulas aristotélicas, sin saber cábala y nigromancia, llega un hombre del siglo decimonono a formar a la luz del día lo que nosotros fabricamos en nuestros subterráneos! ¡Pues el conjuro!, fusión por veinte días de una mezcla de sílice y de aluminato de plomo; coloración con bicromato de potasa o con óxido de cobalto. Palabras en verdad que parecen lengua diabólica.

Risa.

Luego se detuvo.

*

El cuerpo del delito estaba allí, en el centro de la gruta, sobre una gran roca de oro; un pequeño rubí, redondo, un tanto reluciente, como un grano de granada al sol.

El gnomo tocó un cuerno, el que llevaba a su cintura, y el eco resonó por las vastas concavidades. Al rato, un bullicio, un tropel, una algazara. Todos los gnomos habían llegado.

Era la cueva ancha, y había en ella una claridad extraña y blanca. Era la claridad de los carbúnculos que en el techo de piedra centelleaban, incrustados, hundidos, apiñados en focos múltiples; una dulce luz lo iluminaba todo.

A aquellos resplandores, podía verse la maravillosa mansión en todo su esplendor. En los muros, sobre pedazos de plata y oro, entre venas de lapislázuli, formaban caprichosos dibujos, como los arabescos de una mezquita, gran muchedumbre de piedras preciosas. Los diamantes, blancos y limpios como gotas de agua, emergían los iris de sus cristalizaciones; cerca de calcedonias colgantes en estalactitas, las esmeraldas esparcían sus resplandores verdes y los zafiros, en amontonamientos raros, en ramilletes que pendían del cuarzo, semejabán grandes flores azules y temblorosas.

Los topacios dorados, las amatistas, circundaban en franjas el recinto; y en el pavimento, cuajado de ópalos, sobre la pulida crisofasia y el ágata, brotaba de trecho en trecho un hilo de agua, que caía con una dulzura musical, a gotas armónicas, como las de una flauta metálica soplada muy levemente.

Puck se había entrometido en el asunto, ¡el pícaro Puck!. Él había llevado el cuerpo del delito, el rubí falsificado, el que estaba ahí, sobre la roca de oro, como una profanación entre el centelleo de todo aquel encanto.

Cuando los gnomos estuvieron juntos, unos con sus martillos y cortas hachas en las manos, otros de gala, con caperuzas flamantes y encarnadas, llenas de pedrería, todos curiosos, Puck dijo así:

-Me habéis pedido que os trajese una muestra de la nueva falsificación humana, y he satisfecho esos deseos.

Los gnomos, sentados a la turca, se tiraban de los bigotes, daban las gracias a Puck, con una pausada inclinación de cabeza, y los más cercanos a él examinaban con gesto de asombro las lindas alas, semejantes a las de un hipsipilo.

Continuó:

-¡Oh, Tierra! ¡Oh, Mujer! Desde el tiempo en que veía a Titania no he sido sino un esclavo de la una, un adorador casi místico de la otra.

Y luego, como si hablase en el placer de un sueño:

-¡Esos rubíes! En la gran ciudad de París, volando invisible, los vi por todas partes. Brillaban en los collares de las cortesanas, en las condecoraciones exóticas de los *rastaquers*», en los anillos de los príncipes italianos y en los brazaletes de las primadonas.

Y con pícaro sonrisa siempre:

-Yo me colé hasta cierto gabinete rosado muy en boga... Había una hermosa mujer dormida. Del cuello le arranqué un medallón y del medallón el rubí. Ahí lo tenéis. Todos soltaron la carcajada. ¡Qué cascabeleo!

-¡Eh, amigo Puck!

Y dieron su opinión después, acerca de aquella piedra falsa, obra de hombre, o de sabio, que es peor!

-¡Vidrio!

-¡Maleficio!

-¡Ponzoña y cábala!

-¡Química!

-¡Pretender imitar un fragmento del iris!

-¡El tesoro rubicundo de lo hondo del globo!

-¡Hecho de rayos del poniente solidificados!

El gnomo más viejo, andando con sus piernas torcidas, su gran barba nevada, su aspecto de patriarca hecho pasa, su cara llena de arrugas:

-¡Señores! -dijo-, ¡que no sabéis de lo que habláis!

Todos escucharon.

-Yo, yo que soy el más viejo de vosotros, puesto que apenas sirvo ya para martillar las facetas de los diamantes; yo, que he visto formarse estos hondos alcázares; que he cincelado los huesos de la tierra, que he amasado el oro, que he dado un día un puñetazo a un muro de piedra, y caí a un lago donde violé una ninfa; yo, el viejo, os referiré de cómo se hizo el rubí.

Oíd.

*

Puck sonreía curioso. Todos los gnomos rodearon al anciano cuyas canas palidecían a los resplandores de la pedrería, y cuyas manos extendían su movable sombra en los muros, cubiertos de piedras preciosas, como un lienzo lleno de miel donde se arrojasen granos de arroz.

-Un día, nosotros, los escuadrones que tenemos a nuestro cargo las minas de diamantes, tuvimos una huelga que conmovió toda la tierra, y salimos en fuga por los cráteres de los volcanes.

El mundo estaba alegre, todo era vigor y juventud; y las rosas, y las hojas verdes y frescas, y los pájaros en cuyos buches entra el grano y brota el gorjeo, y el campo todo, saludaban al sol y a la primavera fragante.

Estaba el monte armónico y florido, lleno de trinos y abejas; era una grande y santa nupcia la que celebraba la luz, y en el árbol la savia ardía profundamente, y en el animal todo era estremecimiento o balido o cántico, y en el gnomo había risa y placer.

Yo había salido por un cráter apagado. Ante mis ojos había un campo extenso. De un salto me puse sobre un árbol, una encina añeja. Luego bajé al tronco, y me hallé cerca de un arroyo, un río pequeño y claro donde las aguas charlaban diciéndose bromas cristalinas. Yo tenía sed. Quise beber ahí... Ahora, oíd mejor.

Brazos, espaldas, senos desnudos, azucenas, rosas, panecillos de marfil coronados de cerezas; ecos de risas áureas, festivas; y allá, entre las espumas, entre las linfas rotas, bajo las verdes ramas...

-¿Ninfas?

*

-No, mujeres.

-Yo sabía cuál era mi gruta. Con dar una patada en el suelo, abría la arena negra y llegaba a mi dominio. Vosotros, pobrecillos, gnomos jóvenes, tenéis mucho que aprender!

Bajo los retoños de unos helechos nuevos me escurrí, sobre unas piedras deslavadas por la corriente espumosa, y parlante; y a ella, a la hermosa, a la mujer, la agarré de la cintura, con este brazo antes tan musculoso; gritó, golpeé el suelo; descendimos. Arriba quedó el asombro, abajo el gnomo soberbio y vencedor.

Un día yo martillaba un trozo de diamante inmenso, que brillaba como un astro y que al golpe de mi maza se hacía pedazos.

El pavimento de mi taller se asemejaba a los restos de un sol hecho trizas. La mujer amada descansaba a un lado, rosa de carne entre maceteros de zafir, emperatriz del oro, en un lecho de cristal de roca, toda desnuda y espléndida como una diosa.

Pero en el fondo de mis dominios, mi reina, mi querida, mi bella, me engañaba. Cuando el hombre ama de veras, su pasión lo penetra todo, y es capaz de traspasar la tierra.

Ella amaba a un hombre, y desde su prisión le enviaba suspiros. Éstos pasaban los poros de la corteza terrestre y llegaban a él; y él, amándola también, besaba las rosas de cierto jardín; y ella, la enamorada, tenía -yo lo notaba- convulsiones súbitas en que estiraba sus labios rosados y frescos como pétalos de centifolia. ¿Cómo ambos así se sentían? Con ser quien soy, no lo sé.

*

Había acabado yo mi trabajo, un gran montón de diamantes hechos en un día; la tierra abría sus grietas de granito como labios con sed, esperando el brillante despedazamiento del rico cristal. Al fin de la faena, di un martillazo que rompió una roca y me dormí.

Desperté al rato al oír algo como un gemido.

De su lecho, de su mansión más luminosa y rica que las de todas las reinas de Oriente, había volado fugitiva, desesperada, la amada mía, la mujer robada. ¡Ay! y queriendo huir por el agujero abierto por mi maza de granito, desnuda y bella, destrozó su cuerpo blanco y suave como de azahar y mármol y rosa, en los filos de los diamantes rotos. Heridos sus costados, chorreaba la sangre; los quejidos eran conmovedores hasta las lágrimas. ¡Oh, dolor!

Yo desperté, la tomé en mis brazos, le di mis besos más ardientes; mas la sangre corría inundando el recinto, y la gran masa diamantina se teñía de grana.

Me pareció que sentía, al darle un beso un perfume salido de aquella boca encendida: el alma; el cuerpo quedó inerte.

Cuando el gran patriarca nuestro, el centenario semidió de las entrañas terrestres, pasó por allí, encontró aquella muchedumbre de diamantes rojos...

*

Pausa.

-¿Habéis comprendido?

Los gnomos muy graves se levantaron.

Examinaron más de cerca la piedra falsa, hechura del sabio.

-¡Mirad, no tiene facetas!

-¡Brilla pálidamente!

-¡Impostura!

-¡Es redonda como la coraza de un escarabajo!

Y en ronda, uno por aquí, otro por allá, fueron a arrancar de los muros pedazos de arabesco, rubíes grandes como una naranja, rojos y chispeantes como un diamante hecho sangre; y decían: -He aquí lo nuestro, ¡oh madre Tierra!

-Aquello era una orgía de brillo y de color.

Y lanzaban al aire las gigantescas piedras luminosas y reían.

De pronto, con toda la dignidad de un gnomo:

-¡Y bien!, el desprecio.

Se comprendieron todos. Tomaron el rubí falso, lo despedazaron y arrojaron los fragmentos -con desdén terrible- a un hoyo que abajo daba a

una antiquísima selva carbonizada.

Después, sobre sus rubíes, sobre sus ópalos, entre aquellas paredes resplandecientes, empezaron a bailar asidos de las manos una farandola loca y sonora.

¡Y celebraban con risas, el verse grandes en la sombra!

*

Ya Puck volaba afuera, en el abejeo del alba recién nacida, camino de una pradera en flor. Y murmuraba -¡siempre con su sonrisa sonrosada!- Tierra... Mujer..

Porque tú, ¡oh madre Tierra!, eres grande, fecunda, de seno inextinguible y sacro; y de tu vientre moreno brota la savia de los troncos robustos, y el oro y el agua diamantina y las casta flor de lis. Lo puro, lo fuerte, lo infalsificable! Y tú, ¡Mujer!, eres -espíritu y carne- toda amor.

El palacio del sol

A vosotras, madres de las muchachas anémicas, va esta historia, la historia de Berta, la niña de los ojos de color de aceituna, fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

Ya veréis, sanas y respetables señoras, que hay algo mejor que el arsénico y el fierro, para encender la púrpura de las lindas mejillas virginales; y que es preciso abrir la puerta de su jaula a vuestrasavecitas encantadoras, sobre todo cuando llega el tiempo de la primavera y hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines, como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas.

*

Cumplidos sus quince años, Berta empezó a entristecer, en tanto que sus ojos llameantes se rodeaban de ojeras melancólicas. -Berta, te he comprado dos muñecas... -No las quiero, mamá... -He hecho traer los *Nocturnos*... -Me duelen los dedos, mamá... -Entonces... -Estoy triste, mamá... -Pues que se llame al doctor.

Y llegaron las antiparras de aros de carey, los guantes negros, la calva ilustre y el cruzado levitón.

Ello era natural. El desarrollo, la edad... síntomas claros, falta de apetito, algo como una opresión en el pecho, tristeza, punzadas a veces en las sienes, palpitación... Ya sabéis; dad a vuestra niña glóbulos de ácido arsenioso, luego duchas. El tratamiento...

Y empezó a curar su melancolía, con glóbulos y duchas, al comenzar la primavera, la niña de los ojos de color de aceituna, que llegó a estar fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

*

A pesar de todo, las ojeras persistieron, la tristeza continuó, y Berta pálida como un precioso marfil, llegó un día a las puertas de la muerte. Todos lloraban por ella en el palacio, y la sana y sentimental mamá hubo de pensar en las palmas blancas del ataúd de las doncellas. Hasta que una mañana la lánguida anémica bajó al jardín, sola, y siempre con su vaga atonía melancólica, a la hora en que el alba ríe. Suspirando erraba sin rumbo, aquí, allá; y las flores estaban tristes de verla. Se apoyó en el zócalo de un fauno soberbio y bizarro, cincelado por Plaza, que, húmedos de rocío sus cabellos de mármol, bañaba en luz su torso espléndido y desnudo. Vio un lirio que erguía al azul la pureza de su cáliz blanco, y estiró la mano para cogerlo. No bien había...

-Sí, un cuento de hadas, señoras mías, pero ya veréis sus aplicaciones en una querida realidad-, no bien había tocado el cáliz de la flor, cuando de él surgió de súbito un hada, en su carro áureo y diminuto, vestida de hilos brillantísimos e impalpables, con su aderezo de rocío, su diadema de perlas y su varita de plata.

¿Creéis que Berta se amedró? Nada de eso. Batió palmas alegre, se reanimó como por encanto, y dijo al hada: -¿Tú eres la que me quiere tanto en sueños? -Sube -respondió el hada. Y como si Berta se hubiera empequeñecido, de tal modo cupo en la concha del carro de oro, que hubiera estado holgada sobre el ala corva de un cisne a flor de agua. Y las flores, el fauno orgulloso, la luz del día, vieron cómo en el carro del hada iba por el viento, plácida y sonriendo al sol, Berta, la niña de los ojos de color aceituna, fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

*

Cuando Berta, ya alto el divino cochero, subió a los salones por las gradas del jardín que imitaban esmaragdina, todos, la mamá, la prima, los criados, pusieron la boca en forma de O. Venía ella saltando como un pájaro, con el rostro lleno de vida y de púrpura, el seno hermoso y henchido, recibiendo las

caricias de una crencha castaña, libre y al desgaire, los brazos desnudos hasta el codo, medio mostrando la malla de sus cuasi imperceptibles venas azules, los labios entreabiertos por una sonrisa, como para emitir una canción.

Todos exclamaron: -¡Aleluya! ¡Gloria! ¡Hosanna al rey de los Esculapios! ¡Fama eterna a los glóbulos de ácido arsenioso y a las duchas triunfales! Y mientras Berta corrió a su retrete a vestir sus más ricos brocados, se enviaron presentes al viejo de las antiparras de aros de carey, de los guantes negros, de la calva ilustre y del cruzado levitón. Y ahora, oíd vosotras, madres de las muchachas anémicas, cómo hay algo mejor que el arsénico y el fierro, para eso de encender la púrpura de las lindas mejillas virginales. Y sabréis cómo no, no fueron los glóbulos, no, no fueron las duchas, no, no fue el farmacéutico, quien devolvió salud y vida a Berta, la niña de los ojos color de aceituna, alegre y fresca como una rama de durazno en flor, luminosa como un alba, gentil como la princesa de un cuento azul.

*

Así que se vio en el carro del hada, le preguntó: -¿Y adónde me llevas? -Al palacio del sol. Y desde luego sintió la niña que sus manos se tomaban ardientes, y que su corazoncito le saltaba como henchido de sangre impetuosa. -Oye -siguió el hada-. Yo soy la buena hada de los sueños de las niñas adolescentes: yo soy la que curo a las cloróticas con sólo llevarlas en mi carro de oro al palacio del sol, a donde vas tú. Mira, chiquita, cuida de no beber tanto el néctar de la danza, y de no desvanecerte en las primeras rápidas alegrías. Ya llegamos. Pronto volverás a tu morada. Un minuto en el palacio del sol deja en los cuerpos y en las almas años de fuego, niña mía.

En verdad, estaban en un lindo palacio encantado, donde parecía sentirse el sol en el ambiente. ¡Oh, qué luz!, ¡qué incendios! Sintió Berta que se le llenaban los pulmones de aire de campo y de mar, y las venas de fuego; sintió en el cerebro esparcimientos de armonía, y como que se ponía más elástica y tersa su delicada carne de mujer. Luego vio, vio sueños reales, y oyó, oyó músicas embriagantes. En vastas galerías deslumbradoras, llenas de claridades y de aromas, de sederías y de mármoles, vio un torbellino de parejas, arrebatadas por las ondas invisibles y dominantes de un vals. Vio que otras tantas anémicas como ella llegaban pálidas y entristecidas, respiraban aquel aire, y luego se arrojaban en brazos de jóvenes vigorosos y esbeltos, cuyos bozos de oro y finos cabellos brillaban a la luz; y danzaban con ellos, en una ardiente estrechez, oyendo requiebros misteriosos que iban al alma, respirando de tanto en tanto como hálitos de vainilla, de haba de Tonka, de violeta, de canela, hasta que con fiebre, jadeantes, rendidas, como palomas fatigadas de un largo vuelo, caían sobre cojines de seda, los senos palpitanes, las gargantas sonrosadas, y así, soñando, soñando en cosas embriagadoras... -¡Y ella también! cayó al remolino, al maelstrón atrayente, y bailó y giró, pasó, entre los espasmos de un placer agitado; y recordaba entonces que no debía de embriagarse tanto con el vino de la danza, aunque no cesaba de mirar al hermoso compañero, con sus grandes ojos de mirada primaveral. Y él la arrastraba por las vastas galerías, ciñendo su talle, y hablándola al oído, en la lengua amorosa y rítmica de los vocablos apacibles, de las frases irisadas y olorosas, de los periodos cristalinos y orientales.

Y entonces ella sintió que su cuerpo y su alma se llenaban de sol, de efluvios poderosos y de vida. ¡No, no esperéis más!

*

El hada la volvió al jardín de su palacio, al jardín donde cortaba flores envuelta en una oleada de perfumes, que subía místicamente a las ramas trémulas, para flotar como el alma errante de los cálices muertos.

Así fue Berta a vestir sus más ricos brocados, para honra de los glóbulos y duchas triunfales, llevando rosas en las faldas y en las mejillas.

*

¡Madres de las muchachas anémicas!, os felicito por la victoria de los arseniatos e hipofosfitos del señor doctor. Pero en verdad os digo: es preciso, en provecho de las lindas mejillas virginales, abrir la puerta de su jaula a

vuestrasavecitas encantadoras, sobre todo en el tiempo de la primavera, cuando hay ardor en las venas y en las savias, y mil átomos de sol abejean en los jardines como un enjambre de oro sobre las rosas entreabiertas. Para vuestras cloróticas, el sol en los cuerpos y en las almas. Sí, al palacio del sol, de donde vuelven las niñas como Berta, la de los ojos color aceituna, frescas como una rama de durazno en flor, luminosas como un alba, gentiles como la princesa de un cuento azul.

El pájaro azul

París es teatro divertido y terrible. Entre los concurrentes al café Plombier, buenos y decididos muchachos-pintores, escultores, escritores, poetas-, sí, ¡todos buscando el viejo laurel verde!, ninguno más querido que aquel pobre Garcín, triste casi siempre, buen bebedor de ajenjo, soñador que nunca se emborrachaba, y, como bohemio intachable, bravo improvisador.

En el cuartucho destartado de nuestras alegres reuniones guardaba el yeso de las paredes, entre los esbozos y rasgos de futuros Clays, versos, estrofas enteras escritas en la letra echada y gruesa de nuestro *pájaro azul*.

El *pájaro azul* era el pobre Garcín. No sabéis por qué se llamaba así. Nosotros le bautizamos con ese nombre.

Ello no fue un simple capricho. Aquel excelente muchacho tenía el vino triste. Cuando le preguntábamos por qué, cuando todos reíamos como insensatos o como chicuelos, él arrugaba el ceño y miraba fijamente el cielo raso, nos respondía con cierta amargura:

-Camaradas: habéis de saber que tengo un pájaro azul en el cerebro, por consiguiente...

*

Sucedía también que gustaba de ir a las campiñas nuevas, al entrar la primavera. El aire del bosque hacía bien a sus pulmones, según nos decía el poeta.

De sus excursiones solía traer ramos de violetas y gruesos cuadernillos de madrigales, escritos al ruido de las hojas y bajo el ancho cielo sin nubes. Las violetas eran para Niní, su vecina, una muchacha fresca y rosada que tenía los ojos muy azules.

Los versos eran para nosotros. Nosotros los leíamos y los aplaudíamos. Todos teníamos una alabanza para Garcín. Era un ingenio que debía brillar. El tiempo vendría. ¡Oh, el pájaro azul volaría muy alto! ¡Bravo!, ¡bien! ¡Eh, mozo, mas ajenjo!

*

Principios de Garcín:

De las flores, las lindas campánulas.

Entre las piedras preciosas, el zafiro. De las inmensidades, el cielo y el amor; es decir, las pupilas de Niní.

Y repetía el poeta: Creo que siempre es preferible la neurosis a la imbecilidad.

A veces Garcín estaba más triste que de costumbre.

Andaba por los boulevares; veía pasar indiferentes los lujosos carruajes, los elegantes, las hermosas mujeres. Frente al escaparate de un joyero sonreía; pero cuando pasaba cerca de un almacén de libros, se llegaba a las vidrieras husmeaba, y al ver las lujosas ediciones, se declaraba decididamente envidioso, arrugaba la frente; para desahogarse, volvía el rostro hacia el cielo y suspiraba. Corría al café en busca de nosotros, conmovido, exaltado, casi llorando, pedía su vaso de ajenjo, y nos decía:

-Sí, dentro de la jaula de mi cerebro está preso un pájaro azul que quiere su libertad...

*

Hubo algunos que llegaron a creer en un descalabro de la razón.

Un alienista a quien se le dio noticia de lo que pasaba, calificó el caso como una monotonía especial. Sus estudios patológicos no dejaban lugar a duda.

Decididamente, el desgraciado Garcín estaba loco.

Un día recibió de su padre, un viejo provinciano de Normandía, comerciante de trapos, una carta que decía lo siguiente, poco más o menos:

«Sé de tus locuras en París. Mientras permanezcas de ese modo, no tendrás de mí un solo *sou*. Ven a llevar los libros de mi almacén, y cuando hayas quemado, gandul, tus manuscritos de tonterías, tendrás mi dinero.»

Esta carta se leyó en el Café Plombier.

-¿Y te irás?
-¿No te irás?
-¿Aceptas
-¿Desdeñas?

¡Bravo Garcín! Rompió la carta y saltando el trapo a la vena, improvisó unas cuantas estrofas, que acababan, si mal no recuerdo:

sí, seré siempre un gandul,
lo cual aplaudo y celebro,
mientras sea mi cerebro
jaula del pájaro azul!

Desde entonces Garcín cambió de carácter. Se volvió charlador, se dio un baño de alegría, compró levita nueva y comenzó un poema en tercetos titulado, pues es claro: *El pájaro azul*.

Cada noche se leía en nuestra tertulia algo de la obra. Aquello era excelente, sublime, disparatado.

Allí había un cielo muy hermoso, una campiña muy fresca, paisajes brotados como por la magia del pincel de Corot, rostros de niños asomados entre flores, los ojos de Niní húmedos y grandes; y por añadidura, el buen Dios que envía volando, volando, sobre todo aquello, un pájaro azul que, sin saber cómo ni cuándo, anida dentro del cerebro del poeta, en donde queda aprisionado. Cuando el pájaro canta, se hacen versos alegres y rosados. Cuando el pájaro quiere volar y abre las alas y se da contra las paredes del cráneo, se alzan los ojos del cielo, se arruga la frente y se bebe el ajeno con poca agua, fumando además, por remate, un cigarrillo de papel.

He ahí el poema.

*

Una noche llegó Garcín riendo mucho y, sin embargo, muy triste.

La bella vecina había sido conducida al cementerio.

-¡Una noticia!, ¡una noticia! Canto último de mi poema. Niní ha muerto. Viene la primavera y Niní se va. Ahorro de violetas para la campiña. Ahora falta el epílogo del poema. Los editores no se dignan siquiera leer mis versos. Vosotros muy pronto tendréis que dispersaros. Ley del tiempo. El epílogo debe de titularse así: De cómo el pájaro azul alza el vuelo al cielo azul.

*

¡Plena primavera! Los árboles florecidos, las nubes rosadas en el alba y pálidas por la tarde; ¡el aire suave que mueve las hojas y hace aletear las cintas de los sombreros de paja con especial ruido! Garcín no ha ido al campo.

Hele ahí, Viene con su traje nuevo, a nuestro amado café Plombier, pálido, con una sonrisa triste.

Amigos míos, ¡un abrazo! Abrazadme todos, así, fuerte, decidme adiós, con todo el corazón, con todo el alma... El pájaro azul vuela...

Y el pobre Garcín lloró, nos estrechó, nos apretó las manos con todas sus fuerzas y se fue.

Todos dijimos: Garcín, el hijo pródigo, busca a su padre, el viejo normando. Musas, adiós; adiós, Gracias. ¡Nuestro poeta se decide a medir trapos! ¡Eh! ¡Una copa por Garcín!

Pálidos, asustados, entristecidos, al día siguiente, todos los parroquianos del Café Plombier, que metíamos tanta bulla en aquel cuarto de destartado, nos hallábamos en la habitación de Garcín. Él estaba en su lecho, sobre las sábanas ensangrentadas, con el cráneo roto de un balazo. Sobre la almohada había fragmentos de masa cerebral. ¡Qué horrible!

Cuando repuestos de la impresión, pudimos llorar ante el cadáver de nuestro amigo», encontramos que tenía consigo el famoso poema. En la última página había escritas estas palabras: *Hoy, en plena primavera, dejo abierta la puerta de la jaula al pobre pájaro azul.*

*

¡Ay, Garcín!, ¡cuántos llevan en el cerebro tu misma enfermedad!

Palomas blancas y garzas morenas

Mi prima Inés era rubia como una alemana. Fuimos criados juntos, desde muy niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vemos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. ¡Adorable, la viejecita, con sus trajes a grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos, como una vieja marquesa de Boucher!.

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí a leer antes que ella; y comprendía -lo recuerdo muy bien- lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José; todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar a un colegio, en internado terrible y triste, a dedicarme a los áridos estudios de bachillerato, a comer los platos clásicos de los estudiantes, a no ver el mundo -¡mi mundo de mozo!- y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato -un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncós; llegué al período ridículo del niño que pasa a joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé -todavía vaga y misteriosamente- en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

Leí *Pablo y Virginia*. Llegó un fin de año escolar, y salí de vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. ¡Libertad!

*

Mi prima -pero, ¡Dios santo, en tan poco tiempo!- se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me hallaba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía a sonreírle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera, dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si se veía de frente. A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables; la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó a abrazarme, me tendió la mano. Después no me atreví a invitarla a los juegos de antes. Me sentía tímido. ¡Y qué!, ella debía sentir algo de lo que yo. ¡Yo amaba a mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela a misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, yo estaba despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufú de las polleras antiguas de mi abuela y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

¡Oh, Eros!

*

-Inés...

-...?

Y estábamos solos, a la luz de la luna argentina, dulce, una bella luna de

aquellas del país de Nicaragua!

Le dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril, temeroso. ¡Sí!, se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella, el amor, el ansia, los tristes insomnios del deseo, mis ideas fijas en ella, allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: ¡el amor! ¡Oh!, ella debía recibir gozosa mi adoración. Creceríamos más. Seríamos marido y mujer...

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que a mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisiacos, labios encendidos y entreabiertos!

De repente, y con un mohín:

-¡Ve!, la tontería...

Y corrió, como una gata alegre adonde se hallaba la buena abuela, rezando a la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

-¡Eh, abuelita!, ya me dijo...

¡Ellas, pues, ya sabían que yo debía «decir»!

Con su reír interrumpía el rezo de la anciana, que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. Y yo, que todo lo veía, a la husma, de lejos, lloraba, sí, lloraba lágrimas amargas, ¡las primeras de mis desengaños de hombre!

*

Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada el fondo de mi ser, y aquel en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, a pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo, entre los arbustos y las flores, a las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con sus buches níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje -siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo- gris, azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos, los cabellos los tenía recogidos y húmedos, y el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespá. Las aves andaban a su alrededor currucueando, e imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jazmineros. La devoraba con los ojos. ¡Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vio trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara y acariciante, y se puso a reír cruelmente, terriblemente. ¡Y bien! ¡Oh!, aquello no era posible. Me lancé con rapidez frente a ella. Audaz, formidable debía estar, cuando ella retrocedió como asustada, un paso.

-¡Te amo!

Entonces tornó a reír. Una paloma voló a uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenino. Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime; y, al propio tiempo, llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas. No dije más. Le tomé la cabeza y le di un beso, en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella, un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo, abrumado, quedé inmóvil.

*

Al poco tiempo partía a otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había, ¡ay! mostrado a mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

*

Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fue el nuevo amor. ¡Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!.

Era allá, en una ciudad que está a la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores.

Los dos solos estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes, los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban al unísono embriagador como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo extasiado veía a la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que sólo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar a los poetas. Luego, erraban nuestras miradas por el lago, todavía lleno de vaga claridad. Cerca de la orilla, se detuvo un gran grupo de garzas. Garzas blancas, garzas morenas, de esas que cuando el día calienta, llegan a las riberas a espantar a los cocodrilos, que, con las anchas mandíbulas abiertas, beben el sol sobre las rocas negras. ¡Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda o bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, o permanecía inmóvil, escultural o hieráticamente, o varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, o en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto a mi amada, que de aquel país de la altura, me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas las encontraba más puras y voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas con sus cuellos reales, parecidos a los de las damas inglesas que junto a los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas -bien dice un poeta- como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi Elena se me antojaba como semejante a ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado a la amada tiernamente con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno a otro.

De pronto y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos en la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer. ¡Oh, Salomón, bíblico y real poeta!, tú lo dijiste como nadie: *Mel et lac sub lingua tua!*

Aquel día no soñamos más.

*

¡Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes en los recuerdos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas, en el inefable primer instante de amor.

En Chile

I. Álbum porteño

I. En busca de cuadros

Sin pinceles, sin paleta, sin papel, sin lápiz, Ricardo, poeta lírico incorregible, huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los fardos, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de los caballos con su repiqueteo de caracoles sobre las piedras; de las carreras de los corredores frente a la Bolsa; del tropel de los comerciantes; del grito de los vendedores de diarios; del incesante bullicio e inacabable hervor de este puerto; en busca de impresiones y cuadros, subió al cerro Alegre, que, gallardo como una gran roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarras de flores, rejas vistosas y niños rubios de caras angélicas.

Abajo estaban las techumbres del Valparaíso que hace transacciones, que anda a pie como una ráfaga, que puebla los almacenes e invade los bancos, que viste por la mañana terno crema o plumizo, a cuadros, con sombrero de paño, y por la noche bulle en la calle del Cabo con lustroso sombrero de copa, abrigo al brazo y guantes amarillos, viendo a la luz que brota en las vidrieras, los lindos rostros de las mujeres que pasan.

Más allá, el mar, acerado, brumoso, los barcos en grupo, el horizonte azul y lejano. Arriba, entre opacidades, el sol.

Donde estaba el soñador empedernido, casi en lo más alto del cerro, apenas si se sentían los estremecimientos de abajo. Erraba él a lo largo del Camino de la Cintura, e iba pensando en idilios, con toda la augusta desfachatez de un poeta que fuera millonario.

Había allí aire fresco para sus pulmones, cosas sobre cumbres, como nidos al viento, donde bien podía darse el gusto de colocar parejas enamoradas; y tenía además el inmenso espacio azul, del cual -él lo sabía perfectamente-, los que hacen los salmos y los himnos pueden disponer como les venga en antojo.

De pronto escuchó: -«Mary, Mary.» Y él, que andaba a caza de impresiones y en busca de cuadros, volvió la vista.

II. Acuarela

Había cerca un bello jardín, con más rosas que azaleas y más violetas que rosas. Un bello y pequeño jardín con jarrones, pero sin estatuas: con una pila blanca, pero sin surtidores, cerca de una casita como hecha para un cuento dulce y feliz.

En la pila un cisne chapuzaba revolviendo el agua, sacudiendo las alas de un blancor de nieve, enarcando el cuello en la forma del brazo de una lira o del ansa de un ánfora y moviendo el pico húmedo y con tal lustre como si fuese labrado en un ágata de color de rosa.

En la puerta de la casa, como extraída de una novela de Dickens, estaba una de esas viejas inglesas, únicas, solas, clásicas, con la cofia encintada, los anteojos sobre la nariz, el cuerpo encorvado, las mejillas arrugadas, mas con color de manzana madura y salud rica. Sobre la saya oscura, el delantal.

Llamaba:

-¡Mary!

El poeta vio llegar una joven de un rincón del jardín, hermosa, triunfal, sonriente; y no quiso tener tiempo sino para meditar en que son adorables los cabellos dorados cuando flotan sobre las nucas marmóreas y en que hay rostros que bien valen un alba.

Luego todo era delicioso. Aquellos quince años entre las rosas -quince

años, sí, los estaban pregonando unas pupilas serenas de niña, un seno apenas erguido, una frescura primaveral, y una falda hasta el tobillo, que dejaba ver el comienzo turbador de una media de color de carne; aquellos rosales temblorosos que hacían ondular sus arcos verdes, aquellos durazneros con sus ramilletes alegres donde se detenían al paso las mariposas errantes llenas de polvos de oro, y las libélulas de alas cristalinas e irisadas; aquel cisne en la ancha taza, esponjando el alabastro de sus plumas, y zambulléndose entre espumajeos y burbujas, con voluptuosidad, en la transparencia del agua; la casita limpia, pintada, apacible, de donde emergía como una onda de felicidad; y en la puerta la anciana, un invierno, en medio de toda aquella vida, cerca de Mary, una virginidad en flor.

Ricardo, poeta lírico que andaba a caza de cuadros, estaba allí con la satisfacción de un goloso que paladea cosas exquisitas.

Y la anciana y la joven:

-¿Qué traes?

-Flores.

Mostraba Mary su falda llena como de iris hechos trizas, que revolvía con una de sus manos gráciles de ninfa, mientras sonriendo su linda boca purpurada, sus ojos abiertos en redondo dejaban ver un color de lapislázuli y una humedad radiosa.

El poeta siguió adelante.

III. Paisaje

A poco de andar se detuvo.

El sol había roto el velo de las nubes Y bañaba de claridad áurea y perlada un recodo del camino. Allí unos cuantos sauces inclinaban sus cabelleras verdes hasta rozar el césped. En el fondo se divisaban altos barrancos y en ellos tierra negra, tierra roja, pedruscos brillantes como vidrios. Bajo los sauces agobiados ramoneaban sacudiendo sus testas filosóficas -¡oh, gran maestro Hugo!- unos asnos; y cerca de ellos un buey, gordo, con sus grandes ojos melancólicos y pensativos donde ruedan miradas y ternuras de éxtasis supremos y desconocidos, mascaba despaciosamente y con cierta pereza la pastura. Sobre todo flotaba un vaho cálido, y el grato olor campestre de las hierbas chafadas. Veíase en lo profundo un trozo de azul. Un huaso robusto, uno de esos fuertes campesinos, toscos hércules que detienen un toro, apareció de pronto en lo más alto de los barrancos. Tenía tras de sí el vasto cielo. Las piernas, todas músculos, las llevaba desnudas. En uno de sus brazos traía una cuerda gruesa y arrollada. Sobre su cabeza, como un gorro de nutria, sus cabellos enmarañados, tupidos, salvajes.

Llegóse al buey enseguida y le echó el lazo a los cuernos. Cerca de él, un perro con la lengua de fuera, acezando, movía el rabo y daba brincos:

-¡Bien!, dijo Ricardo.

Y pasó.

IV. Aguafuerte

Pero ¿para dónde diablos iba?

Y se encontró en una casa cercana de donde salía un ruido metálico y acompasado.

En un recinto estrecho, entre paredes llenas de hollín, negras, muy negras, trabajaban unos hombres en la forja. Uno movía el fuelle que resoplaba, haciendo crepitar el carbón, lanzando torbellinos de chispas y llamas como lenguas pálidas, áureas, azulejas, resplandecientes. Al brillo del fuego en que se enrojecían largas barras de hierro, se miraban los rostros de los obreros con un reflejo trémulo. Tres yunques ensamblados en toscas armazones resistían el batir de los machos que aplastaban el metal candente, haciendo saltar una lluvia enrojecida. Los forjadores vestían camisas de cuellos abiertos, y largos delantales de cuero. Alcanzábales a ver el pescuezo gordo y el principio del pecho velludo; y salían de las mangas holgadas los brazos gigantescos, donde, como los de Amico, parecían los músculos redondas piedras de las que deslavan y pulen los torrentes. En aquella negrura de caverna, al resplandor de las llamaradas,

tenían tallas de cíclopes. A un lado, una ventanilla dejaba pasar apenas un haz de rayos de sol. A la entrada de la forja, como en un marco oscuro, una muchacha blanca comía uvas. Y sobre aquel fondo de hollín y de carbón, sus hombros delicados y tersos que estaban desnudos, hacían resaltar su bello color de lis, con un casi imperceptible tono dorado.

Ricardo pensaba:

«Decididamente, una excursión feliz al país del arte.»

V. La Virgen de la Paloma

Anduvo, anduvo.

Volvió ya a su morada. Dirigióse al ascensor cuando oyó una risa infantil, armónica, y él, poeta incorregible, buscó los labios de donde brotaba aquella risa.

Bajo un cortinaje de madreselvas, entre plantas olorosas y maceteros floridos, estaba una mujer pálida, augusta, madre, con un niño tierno y risueño. Sosteníale en uno de sus brazos, el otro lo tenía en alto, y en la mano una paloma, una de esas palomas albísimas que arrullan a sus pichones de alas tornasoladas, inflando el buche como un seno de virgen, y abriendo el pico de donde brota la dulce música de su caricia.

La madre mostraba al niño la paloma, y el niño en su afán de cogerla, abría los ojos, estiraba los bracitos, reía gozoso; y su rostro al sol tenía como un nimbo; y la madre con la tierna beatitud de sus miradas, con su esbeltez solemne y gentil, con la aurora en las pupilas y la bendición y el beso en los labios, era como una azucena sagrada, como una María llena de gracia, irradiando la luz de un calor inefable. El niño Jesús, real como un Dios infante, precioso como un querubín paradisiaco, quería asir aquella paloma blanca, bajo la cúpula inmensa del cielo azul.

Ricardo descendió, y tomó el camino de su casa.

VI. La cabeza

Por la noche, sonando aún en sus oídos la música del Odeón, y los parlamentos de Astol; de vuelta de las calles donde escuchara el ruido de los coches y la triste melopea de los tortilleros, aquel soñador se encontraba en su mesa de trabajo, donde las cuartillas inmaculadas estaban esperando las silvas y los sonetos de costumbre, a las mujeres de los ojos ardientes.

¡Uf!...

¡Qué silvas! ¡Qué sonetos! La cabeza del poeta lírico era una orgía de colores y de sonidos. Resonaban en las concavidades de aquel cerebro martilleos de cíclopes, himnos al son de tímpanos sonoros, fanfarrias bárbaras, risas cristalinas, gorjeos de pájaros, batir de alas y estallar de besos, todo como en ritmos locos y revueltos. Y los colores agrupados, estaban como pétalos de capullos distintos confundidos en una bandeja, o como la endiablada mezcla de tintas que llena la paleta de un pintor..

Además...

II. Álbum santiagués

I. Acuarela

Primavera. Ya las azucenas floridas y llenas de miel han abierto sus cálices pálidos bajo el sol. Ya los gorriones tornasolados, esos amantes acariciadores, adulan a las rosas frescas, esas opulentas y purpuradas emperatrices; ya el jazmín, flor sencilla, tachona los tupidos ramajes, como una blanca estrella sobre un cielo verde. Ya las damas elegantes visten sus trajes claros, dando al olvido las pieles y los abrigos invernales. Y mientras el sol se pone, sonrosando las nieves con una claridad suave, junto a los árboles de la Alameda que lucen sus cumbres resplandecientes en un polvo de luz, su esbeltez solemne y sus hojas nuevas, bulle un enjambre humano, a ruido de música, de cuchicheos vagos y de palabras fugaces.

He aquí el cuadro. En primer término está la negrura de los coches que esplende y quiebra los últimos reflejos solares; los caballos orgullosos con el brillo de sus arneses, con sus cuellos estirados e inmóviles de brutos heráldicos; los cocheros taciturnos, en su quietud de indiferentes, luciendo sobre las largas libreas los botones metálicos flamantes; y en el fondo de los carruajes, reclinadas como odaliscas, erguidas como reinas, las mujeres rubias de los ojos soñadores, las que tienen cabelleras negras y rostros pálidos, las rosadas adolescentes que ríen con alegría de pájaro primaveral; bellezas lánguidas, hermosuras audaces, castos lirios albos y tentaciones ardientes.

En esa portezuela está un rostro apareciendo de modo que semeja el de un querubín; por aquella ha salido una mano enguantada que se dijera de niño, y es de morena tal que llama los corazones; más allá, se alcanza a ver un pie de Cenicienta con zapatito oscuro y media fila, y acullá, gentil con sus gestos de diosa, bella con su color de marfil amapolado, su cuello real y la corona de su cabellera, está la Venus de Milo, no manca, sino con dos brazos, gruesos como los muslos de un querubín de Murillo, y vestida a la última moda de París, con ricas telas de Pra.

Más allá está el oleaje de los que van y vienen; parejas de enamorados, hermanos y hermanas, grupos de caballeros irreprochables; todo en la confusión de rostros, de las miradas, de los colorines, de los vestidos, de las capotas; resaltando a veces en el fondo negro y aceitoso de los elegantes Dumas, una cara blanca de mujer, un sombrero de paja adornado de colibríes, de cintas o de plumas, o el inflado globo rojo, de goma, que, pendiente de un hilo, lleva un niño risueño, de medias azules, zapatos charolados y holgado cuello a la marinera.

En el fondo, los palacios elevan al azul la soberbia de sus fachadas, en las que los álamos erguidos rayan columnas hojosas entre el abejeo trémulo y desfalleciente de la tarde fugitiva.

II. Un retrato de Watteau

Estáis en los misterios de un tocador. Estáis viendo ese brazo de ninfa, esas manos diminutas que empolvan el haz de rizos rubios de la cabellera espléndida. La araña de luces opaca derrama la languidez de su girándula por todo el recinto. Y he aquí que, al volverse ese rostro, soñamos con los buenos tiempos pasados. Una marquesa contemporánea de madama de Maintenon, solitaria en su gabinete, da las últimas manos a su tocado.

Todo está correcto; los cabellos, que tienen todo el Oriente en sus hebras, empolvados y crespos; el cuello del corpiño, ancho y en forma de corazón hasta dejar ver el principio del seno firme y pulido; las mangas abiertas que muestran blancuras incitantes; el talle ceñido que se balancea, y el rico faldellín de largos velos, y el pie pequeño en el zapato de tacones rojos.

Mirad las pupilas azules y húmedas, la boca de dibujo maravilloso, con una sonrisa enigmática de esfinge, quizá un recuerdo de un amor galante, del madrigal recitado junto al tapiz de figuras pastoriles o mitológicas, o del beso a furto, tras la estatua de algún silvano, en la penumbra.

Vese la dama de pies a cabeza, entre dos grandes espejos; calcula el efecto

de la mirada, del andar, de la sonrisa, del vello casi impalpable que agita el viento de la danza en su nuca fragante y sonrosada. Y piensa, y suspira; y flota aquel suspiro en ese aire impregnado de aroma femenino que hay en un tocador de mujer.

Entretanto la contempla con sus ojos de mármol una Diana que se alza irresistible y desnuda sobre su plinto; y le ríe con audacia un sátiro de bronce que sostiene entre los pámpanos de su cabeza un candelabro; y en el ansa de un jarrón de Rouen lleno de agua perfumada, le tiende los brazos y los pechos una sirena con la cola corva y llena de escamas argentinas, mientras en el plafond de forma de óvalo va por el fondo inmenso y azulado, sobre el lomo de un toro robusto y divino, la bella Europa, entre delfines áureos y tritones corpulentos, que sobre el vasto ruido de las ondas hacen vibrar el ronco estrépito de sus resonantes caracoles.

La hermosa está satisfecha; ya pone perlas en la garganta y calza las manos en seda; ya se dirige a la puerta donde el carruaje espera y el tronco piafa. Y hela aquí, vanidosa y gentil, a esta aristocracia santiaguesa que se dirige a un baile de fantasía de manera que el gran Watteau le dedicaría sus pinceles.

III. Naturaleza muerta

He visto ayer por una ventana un tiesto lleno de lilas y de rosas pálidas, sobre un trípode. Por fondo tenía uno de esos cortinajes amarillos y opulentos que hacen pensar en los mantos de los príncipes orientales. Las lilas recién cortadas resaltan con su lindo color apacible, junto a los pétalos esponjados de las rosas té.

Junto al tiesto, en una copa de laca ornada con ibis de oro incrustados, incitaban a la gula manzanas frescas, medio coloradas, con la pelusilla de la fruta nueva y la sabrosa carne hinchada que toca el deseo; peras doradas y apetitosas, que daban indicios de ser todas jugo y como esperando el cuchillo de plata que debía rebanar la pulpa almibarada; y un ramillete de uvas negras, hasta con el polvillo ceniciento de los racimos acabados de arrancar de la viña.

Acerqueme, vilo de cerca todo. Las lilas y las rosas eran de cera y las perlas de mármol pintado, y las uvas de cristal.

¡Naturaleza muerta!

IV. Al carbón

Vibraba el órgano con sus voces trémulas, vibraba acompañando la antífona, llenando la nave con su armonía gloriosa. Los cirios goteando sus lágrimas de cera entre la nube de incienso que inundaba los ámbitos del templo con su aroma sagrado; y allá en el altar el sacerdote, todo resplandeciente de oro, alzaba la custodia cubierta de pedrería, bendiciendo a la muchedumbre arrodillada.

De pronto, volví la vista cerca de mí, al lado de un ángulo de sombra. Había una mujer que oraba. Vestida de negro, envuelta en un manto, su rostro se destacaba severo, sublime, teniendo por fondo la vaga oscuridad de un confesionario. Era una bella faz de ángel, con la plegaria en los ojos y en los labios. Había en su frente una palidez de flor de lis, y en la negrura de su manto resaltaban juntas, pequeñas, las manos blancas y adorables. Las luces se iban extinguiendo, y a cada momento aumentaba lo oscuro del fondo, y entonces por un ofuscamiento, me parecía ver aquella faz iluminarse con una luz blanca y misteriosa, como la que debe de haber en la región de los coros prosternados y de los querubines ardientes; luz alba, polvo de nieve, claridad celeste, onda santa que baña los ramos de lirio de los bienaventurados.

Y aquel pálido rostro de virgen, envuelta ella en el manto y en la noche, en aquel rincón de sombra, habría sido un tema admirable para un estudio al carbón.

V. Paisaje

Hay allá, en las orillas de la laguna de La Quinta, un sauce melancólico que moja de continuo su cabellera verde en el agua que refleja el cielo y los

ramajes, como si tuviese en su fondo un país encantado.

Al viejo sauce llegan aparejados los pájaros y los amantes. Allí es donde escuché una tarde -cuando del sol apenas quedaba en el cielo un tinte violeta que se esfumaba por ondas, y sobre el gran Andes nevado un decreciente color de rosa que era como una tímida caricia de la luz enamorada- un rumor de besos cerca del tronco agobiado y un aleteo de la cumbre.

Estaban los dos, la amada y el amado, en un banco rústico, bajo el toldo del sauce. Al frente, se extendía la laguna tranquila, con su puente enarcado y los árboles temblorosos de la ribera; y más allá se alzaba entre el verdor de las hojas, la fachada del palacio de la Exposición, con sus cóndores de bronce en actitud de volar.

La dama era hermosa; él era un gentil muchacho, que le acariciaba con los dedos y los labios los cabellos negros y las manos gráciles de ninfa.

Y sobre las dos almas ardientes y sobre los dos cuerpos juntos, cuchicheaban en lengua rítmica y alada las dos aves. Y arriba el cielo con su inmensidad y con su fiesta de nubes, plumas de oro, alas de fuego, vellones de púrpura, fondos azules, flordelisados de ópalo, derramaba la magnificencia de su pompa, la soberbia de su grandeza augusta.

Bajo las aguas se agitaban, como en un remolino de sangre viva, los peces veloces de aletas doradas.

Al resplandor crepuscular, todo el paisaje se veía como envuelto en una polvareda de sol tamizado, y eran el alma del cuadro aquellos dos amantes, él moreno, gallardo, vigoroso, con una barba fina y sedosa, de esa que gustan de tocar las mujeres; ella rubia -¡un verso de Goethe!- vestida con un traje gris, lustroso, y en el pecho una rosa fresca, como su boca roja que pedía el beso.

VI. El ideal

Y luego, una torre de marfil, una flor mística, una estrella a quien enamorar.. Pasó, la vi como quien viera un alba, huyente, rápida, implacable.

Era una estatua antigua con un alma que se asomaba a los ojos, ojos angelicales, todos ternura, todos cielo azul, todos enigma.

Sintió que la besaba con mis miradas y me castigó con la majestad de su belleza, y me vio como una reina y como una paloma. Pero pasó arrebatadora, triunfante, como una visión que deslumbra. Y yo, el pobre pintor de la naturaleza y de Psyquis, hacedor de ritmos y de castillos aéreos, vi el vestido luminoso del hada, la estrella de su diadema, y pensé en la promesa ansiada del amor hermoso. Mas de aquel rayo supremo y fatal, sólo quedó en el fondo de mi cerebro un rostro de mujer, un sueño azul....

La muerte de la emperatriz de la China

Al duque Job, de México

Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche.

¿Quién era el dueño de aquel delicioso pájaro alegre, de ojos negros y boca roja? ¿Para quién cantaba su canción divina, cuando la señorita Primavera mostraba en el triunfo del sol su bello rostro riente, abría las flores del campo, y alborotaba la nidada? Susette se llamaba la avecita que había puesto en jaula de seda, peluches y encajes, un soñador artista cazador, que la había cazado una mañana de mayo en que había mucha luz en el aire y muchas rosas abiertas.

Recaredo -¡capricho paternal. Él no tenía la culpa de llamarse Recaredo!- se había casado hacía año y medio. ¿Me amas? Te amo. ¿Y tú? Con todo el alma. ¡Hermoso el día dorado, después de lo del cura! Habían ido luego al campo nuevo; a gozar libres, del gozo del amor. Murmuraban allá en su ventana de hojas verdes, las campanillas y las violetas silvestres que olían cerca del riachuelo, cuando pasaban los dos amantes, el brazo de él en la cintura de ella, el brazo de ella en la cintura de él, los rojos labios en flor dejando escapar los besos. Después, fue la vuelta a la gran ciudad, al nido de perfume de juventud y de calor dichoso.

¿Dije ya que Recaredo era escultor? Pues, si no lo he dicho, sabedlo.

*

Era escultor. En la pequeña casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, bronces y terracotas. A veces, los que pasaban oían a través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martilleo vibrante y metálico. Susette, Recaredo; la boca que emergía el cántico, y el golpe del cincel.

Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, llegar donde él trabajaba, e inundándole de cabellos la nuca, besarle rápidamente. Quieto, quietecito, llegar donde ella duerme en su *chaise-longue*, los piecitos calzados y con medias negras, uno sobre otro, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí el beso es en los labios, beso que sorbe el aliento y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos. Y a todo esto, las carcajadas del mirlo, un mirlo enjaulado que cuando Susette toca de Chopin, se pone triste y no canta. ¡Las carcajadas del mirlo! No era poca cosa. -Me quieres? -¿No lo sabes? -¿Me amas? -¡Te adoro! Ya estaba el animalucho echando toda la risa del pico. Se le sacaba de la jaula, revolaba por el saloncito azulado, se detenía en la cabeza de un Apolo de yeso, o en la frámea de un viejo germano de bronce oscuro. Tiiiiirit... rrrrrrtch fiii... ¡Vaya que a veces era malcriado e insolente en su algarabía! Pero era lindo sobre la mano de Susette que le mimaba, le apretaba el pico entre sus dientes hasta hacerlo desesperar, y le decía a veces con una voz severa que temblaba de terneza: Señor Mirlo, ¡es usted un picarón!

Cuando los dos amados estaban juntos se arreglaban uno a otro el cabello. «Canta», decía él. Y ella cantaba, lentamente; y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales; él la miraba como a una Elsa y ella le miraba como a un Lohengrin. Porque el Amor, ¡oh jóvenes llenos de sangre y de sueños!, pone un azul cristal ante los ojos, y da las alegrías infinitas.

¡Cómo se amaban! Él la contemplaba sobre las estrellas de Dios; su amor recorría toda la escala de la pasión, y era ya contenido, ya tempestuoso en su querer, a veces casi místico. En ocasiones dijérase aquel artista un theósofo, que veía en la amada mujer algo supremo y extrahumano, como la Ayesha de Rider Haggard; la aspiraba como una flor, le sonreía como a un astro, y se sentía soberbiamente vencedor al estrechar contra su pecho aquella adorable cabeza, que cuando estaba pensativa y quieta, era comparable al perfil hierático de la medalla de una emperatriz bizantina.

*

Recaredo amaba su arte. Tenía la pasión de la forma; hacía brotar del mármol gallardas diosas desnudas de ojos blancos, serenos y sin pupilas; su taller estaba poblado de un pueblo de estatuas silenciosas, animales de metal, gárgolas terroríficas, grifos de largas colas vegetales, creaciones góticas inspiradas por el ocultismo. Y sobre todo, ¡la gran afición!, japonerías y chinerías. Recaredo era en esto un original. No sé qué habría dado por hablar chino o japonés. Conocía los mejores álbumes; había leído buenos exotistas, adoraba a Loti y a Judith Gautier, y hacía sacrificios para adquirir trabajos legítimos, de Yokohama, de Nagasaki, de Kioto, o de Nankin o Pekin: los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas como las caras de los sueños hípnicos, los mandarinitos enanos con panzas de cucurbitáceos y ojos circunflejos, los monstruos de grandes bocas de batracios, abiertas y dentadas, y diminutos soldados de Tartaria, con faces foscas.

-¡Oh!, le decía Susette: aborrezco tu casa de brujo, ese terrible taller, arca extraña que te roba a mis caricias. El sonreía, dejaba su lugar de labor, su templo de raras chucherías, y corría al pequeño salón azul, a ver y mirar su gracioso dije vivo, y oír cantar al loco mirlo jovial.

Aquella mañana, cuando entró, vio que estaba su dulce Susette, soñolienta y tendida, cerca de un tazón de rosas que sostenía un trípode. ¿Era la Bella del bosque durmiente? Medio dormida, el delicado cuerpo modelado bajo una bata blanca, la cabellera castaña apelonada sobre uno de los hombros, toda ella exhalando su suave olor femenino, era como una deliciosa figura de los amables cuentos que empiezan: Este era un rey...

La despertó:

-¡Susette, mi bella!

Traía la cara alegre; le brillaban los ojos negros bajo su fez rojo de labor; llevaba una carta en la mano.

Carta de Robert, Susette. ¡El bribonazo está en la China! Hong Kong, 18 de enero.

Susette, un tanto amodorrada le había quitado el papel. ¡Conque aquel andariego había llegado tan lejos! Hong Kong, 18 de enero... Era gracioso. Un excelente muchacho el tal Robert, con la manía de viajar. Llegaría al fin del mundo. Robert, un grande amigo. Le veían como de la familia. Había partido hacía dos años para San Francisco de California. ¡Habrás visto loco igual!

Comenzó a leer.

*

Hong Kong, 18 de enero de 1888

Mi buen Recaredo:

Vine, y vi. No he vencido aún.

En San Francisco supe vuestro matrimonio y me alegré. Di un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lacas, marfiles y demás chinerías. junto con esta carta debes recibir un regalo mío que, dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme a los pies de Susette, y conserva el obsequio en memoria de tu

ROBERT.

Ni más ni menos. Ambos soltaron la carcajada. El mirlo a su vez hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

La caja había llegado, una caja de regular tamaño, llena de marchamos, de números y letras negras que decían y daban a entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio. Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía tres inscripciones, una de caracteres chinescos, otra en inglés y otra en francés: *La emperatriz de la China*. ¡La emperatriz de la China! ¿Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge,

cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones; todo dando magia a la porcelana blanca, con tonos de cera, inmaculada y cándida. ¡La emperatriz de la China! Susette pasaba sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, con sus curvos epicantus bajo los puros y nobles arcos de las cejas. Estaba contenta. Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana. -Le haría un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el plafond de su cuarto azul.

Así lo hizo. En un extremo del taller, formó un gabinete minúsculo, con biombos cubiertos de arrozales y de grullas. Predominaba la nota amarilla. Toda la gama, oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba sonriendo la exótica imperial. Alrededor de ella había colocado Recaredo todas sus japonsías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nipón, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa, cuando el artista soñador, después de dejar la pipa y los pinceles, llegaba frente a la emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, a hacer zalemas. Una, dos, diez, veinte veces la visitaba. Era una pasión. En un plato de laca yokoanesa le ponía flores frescas, todos los días. Tenía en momentos, verdaderos arrobos delante del busto asiático que le conmovía en su deleitable e inmóvil majestad. Estudiaba sus menores detalles, el caracol de la oreja, el arco del labio, la nariz pulida, el epicantus del párpado. ¡Un ídolo, la famosa emperatriz! Susette le llamaba de lejos: - ¡Recaredo! - ¡Voy! Y seguía en la contemplación de su obra de arte. Hasta que Susette llegaba a llevárselo a rastras y a besos.

Un día, las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.

-¿Quién ha quitado las flores? -gritó el artista desde el taller.

-Yo -dijo una voz Vibradora.

Era Susette que entreabría una cortina, toda sonrosada y haciendo relampaguear sus ojos negros.

*

Allá en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor: -¿Qué tendrá mi mujercita? --¿Qué tendrá mi mujercita? No comía casi. Aquellos buenos libros desflorados por la espátula de marfil, estaban en el pequeño estante negro, con sus hojas cerradas, sufriendo la nostalgia de las blandas manos de rosa, y del tibio regazo perfumado. El señor Recaredo la veía triste. ¿Qué tendrá mi mujercita? En la mesa no quería comer. Estaba seria; ¡qué sería! Le miraba a veces con el rabillo del ojo, y el mando veía aquellas pupilas oscuras, húmedas como que querían llorar. Y ella al responder, hablaba como los niños a quienes se ha negado un dulce. ¿Qué tendrá mi mujercita? ¡Nada! Aquel «nada» lo decía ella con voz de queja, y entre sílaba y sílaba había lágrimas.

¡Oh, señor Recaredo!, lo que tiene vuestra mujercita es que sois un hombre abominable. ¿No habéis notado que desde que esa buena de la emperatriz de la China ha llegado a vuestra casa, el saloncito azul se ha entristecido, y el mirlo no canta ni ríe con su risa perlada? Susette despierta a Chopin, y lentamente, lentamente, hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. Tiene celos, señor Recaredo! Tiene el mal de los celos, ahogador y quemante, como una serpiente encendida que aprieta el alma. ¡Celos! Quizás él lo comprendió, porque una tarde dijo a la muchachita de su corazón estas palabras, frente a frente, a través del humo de una taza de café: -Eres demasiado injusta. ¿Acaso no te amo con toda mi alma?; ¿acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?

Susette rompió a llorar. ¡Que la amaba! No, ya no la amaba. Habían huido las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban también eranidos, como pájaros en fuga. Ya no la quería. Y a ella, a la que en él veía su religión, su delicia, su ensueño, su rey, a ella, a su Susette, la había dejado por otra.

¡La otra! Recaredo dio un salto. Estaba engañada. ¿Lo diría por la rubia

Eulogia, a quien en un tiempo había dirigido madrigales?

Ella movió la cabeza: -No.

¿Por la ricachona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? ¿O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de avispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios?

¿O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua, roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

No, no era ninguna de esas. Recaredo se quedó con gran asombro. -Mira, chiquilla, dime la verdad. ¿Quién es ella? Sabes cuánto te adoro. Mi Elsa, mi Julieta, alma, amor mío...

Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas, que Susette, con los ojos enrojecidos, secos ya de las lágrimas, se levantó irguiendo su linda cabeza heráldica.

-¿Me amas?

-¡Bien lo sabes!

-Deja, pues, que me vengue de mi rival. Ella o yo: escoge. Si es cierto que me adoras ¿querrás permitir que la aparte siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?

-Sea -dijo Recaredo. Y viendo irse a suavecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café, tan negro como la tinta.

No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido de fracaso, en el recinto de su taller.

Fue. ¿Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal de negro y oro, y entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crujían bajo los pequeños zapatos de Susette, quien toda encendida y con el cabello suelto, aguardando los besos, decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado:

-¡Estoy vengada! ¡Ha muerto ya para ti la emperatriz de la China!

Y cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo, el mirlo, en su jaula primorosa, se moría de risa.

A una estrella

Romanza en prosa

Princesa del divino imperio azul, ¡quién besara tus labios luminosos!

Yo soy el enamorado exótico que, soñando mi sueño de amor, estoy de rodillas, con los ojos fijos en tu inefable claridad, estrella mía, que estás tan lejos! ¡Oh!, ¡cómo ardo en celos, cómo tiembla mi alma cuando pienso que tú, cándida hija de la aurora, puedes fijar tus miradas en el hermoso Príncipe Sol que viene del Oriente, gallardo y bello en su carro de oro, celeste flechero triunfador, de coraza adamantina, que trae a la espalda el carcaj brillante lleno de flechas de fuego! Pero no, tú me has sonreído bajo tu palio, y tu sonrisa era dulce como la esperanza. ¡Cuántas veces mi espíritu quiso volar hacia ti y quedó desalentado! ¡Está tan lejano tu alcázar! He cantado en mis sonetos y en mis madrigales tu místico florecimiento, tus cabellos de luz, tu alba vestidura. Te he visto como una pálida Beatriz del firmamento, lírica y amorosa en tu sublime resplandor. Princesa del divino imperio azul, ¡quién besara tus labios luminosos!

*

Recuerdo aquella negra noche, ¡oh genio Desaliento!, en que visitaste mi cuarto de trabajo para darme tortura, para dejarme casi desolado el pobre jardín de mi ilusión, donde me segaste tantos frescos ideales en flor. Tu voz me sonó a hierro y te escuché temblando, porque tu palabra era cortante y fría y caía como un hacha. Me hablaste del camino de la Gloria, donde hay que andar descalzo sobre cambroneras y abrojos; y desnudo, bajo una eterna granizada; y a oscuras, cerca de hondos abismos, llenos de sombra como la muerte. Me hablaste del vergel Amor, donde es casi imposible cortar una rosa sin morir, porque rara es la flor en que no anida un áspid. Y me dijiste de la terrible y muda esfinge de bronce que está a la entrada de la tumba. Y yo estaba espantado, porque la gloria me había atraído, con su hermosa palma en la mano, y el Amor me llenaba con su embriaguez, y la vida era para mí encantadora y alegre como la ven las flores y los pájaros. Y ya presa de mi desesperanza, esclavo tuyo, oscuro genio Desaliento, huí de mi triste lugar de labor -donde entre una corte de bardos antiguos y de poetas modernos, resplandecía el dios Hugo, en la edición de Hetzel- y busqué el aire libre bajo el cielo de la noche. Entonces fue, adorable y buena princesa, cuando tuviste compasión de aquel pobre poeta, y le miraste con tu mirada inefable y le sonreíste, y de tu sonrisa emergía el divino verso de la esperanza! Estrella mía que estás tan lejos, ¡quién besara tus labios luminosos!

*

Quería cantarte un poema sideral que tú pudieras oír, quería ser tu amante ruiseñor, y darte mi apasionado ritornelo, mi etérea y rubia soñadora. Y así, desde la tierra donde caminamos sobre el limo, enviarte mi ofrenda de armonía a tu región en que deslumbra la apoteosis y reina sin cesar el prodigio.

Tu diadema asombra a los astros y tu luz hace cantar a los poetas, perla del océano infinito, flor de lis del oriflama inmenso del gran Dios.

Te he Visto una noche aparecer en el horizonte sobre el mar, y el gigantesco viejo, ebrio de sal, te saludó con salvas de sus olas sonantes y roncadas. Tú caminabas con un manto tenue y dorado: tus reflejos alegraban las vastas aguas palpitantes.

Otra vez era una selva oscura donde poblaban el aire los grillos monótonos, con las notas chillonas de sus nocturnos y rudos violines. A través de un ramaje, te contemplé en tu deleitable serenidad, y vi sobre los árboles negros, trémulos hilos de luz, como si hubieran caído de la altura, hebras de tu cabellera. Princesa del divino imperio azul, ¡quién besara tus labios luminosos!

*

Te canta y vuela a ti la alondra matinal en el alba de la primavera, en que el viento lleva vibraciones de liras eólicas, y el eco de los tímpanos de plata que suenan los silfos. Desde tu región derrama las perlas armónicas y cristalinas de su buche, que caen y se juntan a la universal y grandiosa sinfonía que llena la despierta tierra.

Y en esa hora pienso en ti, porque es la hora de supremas citas en el profundo cielo y de ocultos y ardorosos oarystis en los tibios parajes del bosque donde florece el cítiso que alegra la égloga! Estrella mía, que estás tan lejos, ¡quién besara tus labios luminosos!

El año lírico

Primaveral

Mes de rosas. Van mis rimas
en ronda, a la vasta selva,
a recoger miel y aromas
en las flores entreabiertas.
Amada, ven. El gran bosque
en nuestro templo: allí ondea
y flota un santo perfume
de amor. El pájaro vuela
de un árbol a otro y saluda
tu frente rosada y bella
como a un alba; y las encinas
robustas, altas, soberbias,
cuando tú pasas agitan
sus ojos verdes y trémulas,
y enarcan sus ramas como
para que pase una rema.
¡Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Mira: en tus ojos, los míos:
da al viento la cabellera,
y que bañe el sol ese oro
de luz salvaje y espléndida.
Dame que aprieten mis manos
las tuyas de rosa y seda,
y ríe, y muestren tus labios
su púrpura húmeda y fresca.
Yo voy a decirte rimas,
tú vas a escuchar risueña;
si acaso algún ruiseñor
viniese a posarse cerca,
y a contar alguna historia
de ninfas, rosas o estrellas,
tú no oirás notas ni trinos,
sino enamorada y regia,
escucharás mis canciones
fija en mis labios que tiemblan.
¡Oh amada mía! Es el dulce
tiempo de la primavera.

*

Allá hay una clara fuente
que brota de una caverna,
donde se bañan desnudas
las blancas ninfas que juegan.

Ríen al son de la espuma,
hienden la linfa serena;
entre polvo cristalino
esponjan sus cabelleras;
y saben himnos de amores
en hermosa lengua griega,
que en glorioso tiempo antiguo
Pan inventó en las florestas.
Amada, pondré en mis rimas
la palabra más soberbia
de las frases de los versos
de los himnos de esa lengua;
y te diré esa palabra
empapada en miel hiblea...
¡Oh amada mía! en el dulce
tiempo de la primavera.

*

Van en sus grupos vibrantes
revolando las abejas
como un áureo torbellino
que la blanca luz alegre;
y sobre el agua sonora
pasan radiantes, ligeras,
con sus alas cristalinas
las irisadas libélulas.
Oye: canta la cigarra
porque ama el sol, que en la selva
su polvo tamiza,
entre las hojas espesas.
Su aliento nos da en un soplo
fecundo la madre tierra,
con el alma de los cálices
y el aroma de las yerbas.

*

¿Ves aquel nido? Hay un ave.
Son dos: el macho y la hembra.
Ella tiene el buche blanco,
él tiene las plumas negras.
En la garganta el gorjeo,
las alas blandas y trémulas;
y los picos que se chocan
como labios que se besan.
El nido es cántico. El ave
incuba el trino, ¡oh poetas!,
de la lira universal
el ave pulsa una cuerda.
Bendito el calor sagrado
que hizo reventar las yemas,
¡Oh amada mía!, ¡en el dulce
tiempo de la primavera!

*

Mi dulce musa Delicia
me trajo un ánfora griega
cinculada en alabastro,
de vino de Naxos llena;
y una hermosa copa de oro,
la base henchida de perlas,
para que bebiese el vino
que es propicio a los poetas.
En el ánfora está Diana,
real, orgullosa y esbelta,
con su desnudez divina
y en su actitud cinegética.
Y en la copa luminosa
está Venus Citerea
tendida cerca de Adonis
que sus caricias desdeña.
No quiero el vino de Naxos
ni el ánfora de ansas bellas,
ni la copa donde Cipria
al gallardo Adonis ruega.
Quiero beber el amor
sólo en tu boca bermeja,
¡Oh amada mía! ¡En el dulce
tiempo de la primavera!

Estival

I

La tigre de Bengala,
con su lustrosa piel manchada a trechos
está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
de un ribazo, al tupido
carrizal de un bambú; luego, a la roca
que se yergue a la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y enza de placer su piel hirsuta.

*

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama.
Por el ramaje oscuro
salta huyendo el kanguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
a la tórrida lumbre;
el pájaro se sienta
a reposar sobre la verde cumbre.

*

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana
en alas del bochorno,
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira, a pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva, soberana,
la late el corazón, se le hincha el seno.

*

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca
el filo de un roca,
y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
que azota con rabo puntiagudo
de color negro y blanco,
y móvil y felpudo;
luego el vientre. En seguida
abre las anchas fauces, altanera
como reina que exige vasallaje;
después husmea, busca, va. La fiera

II

Era muy bello.

Gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el hjar, robusto el cuello,
era un don Juan felino
en el bosque. Anda a trancos
callados, ve a la tigre inquieta, sola,
y le muestra los blancos
dientes, y luego arbola
con donaire la cola.
Al caminar se vía
su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
del labio relamía. Cuando andaba,
con su peso chafaba
la yerba verde y muelle;
y el ruido de su aliento semejaba
el resollar de un fuelle.
Él es, él es el rey. Cetro de oro
no, sino la ancha garra
que se hinca recia en el testuz del toro
y las carnes desgarras.
La negra águila enorme, de pupilas
de fuego y corvo pico relumbrante,
tiene a Aquilón; las hondas y tranquilas

aguas el gran caimán; el elefante
la cañada y la estepa;
la víbora, los juncos por do trepa:
y su caliente nido
del árbol suspendido,
el ave dulce y tierna
que ama la primera luz.

Él, la caverna.

*

No envidia al león la crin, ni al potro rudo
el casco, ni al membrudo
hipopótamo el lomo corpulento,
quien bajo los ramajes del copudo
baobab, ruge al viento.

*

Así va el orgulloso, llega, halaga;
corresponde la tigre que le espera,
y con caricias las caricias paga
en su salvaje ardor, la carnicera.

*

III

Después, el misterioso
tacto, las impulsivas
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
bajo las vastas selvas primitivas.
No el de las musas de las blandas horas,
suaves, expresivas, en las rientes auroras
y las azules noches pensativas;
sino el que todo enciende, anima, exalta,
polen, savia, calor, nervio, corteza,
y en torrentes de vida brota y salta
del seno de la gran naturaleza.

*

IV

El príncipe de Gales va de caza
por bosques y por cerros,
con su gran servidumbre y con sus perros
de la más fina raza.

*

Acallando el tropel de los vasallos
deteniendo traíllas y caballos,
con la mirada inquieta,
contempla a dos tigres, de la gruta
a la entrada. Requiere la escopeta
y avanza y no se inmuta.

*

Las fieras se acarician. No han oído
tropel de cazadores.
a esos terribles seres,

embriagados de amores,
con cadenas de flores
se les hubiera uncido
a la nevada concha de Citeres,
o al carro de Cupido.

*

El príncipe atrevido
adelanta, se acerca, ya se para;
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
ya del alma el estruendo
por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo.
Y la hembra queda, el vientre desgarrado.

*

¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido,
miró a aquel cazador; lanzó un gemido
como un ¡ay! de mujer.. y cayó muerta.

*

V

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
a los rayos ardientes
del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño:
que enterraba las garras y los dientes
en vientres sonrosados
y pechos de mujer;
y que engullía
por postres delicados
de comidas y de cenas,
-como tigre goloso entre golosos
unas cuantas docenas
de niños tiernos, rubios y sabrosos.

Autumnal

Eros, vita, lumen

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul; en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas.
¡Ah los suspiros! ¡Ah los dulces sueños!
¡Ah las tristezas íntimas!
¡Ah el polvo de oro que en el aire flota,
tras cuyas ondas trémulas se miran
los ojos tiernos y húmedos,
las bocas inundadas de sonrisas,
las crespas cabelleras
y los dedos de rosa que acarician!

*

En las pálidas tardes
me cuenta un hada amiga
las historias secretas
llenas de poesía;
lo que cantan los pájaros,
lo que llevan las brisas,
lo que vaga la niebla,
lo que sueñan las niñas.

*

Una vez sentí el ansia
de una sed infinita.
Dije al hada amorosa:
-Quiero en el alma mía
tener la inspiración honda, profunda,
inmensa: luz, calor, aroma, vida.
Ella me dijo: ¡Ven! con el acento
con que hablaría un arpa. En él había
un divino idioma de esperanza.
¡Oh, sed del ideal!

*

Sobre la cima
de un monte, a media noche,
me mostró las estrellas encendidas.
Era un jardín de oro
con pétalos de llama que titilan.
Exclamé: -¡Más!...

*

La aurora
vino después. La aurora sonreía,
con la luz en la frente,
como la joven tímida
que abre la reja, y la sorprenden luego
ciertas curiosas, mágicas pupilas.
Y dije: -¡Más!... Sonriendo
la celeste hada amiga
prorrumpió: -¡Y bien!... ¡Las flores!

*

Y las flores

estaban frescas, lindas,
empapadas de olor: la rosa virgen,
la blanca margarita,
la azucena gentil, y las volúbilis
que cuelgan de la rama estremecida.
Y dije: -¡Más!...

*

El viento
arrastraba rumores, ecos, risas,
murmullos misteriosos, aleteos,
músicas nunca oídas.

El hada entonces me llevó hasta el velo
que nos cubre las ansias infinitas,
la inspiración profunda,
y el alma de las liras.
Y lo rasgó. Y allí todo era aurora.
En el fondo se vía
un bello rostro de mujer.

*

¡Oh, nunca

Piérides, diréis las sacras dichas
que en el alma sintiera!
Con su vaga sonrisa:
¿Más ? dijo el hada. Y yo tenía entonces,
clavadas las pupilas
en el azul; y en mis ardientes manos
se posó mi cabeza pensativa...

Invernal

Noche. Este viento vagabundo lleva
las alas entumidas,
y heladas. El gran Andes
yergue al inmenso azul su blanca cima.
La nieve cae en copos,
sus rosas transparentes cristaliza;
en la ciudad, los delicados hombros
y gargantas se abrigan;
ruedan y van los coches,
suenan alegres pianos, el gas brilla;
y, si no hay un fogón que caliente,
el que es pobre tiritita.

*

Yo estoy con mis radiantes ilusiones
y mis nostalgias íntimas,
junto a la chimenea
bien harta de tizones que crepitan.
Y me pongo a pensar: ¡oh! si estuviese
ella, la de mis ansias infinitas,
la de mis sueños locos,
y mis azules noches pensativas!
¿Cómo? Mirad:

De la apacible estancia

en la extensión tranquila
vertería la lámpara reflejos
de luces opalinas.
Dentro, el amor que abrasa;
fuera, la noche fría;
el golpe de la lluvia en los cristales,
y el vendedor que grita
su monótona y triste melopea

a las glaciales brisas;
dentro, la ronda de mil delirios,
las canciones de notas cristalinas,
unas manos que toquen mis cabellos,
un aliento que roce mis mejillas,
un perfume de amor, mil conmociones,
mil ardientes caricias;
ella y yo; los dos juntos, los dos solos;
la amada y el amado, ¡oh Poesía!
los besos de sus labios,
la música de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.

*

¡Oh! ¡bien haya el brasero
lleno de pedrería!
Topacios y carbunclos,
rubíes y amatistas
en la ancha copa etrusca
repleta de ceniza.
Los lechos abrigados,
las almohadas mullidas,
las pieles de Astrakán, los besos cálidos
que dan las bocas húmedas y tibias!
¡Oh, viejo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila.

*

Sí, estaría a mi lado,
dándome sus sonrisas,
ella, la que hace falta a mis estrofas,
ésta que mi cerebro se imagina;
la que, si estoy en sueños,
se acerca y me visita;
ella, que, hermosa, tiene
una carne ideal, grandes pupilas,
algo de mármol, blanca luz de estrella;
nerviosa, sensitiva,
muestra el cuello gentil y delicado
de las Hebes antiguas,
bellos gestos de diosa,
tersos brazos de ninfa,
lustrosa cabellera
en la nuca encrespada y recogida,
y ojeras que denuncian
ansias profundas y pasiones vivas.
¡Ah, por verla encarnada,
por gozar sus caricias,
por sentir en mis labios

los besos de su amor, diera la vida!
Entre tanto, hace frío.
Yo contemplo las llamas que se agitan,
cantando alegres con sus lenguas de oro,
móviles, caprichosas e intranquilas,
en la negra y cercana chimenea
do el tuero brillador estalla en chispas.

*

Luego pienso en el coro
de las alegres liras,
en la copa labrada de vino negro,
la copa hirviente cuyos bordes brillan
con iris temblorosos y cambiantes
como un collar de prismas;
el vino negro que la sangre enciende
y pone el corazón con alegría,
y hace escribir a los poetas locos
sonetos áureos y flamantes silvas.
El Invierno es beodo.
Cuando soplan sus brisas,
brotan las viejas cubas
la sangre de las viñas.
Sí, yo pintara su cabeza cana
con corona de pámpanos guarnida.
El Invierno es galeoto,
porque en las noches frías
Paolo besa a Francesca
en la boca encendida,
mientras su sangre como fuego corre
y el corazón ardiendo le palpita.
¡Oh, crudo Invierno, salve!
puesto que traes con las nieves frías
el amor embriagante
y el vino del placer en tu mochila!

*

Ardor adolescente,
miradas y caricias;
¡cómo estaría trémula en mis brazos
la dulce amada mía,
dándome con sus ojos luz sagrada,
con su aroma de flor, savia divina!
En la alcoba la lámpara
derramando sus luces opalinas;
oyéndose tan sólo
suspiros, ecos, risas;
el ruido de los besos;
la música triunfante de mis rimas
y en la negra y cercana chimenea
el tuero brillador que estalla en chispas.
Dentro, el amor que abrasa;

fuera, la noche fría!

Pensamiento de Otoño

De Armand Silvestre

Huye ya el año a su término
como arroyo que pasa,
llevando del Poniente
luz fugitiva y pálida.
Y así como el del pájaro
que triste el ala,
el vuelo del recuerdo
que al espacio se lanza
languidece en lo inmenso
del azul por do vaga.
Huye el año a su término
como arroyo que pasa.

*

Un algo de alma aún yerra
por los cálices muertos
de las tardas volúbilis
y los rosales trémulos.
Y de luces lejanas,
al hondo firmamento,
en alas del perfume
aún se remonta un sueño.
Un algo de alma aún yerra
por los cálices muertos.

*

Canción de despedida
fingen las fuentes turbidas.
Si te place, amor mío,
volvamos a la ruta
que allá en la primavera
ambos, las manos juntas,
seguimos, embriagados
de amor y de ternura
por los gratos senderos
do sus ramas columpian
olientes avenidas
que las flores perfuman.
Canción de despedida
fingen las fuentes turbidas.

*

Un cántico de amores
brota mi pecho ardiente
que eterno Abril fecundo
de juventud florece.
¡Que mueran en buena hora

los bellos días! Llegue
otra vez el invierno;
renazca áspero y fuerte.
Del viento entre el quejido,
cual mágico himno alegre,
un cántico de amores
brota mi pecho ardiente.

*

Un cántico de amores
a tu sacra beldad,
mujer, eterno estío,
primavera inmortal!
Hermana del ígneo astro
que por la inmensidad
en toda estación vierte
fecundo, sin cesar,
de su luz esplendente
el dorado raudal.
Un cántico de amores
a tu sacra beldad,
mujer, ¡eterno estío!
¡primavera inmortal!

A un poeta

Nada más triste que un titán que llora,
Hombre-montaña encadenado a un lirio,
Que gime, fuerte, que pujante, implora:
Víctima propia en su fatal martirio.

Hércules loco que a los pies de Onfalia
La clava deja y el luchar rehúsa,
Héroe que calza femenil sandalia,
Vate que olvida la vibrante musa.

¡Quien desquijara los robustos leones,
Hilando esclavo con la débil rueca;
Sin labor, sin empuje, sin acciones
Puños de fierro y áspera muñeca!

No es tal poeta para hollar alfombras
Por donde triunfan femeniles danzas:
Que vibre rayos para herir las sombras,
Que escriba versos que parezcan lanzas.

Relampagueando la soberbia estrofa,
Su surco deje de esplendente lumbre;
y el pantano de escándalo y de mofa
Que no lo vea el águila en su cumbre.

Bravo soldado con su casco de oro

Lance el dardo que quema y que desgarr,
Que embista rudo como embiste el toro,
Que clave firme, como el león, la garra.

Cante valiente y al cantar trabaje,
Que ofrezca robles si se juzga monte;
Que su idea, en el mal rompa y desgaje
Como en la selva virgen el bisonte.

Que lo diga la inspirada boca
Suene en el pueblo con la palabra extraña;
Ruido de oleaje al azotar la roca,
Voz de la caverna y soplo de la montaña

Deje Sansón de Dálila el regazo:
Dálila engaña y corta los cabellos.
No pierda el fuerte el rayo de su brazo
Por ser esclavo de unos ojos bellos.

Anagke

Y dijo la paloma:
Yo soy feliz. Bajo el inmenso cielo,
en el árbol en flor, junto a la poma
llena de miel, junto al retoño suave
y húmedo por las gotas del rocío,
tengo mi hogar. Y vuelo,
con mis anhelos de ave,
del amado árbol mío
hasta el bosque lejano,
cuando el himno jocundo
del despertar de Oriente,
sale el alba desnuda, y muestra al mundo
el pudor de la luz sobre su frente.
Mi ala es blanca y sedosa;
la luz la dora y baña
y céfiro la peina.
Son mis pies como petalos de rosa.
Yo soy la dulce reina
que arrulla a su palomo en la montaña.

En el fondo del bosque pintoresco
está el alerce en que formé mi nido;
y tengo allí, bajo el follaje fresco,
un polluelo sin par, recién nacido.

Soy la promesa alada,
el juramento vivo;
soy quien lleva el recuerdo de la amada
para el enamorado pensativo.

Yo soy la mensajera
de los tristes y ardientes soñadores,
que va a revolotear diciendo amores
junto a una perfumada cabellera.

Soy el lirio del viento.
Bajo el azul del hondo firmamento
muestro de mi tesoro bello y rico
las preseas y galas:
el arrullo en el pico
la caricia en las alas.

Yo despierto a los pájaros parleros
y entonan sus melódicos cantares;
me poso en los floridos limoneros
y derramo lluvia de, azahares.

Yo soy toda inocente, toda pura.
Yo me esponjo en las ansias del deseo,
y me estremezco en la íntima ternura
de un roce, de un rumor, de un aleteo.

¡Oh inmenso azul! Yo te amo. Porque a Flora
das la lluvia y el sol siempre encendido:
porque, siendo el palacio de la Aurora,
también eres el techo de mi nido.

¡Oh inmenso azul! Yo adoro
tus celajes risueños,
y esa niebla sutil de polvo de oro
donde van los perfumes y los sueños.

Amo los velos tenues, vagarosos,
de las flotantes brumas,
donde tiendo a los aires cariñosos
el sedeo abanico de mis plumas.

¡Soy feliz! Porque es mía la floresta,
donde el misterio de los nidos se halla;
porque el alba es mi fiesta
y el amor mi ejercicio y mi batalla.

Feliz porque de dulce ansias llena,
calentar mis polluelos es mi orgullo;
porque en las selvas vírgenes resuena
la música celeste de mi arrullo.

Porque no hay una rosa que no me ame,
ni pájaro gentil que no me escuche,
ni garrido cantor que no me llame!...

-Sí? dijo entonces un gavián infame,
Y con furor se la metió en el buche.

Entonces el buen Dios allá en su trono,
(mientras Satán, para distraer su encono
aplaudía a aquel pájaro zahareño),
se puso a meditar. Arrugó el ceño,
y pensó, al recordar sus vastos planes,
y recorrer sus puntos y sus comas,
Que cuando creó palomas
No debía haber creado gavilanes.

Sonetos áureos

Caupolicán

a Henrique Hernández Miyares

Es algo formidable que vio la vieja raza:
Robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
Salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
Blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza
Pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
Lancero de los bosques, Nemrod que todo lo caza,
Desjarretar un toro, o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz del día,
Le vio la tarde pálida, le vio la noche fría,
Y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

«¡El Toqui, el Toqui!» clama la conmovida casta.
Anduvo, anduvo, anduvo. La Aurora dijo: «Basta.»
E irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

Venus

En la tranquila noche, mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.
En el oscuro cielo Venus bella temblando lucía,
Como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
Que esperaba a su amante, bajo el techo de su camarín;
O que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,
Triunfante y luminosa, recostada sobre su palanquín.

«¡Oh reina rubia! -díjele- mi alma quiere dejar su crisálida,
Y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar,
Y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida

Y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar.»
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

De invierno

Acuarela

En invernales horas, mirad a Carolina.

Medio apolotonada, descansa en el sillón,
Envuelta con su abrigo de marta cibelina
Y no lejos del fuego que brilla en el salón.

El fino angora blanco junto a ella se reclina,
Rozando con su hocico la falda de Alençon,
No lejos de las jarras de porcelana china
Que medio oculta un biombo de seda del Japón.

Con sutiles filtros la invade un dulce sueño;
Entro, sin hacer ruido; dejo mi capa gris;
Voy a besar su rostro rosado y halagüeño

Como una rosa roja que fuera flor de lis;
Abre los ojos, mírame con su mirar risueño,
Y en tanto cae la nieve del cielo de París.

Medallones

I. Leconte de Lisle

De las eternas musas el reino soberano
Recorres, bajo un soplo de vasta inspiración,
Como un rajah soberbio que en su elefante indiano
Por sus dominios pasa de rudo viento al son.

Tú tienes en tu canto como ecos del oceano;
Se ve en tu poesía la selva y el león;
Salvaje luz irradia la jira que en tu mano
Derrama su sonora, robusta vibración.

Tú del fakir conoces secretos y avatares;
A tu alma dio el Oriente misterios seculares,
Visiones legendarias y espíritu oriental.

Tu verso está nutrido con savia de la tierra;
Fulgor de Ramayamas tu viva estrofa encierra,
Y cantas en la lengua del bosque colosal.

II. Catulle Mendès

Puede ajustarse al pecho coraza férrea y dura
Puede regir la lanza, la rienda del corcel;
Sus músculos de atleta soportan la armadura...
Pero él busca en las bocas rosadas, leche y miel.

Artista hijo de Capua, que adora la hermosura,
La carne femenina prefiere su pincel;
Y en el recinto oculto de tibia alcoba oscura
Agrega mirto y rosas a su triunfal laurel.

Canta de los oarystis el delicioso instante,
Los besos y el delirio de la mujer amante;
Y en sus palabras tiene perfume, alma, color.

Su ave es la venusina, la tímida paloma.
Vencido hubiera en Grecia, vencido hubiera en Roma,
En todos los combates del arte o del amor.

III. Walt Whitman

En su país de hierro vive el gran viejo,
Bello como un patriarca, sereno y santo.
Tiene en la arruga olímpica de su entrecejo

Algo que impera y vence con noble encanto.

Su alma del infinito parece espejo;
Son sus cansados hombros dignos del manto;
Y con arpa labrada de un roble añejo,
Como un profeta nuevo canta su canto.

Sacerdote que alienta soplo divino
Anuncia, en el futuro, tiempo mejor.
Dice al águila: «¡Vuela!»; «¡Boga!», al marino,

Y «¡Trabaja!», al robusto trabajador.
¡Así va ese poeta por su camino,
Con su soberbio rostro de emperador!

IV. J. J. Palma

Ya de un corintio templo cincela una metopa,
Ya de un morisco alcázar el capitel sutil,
Ya como Benvenuto, del oro de una copa
Forma un joyel artístico, prodigio del buril.

Pinta las dulces Gracias, o la desnuda Europa,
En el pulido borde de un vaso de marfil,
O a Diana, diosa virgen de desceñida ropa,
Con aire cinegético, o en grupo pastoril.

La musa que al poeta sus cánticos inspira
No lleva la vibrante trompeta de metal,
Ni es la bacante loca que canta y que delira,

En el amor fogosa, y en el placer triunfal:
Ella al cantor ofrece la septicorde lira,
O, rítmica y sonora, la flauta de cristal.

V. Parodi

Dio a sus estrofas el cielo azul de Italia,
Le atrajo con su inmenso fulgor el gran París;
Ciñeron su cabeza los lauros de la Galia
Y fueron sus hermanos los hijos de San Luis.

Las máscaras le dieron las gracias de Tesalia;
Cantó el valor, un astro; y la virtud, un lis.
Y luego dio a los vientos su rítmica faunalia,
Y el cielo antes rosado tomóse cielo gris.

Los gritos de su carne son gritos de bacante.
Las voces de su alma dan vida a la ilusión;
A la esperanza muerta levántala radiante

De su pectide helénica al desusado son
Y en medio de la Francia, magnífico y vibrante
Su espíritu está lleno de aurora y de visión.

VI. Salvador Díaz Mirón

Tu quarteto es cuadriga de águilas bravas
Que aman las tempestades, los oceanos;
Las pesadas tizonas, las férreas clavas,
Son las armas forjadas para tus manos.

Tu idea tiene cráteres y vierte lavas;
Del Arte recorriendo montes y llanos
Van tus rudas estrofas jamás esclavas,
Como un tropel de búfalos americanos.

Lo que suena en tu lira lejos resuena,
Como cuando habla el bóreas, o cuando truena.
¡Hijo del Nuevo Mundo! ¡La humanidad

Oiga, sobre la frente de las naciones,
La hímica pompa lírica de tus canciones
Que saludan triunfantes la libertad!

Échos

A Mademoiselle...

J'aime la belle fleur d'or
Pour tes cheveux, mon trésor,
Et un lys pour ton corset.
Veux-tu d'autre fleur alors?
Mes lèvres pour ton baiser.

Pensée

Les yeux à l'horizon sublime de l'Histoire,
J'étais sous un grand souffle peuplé d'illusion.
Et J'ai vu, fremissant, ta palme d'or, ô Gloire,
Et j'écouté, ô Fame, la voix de ton clairon!

Chanson crépusculaire

Le bois vierge éveillé, de sa langue sonore
Chante, tout fremissant, la chanson de l'aurore.
Vibrent les jeunes arbres, éclate la lumière
Qui décore le front de l'aube printanière.
Dans une gloire d'or, semblable à un empereur,
Le grand soleil caresse et l'oiseau et la fleur.
O sève! ô volupté! je vois un noir taureau
Manger de la pâture au bord d'un frais ruisseau
Tandis que sur des feuilles où la lumière tombe.
A plein air, amoureuse, roucoule une colombe.
Là-bas je vois la mer grisâtre et l'horizon
Doré par le matin; et là-bas le vallon:
Partout la joie de vie comme un souffle mystique,
Partout l'ivresse ardente, l'haleine du tropique.
On dirait une fête suprême, un plaisir pur,
Sous le regard profond de l'éternel azur.

L'aube émaille de perles son beau peplum de rose
Dans les vagues d'opale qui font l'apothéose.
On voit la plaine verte dans une reverie
Comme le champ de riz d'une chinoserie.
C'est l'heure de l'Orient et du doux crépuscule,
L'heure du papillon et de la libellule,
Et du nid qui gazouille et des petits enfants.
Les près ont des souris et des cris triomphants.
On voit sur les collines pittoresques, sauvages,
Comme de cygnes blancs les humides nuages.
Partout la vie, partout la joie, partout l'amour.
Seulement dans mon coeur est triste ce beau Jour.

Hélas, ma bien aimée! L'implacable destin
A empoisonné ma coupe, a empoisonné mon vin.
Je ne vois pas tes yeux, adorable trésor,
Je ne vois pas ta bouche charmante, à la voix d'or,
Ta chevelure blonde, ton profil séraphique,
Et ton corps de canéphore antique.
Loin de toi, je suis triste, et je suis solitaire;
Je chante ma plaintive chanson crépusculaire.
Champ fleuri! Mon printemps est plein de ma souffrance.
Maintenant, le vois l'aube! L'aube, c'est l'espérance...

FIN

Notas de Darío a la segunda edición de *Azul...*

- I -

Cartas de Don Juan Valera, de la Real Academia Española

El ilustre autor de *Pepita Jiménez* comenzó a publicar en *El Imparcial* de Madrid una serie de cartas que llamó *Americanas*, por referirse a obras y autores de América. Esto fue en el año de 1888.

Me encontraba en Valparaíso, y a la sazón era cónsul de España en aquel puerto el señor don Antonio Alcalá Galiano y Miranda, hijo del insigne orador y hombre público del mismo nombre, y primo de don Juan Valera. Por medio de don Antonio remití al autor famoso y crítico eminente un ejemplar de mi *Azul...* que acababa de aparecer, impreso en la tipografía Excelsior. Poco tiempo después tuve la honra de que Valera escribiese respecto a mi libro las dos cartas que encabezan esta edición.

- II -

L'art, c'est l'azur

Esta frase de Víctor Hugo que sirve de epígrafe al prólogo de don Eduardo de la Barra, explica el porqué del título de la obra. Evocado por la palabra *azul* surge del fondo de nuestro ser «lo ideal, lo etéreo, lo infinito, la serenidad del cielo sin nubes, la luz difusa, la amplitud vaga y sin límites, donde nacen, viven, brillan, y se mueven los astros». Palabras de Valera. Y dice el primero de los poetas: «*L'art c'est l'azur.*»

Recuerdo aquella canción del mismo Víctor Hugo en *Les Chatiments*, «*Le chant de ceux qui s'en vont sur mer*», que comienza

*Adieu patrie!
L'onde est en furie,
Adieu patrie!
Azur!*

Jean Aicard ha escrito después: «*L'amour, c'est l'azur.* »

- III -

«Junto
gran
anciar
Leade
día de
román
coloca
afecto
secta
moder
los
simbol
decad

A estas palabras de mi egregio amigo el poeta chileno De la Barra, tengo que responder lo siguiente. No puedo colocar a la par de Víctor Hugo a los decadentes, porque éstos, como los pamasiáticos, los neorrománticos, no son sino retoños del gran roble. Esos zingaros, como les llama el Sr. de la Barra, descienden «de Ramsés el Grande».

- IV -

¿Es Rubén Darío
decadente?
Él lo cree así; yo
lo niego.

No lo creo. Admiro el delicado procedimiento de esos refinados artistas que hoy tiene Francia, pero bien sé hasta dónde llegan sus exageraciones y exquisiteces. Entre José María de Heredia, parnasiano, y Mallarmé, Valabregué, u otros decadentes, me quedo con el rey de los sonetistas.

- V -

Imaginadlo enjaulado en el pandemónium de la Aduana de Valparaíso, tratando de fardos, contando barricas, alineando números en negras columnas. ¡Imposible!

Y hay, sin embargo, que dar vuelta al manubrio. ¡Ah, creedme, yo lo comprendo... pero, al menos, él, lleno de juventud, lleva en el pecho la esperanza...!

Cuando en 1887 llegó por primera vez el cólera a Santiago de Chile, puse pies en polvorosa, huyendo del terrible enemigo, y me trasladé a Valparaíso, donde de periodista me transformé en empleado de Aduana. De mi ineptitud en tal campo pueden dar razón aquellos excelentes muchachos, mis compañeros! Pero había que dar vueltas al manubrio del trabajo, y a falta de pruebas de imprenta, buenas son pólizas.

De la Barra deja ver cierta justa tristeza, y harta razón tiene, en verdad. Ese hombre eminente que honra a su país, ha vivido una vida de luchas por las ideas liberales, ha sido maestro de la juventud, difusor de la luz, poeta de las glorias patrias, y sin embargo, ¡cuántos hombres nulos fueron profetas antes que él! Ley dura. Por desgracia, ¡peor que en ninguna parte en nuestros países de la América Latina!

- VI -

¡Eh! dejad a los clérigos del
Estandarte la gloria de tejer
fajas púdicas para la Venus
de Milo...

Se refiere a los escritores católicos del diario santiagués *El Estandarte Católico*, magistralmente redactado por clérigos y en cuyas columnas se ha combatido duramente el desnudo en el arte.

- VII -

Por la propiedad quisiéramos que la escena pasara en la India, cuna de tigres bengaleses, y soto de caza de los príncipes de Inglaterra...

Está atendido lo indicado por el prologoista, en esta segunda edición.

- VIII -

La envidia se pondrá pálida; Nicaragua se encogerá de hombros, que nadie es profeta en su tierra.

¡Oh, poeta! tú lo fuiste al escribir estas palabras.

- IX -

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración.

Circunscribiéndonos a la América Latina: Nunca se ha visto una plaga de versificadores anodinos y tontos, como la ha aparecido en los últimos tiempos. Imitadores desmañados de obras inimitables, poetas a la antigua, fabricantes de octavas reales, confiteros en verso, etc.

Y luego, la crítica, arte digno y elevado, en manos de cualquier ratón de imprenta, o domine trasnochado. Por fortuna, no falta uno que otro escritor noble y entendido entre los hombres de la pasada generación y en la juventud que se levanta.

No obstante, cualquiera buena reputación está expuesta a ser manoseada por el zapatero de aquí, el sastre de allí y el dependientucho de más allá...

- X -

El asno (aunque entonces no había conversado con Kant...)

Referencia al poema de Víctor Hugo, «L'âne».

- XI -

Filomela había volado a posarse en la lira, como paloma anacreóntica...

En la oda IX de Anacreonte, «A una paloma», se encuentra la delicada figura de la avecita sobre la lira del poeta.

- XII -

Emmanuel Fremiet, el famoso escultor francés contemporáneo, cuya especialidad son los animales. Fue discípulo del célebre Rude.

Se recuerda una buena obra de su juventud, la *Gacela*, y es bien conocida su preciosa obra maestra, «Un perro herido». Entre sus otros trabajos notabilísimos, el «Centauro Terceño», el «Caballo de Montfaucon», etc. últimamente, la estatua de Juana de Arco.

- XIII -

«El fardo». Éste es un episodio verdadero, que me fue narrado por un viejo lanchero en el muelle fiscal de Valparaíso, en el tiempo de mi empleo en la Aduana de aquel puerto. No he hecho sino darle la forma conveniente.

- XIV -

...cantando en baja voz alguna triste.

Las «tristes» son unas canciones populares en el Perú, Bolivia y aun en Chile. Y en verdad que merecen el nombre que tienen, por la melancolía de su ritmo, algo como una olorosa melopea, y por la letra, que casi siempre expresa penas y quejas de amor. Algo semejante son los yaravíes.

- XV -

...cuando llevaban el cadáver a Playa-Ancha
Playa-Ancha es el cementerio de los pobres, en Valparaíso.

- XVI -

El velo de la Reina Mab

La reina Mab es una de las creaciones de la mitología inglesa. Es la reina de los sueños.

Shakespeare se refiere a ella, por boca de Mercutio, en la escena IV del acto I de *Romeo y Julieta*. He aquí las palabras de Mercutio, según la excelente versión de Menéndez y Pelayo:

«Sin duda te ha visitado la reina Mab, nodriza de las hadas. Es tan pequeña como el ágata que brilla en el anillo de un regidor. Su carroza va arrastrada por caballos leves como átomos, y sus radios son patas de tarántula; las correas son de gusano de seda, los frenos de rayos de luna; huesos de grillo e hilo de araña forman el látigo; y un mosquito de oscura librea, dos veces más pequeño que el insecto que la aguja sutil extrae del dedo de ociosa dama, guía el espléndido equipaje. Una cáscara de avellana forma el coche elaborado por la ardilla, eterna carpintera de las hadas. En ese carro discurre de noche y día por cabezas de los cortesanos, y les inspira vanas cortesías. Corre por los dedos de los abogados y suenan con procesos. Recorre los labios de las damas y sueñan con besos. Anda por las narices de los pretendientes, y sueña que han alcanzado un empleo. Azota con la punta de un rabo de puerco las orejas de un cura, produciendo en ellas sabroso cosquilleo, indicio cierto de beneficio, o canonjía cercana. Se adhiere al cuello del soldado y le hace soñar que vence y triunfa de sus enemigos y los degüella con su truculento acero toledano, hasta que oyendo los sonos del cercano atambor, se despierta sobresaltado, reza un padre nuestro y vuelve a dormirse. La reina Mab es quien enreda de noche las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, e infecta el lecho de la cándida virgen y despierta en ella por primera vez impuros pensamientos.»

Shelley escribió uno de sus mejores poemas titulado «La Reina Mab».

Mi cuento «El velo de la Reina Mab» ha tenido mejor suerte que todos sus otros hermanos. El insigne y afamado artista catalán Apeles Mestres lo ilustró con tres admirables rasgos de su brillante lápiz, los que, como todo lo que autoriza su firma, tienen el sello de su ingenio poderoso.

- XVII -

Puck se había entrometido
en el asunto, el pícaro Puck!

Puck es un duende o demonio, o elemental, como dicen los theósofos, que aparece con mucha frecuencia en cuentos y leyendas de Suecia y Dinamarca. En sajón su nombre es Hodeken, y en sueco Nissegodreng, que quiere decir *Nisse, el buen muchacho*. Es un duende pícaro pero servicial. Shakespeare lo hace figurar en su *Sueño de una noche de verano*. Véase la pregunta que le hace un hada, en la escena 1ª. del acto II de ese drama, magistralmente traducido por mi muy querido amigo el poeta peruano José Arnaldo Márquez.

HADA.-«O yo equivoco enteramente vuestra forma, o sois el astuto y maligno espíritu llamado Robin-Buen-Chico. ¿No sois aquel que asusta a las muchachas de la aldea, espuma la leche, y a veces trabaja en el molino de mano, echando a perder todo el contenido de la mantiguera de la pobre mujer hacendosa, y en otras ocasiones hace que no espumee la cerveza? ¿No extraviáis a los que viajan de noche, y os reís del daño que sufre? Hacéis el trabajo de los que os llaman «buen duende» y «lindo Puck», y les dais la buena ventura. ¿No sois ese espíritu?»

PUCK.-Has hablado con acierto. Yo soy aquel alegre peregrino de la noche; yo hago chanzas que hacen sonreír a Oberón; como cuando atraigo algún caballo gordo y bien nutrido de grano, imitando el relincho de una potranca; y algunas veces me escondo en el tazón de alguna comadre, pareciendo en todo como un cangrejo asado; y cuando va a beber, choco contra su labio y hago caer la cerveza sobre su blanco delantal. Suele acontecer que la tía más prudente, refiriendo un tristísimo cuento, me equivoca con su sitio de tres pies; me escurro al punto, y cae a plomo gritando y se apodera de ella un acceso de tos. Entonces toda la concurrencia apretándose los costados, se ríe y estornuda, y jura que nunca se ha pasado allí hora más alegre.»

- XVIII -

Se apoyó en el zócalo de un fauno soberbio y bizarro, cincelado por Plaza.

Nicanor Plaza, chileno, el primero de los escultores americanos, cuyas obras se han expuesto con gran éxito en el Salón de París. Entre sus obras, las más conocidas y de mayor mérito, están una *Susana* y *Caupolicán*, esta última, magnífica de fuerza y de audacia. La industria europea se aprovechó de esta creación de Plaza -sin consultar con él para nada, por supuesto, y sin darle un centavo- y la multiplicó en el bronce y en la terracota. El *Caupolicán* de Plaza se vende en los almacenes de bric-a-brac: de Europa y América, con el nombre de *The last of the mohicans!*

Un grabado que representa esa obra maestra de Plaza, fue publicado en la *Ilustración Española y Americana*.

La gloria no ha sido esquivo con el amigo Plaza; pero no así la fortuna...

- XIX -

«En Chile». El *Álbum Porteño* y el *Álbum Santiagués* debían formar parte de un libro que con el título de *Dos años en Chile* se anunció en Valparaíso cuando apareció *Azul...* y que no vio la luz pública, por circunstancias especiales.

- XX -

Un huaso robusto

En Chile llaman «huasos» a los hombres del campo, como «rotos» a las gentes de la plebe.

- XXI -

Los brazos gigantescos,
donde, como los de Amico,
parecían los músculos
redondas piedras de las que
deslavan y pulen los
torrentes.

Referencia hecha al gigante Amico, rey de los bébrices, que fue vencido por Pólux en lucha singular. Véase el idilio XXII de Teócrito. En la traducción famosa del helenista mejicano Ipandro Arcaico, se lee esta estrofa, entre las que describen a Amico:

«Cerca del hombro, músculos salientes
Rudo ostentaba el gigantesco brazo,
Cual las redondas piedras que en su curso
Veloz torrente pule deslavando.»

- XXII -

La Virgen de la Paloma

Este cuadrito, tan modesto en este libro, tengo la convicción de que daría motivo, tratado por un pintor de talento, a una obra artística original y de alto valor estético.

- XXIII -

La Alameda.- Es el nombre de uno de los lugares de paseo más concurridos de la capital de Chile.

- XXIV -

La muerte de la Emperatriz de la China

Al duque Job, de México

El duque Job es el pseudónimo con que se firma en la prensa de México, el admirable escritor y poeta Manuel Gutiérrez Nájera.

- XXV -

A una estrella

Este capricho fue publicado por primera vez en un diario de Guatemala, y apareció con una dedicatoria a Manuel Coronel Matus, «excelente amigo, inteligencia brillante y alma noble».

- XXVI -

Aquel macho que huyó bravo y zahareño
a los rayos ardientes
del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño:
que enterraba las garras y los dientes

en vientres sonrosados
y pechos de mujer; y que engullía
por postres delicados
de comidas y de cenas,
-como tigre goloso entre golosos-
unas cuantas docenas

de niños tiernos, rubios y sabrosos.

Mucho tiempo después de la publicación de *Azul...* llegaron a mis manos las *Odas bárbaras* de Leconte de Lisle y entre ellas me llamó la atención «El sueño del jaguar». Encontré, holgándome de ello, una coincidencia, aunque lejana, entre esa obra del maestro y la humildísima «Estival» mía. Para que se juzgue mejor, copiaré aquí los admirables versos del poeta francés.

Le rêve du Jaguar

«Sous les noir acajous, les lianes en fleur,
Dans l'air lourd, immobile, et saturé de mouches,
Pendent, et, s'enroulant en bas parmi les souches,
Bercent le perroquet splendide et querelleur;
L'araignée au dos jaune et les signes farouches.
C'est là que le tueur de boeufs et de chevaux,
Le long des vieux troncs morts à l'écorce moussue
Sinistre et fatigué, revient à pas égaux,
Il va, frottant ses reins musculeux qu'il bossue;
Et, du mufle béant par la soif alourdi,
Un souffle rauque et bref, d'une brusque secousse,
Trouble les grands lézards, chauds des feux de midi,
Dont la fuite étincelle travers à l'herbe rousse.
En un creux du bois sombre interdit au soleil
Il s'affaise, allongé sur quelque roche plate;
D'un large coup de langue il se lustre la patte;
Il cligne ses yeux d'or hébétés de sommeil;
Et dans l'illusion de ses forces inertes
Faisant mouvoir sa queue et frissonner ses flancs,
Il rêve qu'au milieu des plantations vertes,
Il enfonce d'un bond ses ongles ruisselants,
Dans la chair des taureaux effarés et beuglants»

- XXVII -

El invierno es galeoto,
porque en las noches frías
Paolo besa a Francesca en
la boca encendida, mientras
su sangre corno fuego corre
y el corazón ardiendo le
palpita.

Referencia al pasaje del Dante en que se encuentra el verso

«Galeoto fu il libro e chi lo scrisse...»

que dio motivo al nombre de una de las obras maestras de Echegaray, *El gran Galeoto*.

- XXVIII -

Caupolicán

El asunto de este soneto es un episodio de la *Araucana* de Ercilla. Caupolicán es el indio heroico que dio muerte al gran conquistador Pedro de Valdivia.

- XXIX -

Leconte de Lisle

Es uno de los más vigorosos poetas franceses. A él escribió Víctor Hugo enviándole uno de sus libros: «Jungamos dextras» Es de la aristocracia de los hombres de letras. Lo cual aísla, según decía Baudelaire al hablar de Gautier. El mismo autor de las *Flores del mal* dijo de Leconte de Lisle: «Il appartient d'ailleurs à cette famille d'esprits qui ont pour tout ce qui n'est pas supérieur un mépris si tranquille qu'il ne daigne même pas s'exprimer.»

- XXX -

Catulle Mendès

Este maravilloso *conteur* y *poeta* desciende de una familia portuguesa judía. Ha publicado muchas obras que le han dado su título de príncipe de las letras. Víctor Hugo le amó paternalmente. Se casó con la hija de Théophile Gautier y se divorció al poco tiempo. Vive en París.

- XXXI -

Walt Whitman

En mi opinión el más grande de los poetas de la América del Norte. En Francia no se le conoce aún lo suficiente. Un magistral estudio sobre su vida y obras publicó en la *Revue de deux mondes* Gabriel Sarrazin. Así mismo José Martí le dedicó una de sus más bellas producciones el *La Nación* de Buenos Aires, y R. Mayorga R, un excelente artículo en la *Revista Ilustrada* de Nueva York.

- XXXII -

J. J. Palma

¿Quién no conoce en la América Española los deliciosos versos del amigo Palma, el más sentimental de los poetas de Cuba?

De un juicio del escritor habanero Señor Sancho, copio los párrafos siguientes:
«Árabe blondo, arrogante como un pirata escandinavo y femenil como un andrógino del celeste coro, místico y sensual como un ermitaño, José Joaquín Palma, cubano y poeta, es uno de los casos más originales de atavismo. Como Zorrilla, su inmediato antecesor en la raza, se siente africano y provenzal, y así piensa y se produce.

«Poeta lírico, y en grado eminente, sólo alcanza a esbozar vagas siluetas sin perfiles ni colorido. Dotado de extraordinaria imaginación auditiva, traduce en armonía todas sus impresiones, como si cada contorno, cada línea, cada matiz, arrancase una nota del arpa de sus sensaciones. Si para Luaces era el mundo externo inmenso museo de formas esculturales, espléndida y feérica paleta para el cubano francés José María de Heredia, para Palma es inefable y misterioso poema melódico. Podría atenuarse lo que han dicho de él fogosos admiradores, hipnotizados por la magia de sus rimas, diciendo que es un caso de vocación desviada, que así como Gautier era un pintor entrometido a literato, Palma es un discípulo de Bellini extraviado en el Parnaso Cubano. Accionan sus versos sobre el yo sensitivo, sumergiendo el espíritu en lánquida y voluptuosa somnolencia, en brumoso crepusculo, haciéndolo flotar entre albores de ideas y vislumbres de sentimientos.»

- XXXIII -

Parodi

Poeta italiano, residente en París. En un diario de Guatemala, publiqué respecto a tan egregio hombre de letras, las siguientes líneas, dedicadas a mi ilustre amigo Valero Pujol.

«La primera vez que oí el nombre de Alejandro Parodi, fue cuando Sarah Bernhardt dio la *Roma vaincue* en el teatro municipal de Santiago de Chile. Esta obra la sintetiza el autor en el siguiente alejandrino:

«Le malheur demandant à la vertu des armes»

Admiré la trágica incomparable, y quedé en mi memoria, lleno de gloriosa luz, el poeta de Italia que escribe en el idioma de Víctor Hugo, obras soberbias de inventiva y admirables de arte.

El gran París adopta a todos los expósitos de la gloria: la ciudad formidable de la lucha por la vida, suele ser la consoladora, alentadora y enriquecedora de más de un hijo desconocido por su madre, o desgraciado en su propio terruño; sea judío alemán, como Alberto Wolff, cristiano aragonés, como Eusebio Blasco, o poeta italiano, como Alejandro Parodi.

Este artista del verso que hubiera podido subir a la altura apoyado en los tercetos del Dante, se ha acogido a los hemistiquios del Dios Hugo y habita en la casa del gran Molière.

Él le dice al país de Francia: Mi corazón ha bebido tu savia y se ha arraigado en tu seno, ¡oh patria en que no he nacido!; ¿pero no tienes tú un hijo, donde quiera que piensa un hombre?

Y él, poeta heleno y romano, adora la claridad de esa «hermana de Atenas y de Roma»

Los parisenses le recibieron fraternalmente y le pusieron el plato en la mesa y el vino en el vaso. Los laureles que coronan su frente de pensador y de bardo, han brotado en el suelo de la poderosa y brillante Lutecia.

Conozco por un grabado de Le Nain, el retrato de Parodi, con su franco rostro de hombre superior, sus espejuelos, a través de los cuales se advierte la serena y potente mirada, su corbata de artista -de ésas que se descuelgan por el pecho dejando el lazo descuidado al cuello-, su aspecto, en fin, noble y simpático.

Escribió en Francia para el teatro y pasó el arduo Rubicón de la fama. Escribió *Ulm el parricida*: «Humble voux, Je disais les remords et ses larmes.»

Se llenó del soplo de la Biblia, y de allí *Séphora*: «La vierge préférant l'homme qui souffre à l'ange». Escribió *Selpha*: «Le cygne dans la mort se lavant de la fange» y François I: «Marignan et Pavie et le roy qui se bat.» La aplaudió París y prosiguió por un camino de triunfos.

Lo que ante todo asombró y llamó la atención, fue el dominio de la lengua y de la rima, sus gallardas estrofas sonoras, por su factura como si fuesen labradas en alabastro, por su armonía como si cada verso fuese la cuerda de la lira estrofa.

No es mi intento estudiar ahora a Parodi, autor dramático. Me refiero al poeta lírico, al soberbio rimador y colorista, al autor de los *Gritos de la carne* y *del alma*. Vibra en la primera parte del libro la nota sensual; la musa es bacante, y el poeta es obsceno, aunque a veces se revista con la impasible y natural serenidad de Lucrecio. Verdad es que esos versos están precedidos por tres palabras de Petronio: «Cum insanientibus furere». Parodi, en sus comienzos idealista, se deja arrastrar allí por la bestialidad del «viejo siglo infame que ha matado su grandeza». ¡Y lo que vale el arte! Las ideas groseras y torpes van triunfantes, en los extraños y atrevidos símiles y en las palabras bellas, como cortesanas impúdicas en palanquines de oro y de seda.

Comprendo que la poesía bañe de su divina luz el desnudo; admiro a Venus y a Leda; mas no comprendo a los poetas satíricos, mitad hijos de Apolo, mitad hijos de Phallus. Tiene mucho de bello el impudor sagrado de las antiguas fiestas religiosas; el canto carnal del fauno, los saltos y gritos de ritual en las procesiones, porque en ello se advierte el culto de la naturaleza. Pero ¿qué es eso de poner a nuestra poesía moderna a cantar la epopeya del burdel? En esto, a Parodi, como a Catulo Mendés, el arte los salva. No así a tantos rabelesianos que a nombre de la vieja alegría francesa, o del moderno naturalismo, hacen la propaganda de la cantárida, en libros y diarios.

Parodi ha sido arrastrado por la corriente. «Yo no amaba sino el azul, la luz, las cimas, donde sublimes pléyades de hombres divinos, buscaban el astro de la belleza en el horizonte de la verdad. Yo no soñaba sino a Dios en lo infinito del Ser.» Estas son palabras suyas. Pero le llegó ese viento nuevo de escepticismo y de sensualismo que ha recorrido el mundo, porque nació en París, y a París lo escucha la tierra, sea que suene su campana de duelo o su clarín de triunfo. Y dejó sus ideales y cantó la carne y el placer, y quemó en el altar de Epicuro su mirra y su incienso. De allí las locas cadencias de sus faunalias y esas pinturas provocantes que dejó en su libro con deleite de sátiro.

Canta las cabelleras, los labios, el florecimiento de la belleza en la mujer, canta y se embriaga y deshoja rosas en el vino. Entre los «Gritos de la Carne» y las «Voces del Alma», en el precioso libro hay un cuento oriental: «Médi-Carab», y en él se notan los mismos colores cálidos, la misma descripción opulenta, la misma sangre que hierve. La invención es por todo extremo original, y se basa en este párrafo de Plutarco: «Empédocles afirma que la figura de los niños depende de las imágenes que la madre tiene presentes en la imaginación, en el momento en que concibe.»

Ahora, este poeta de inspiración vigorosa y flexible, en las «Voces del Alma» sube a lo ideal y como llevado por alas celestes.

Parece que en este libro tuviese por objeto demostrar que por todas las sendas puede caminar vencedor. Tal como Zola, ese Hércules, que del fango de *L'Asommoir* sube al azul de *Le Réve*.

«*Eleves-vous, voix de mon âme!* Lamartine abre esta parte de la obra, y como un arcángel descubre la cortina blanca del ensueño. En el fondo resplandece la estrella de la esperanza.

Parodi habría escrito, el *Satyricón*, ero también habría cultivado el jardín de Lamartine, donde los versos se perfuman como rosas y cantan como palomas.»

Pujol, que si ha demostrado pensar profundamente, escribiendo con fecundidad maravillosa obras sabias y hermosas, también tiene en su alma fuego de artista y nobles entusiasmos, me honró con el siguiente artículo, que apareció en el *Diario de Centro-América*:

Un ideal

«En *El Imparcial* me dedicó un artículo Rubén Darío: artículo de un poeta biografiando a otro poeta, en cuatro rasgos, como el talento sabe hacerlo; y el talento de Darío es sobresaliente entre los primeros: a sus años, entrando en la juventud, es lo que pocos son en la madurez. Y tiene sobre el ingenio, el don, tan escaso hoy en el mundo, de la oportunidad.

Darío poetiza en verso y en prosa -en estos tiempos de mecanismo y de carcoma moral-, porque conoce que más que nunca ha de menester el espíritu humano levadura de poesía y de sentimiento que le eleve y purifique. Nuestras generaciones no saldrán de su apocamiento, tibieza y escepticismo, sino por la acción enérgica de efectos independientes, de amor a lo bello, a lo grande, a lo ideal. Vivimos bajo el ropaje de una moral falsa, acaso muy afanados en convertir cosas y hacer química en la materia, y en toda realidad abandonando al hombre empujado por artificialidades. Toda la civilización pasa hace cincuenta años una crisis dolorosa: en lo que se llama el gran mundo, casi es ridículo sentir y amar: y en el mundo grande y pequeño, casi es ridículo pensar. Las cosas se acumulan y crecen en las manos del hombre, y el hombre se descuida a sí mismo, y le sabe mal que le advierten cómo la mecanización de que alardea le disminuye y le inhabilita. Hay quien aplaude lo deforme por horror a lo bello: más tinieblas que luces, y lo que es peor, tinieblas buscadas en todos los desconciertos, hasta

en los desconciertos literarios, porque a la literatura se le va estrechando en un acepción y en un sentido distinto a su destino.

Un alma tan voladora, tan ágil como la de Darío, es una profecía, un augurio: llegarán otros tiempos, otro siglo: el tanto por ciento, puesto de objetivo y resumen de la vida, es una deplorable miseria: es la muerte vestida de cascabeles y relumbrones.

Nosotros, los de otra generación que Darío, esperamos; sabemos que el porvenir brillará con más resplandor; pero estamos gastados: llevamos sobre nosotros el vahído de tantas conmociones, de tantos desengaños... El humanismo de esta segunda mitad del siglo, es para fórmula de dialéctica convencional: cada uno va tras un fin particular, tras un egoísmo. Y teniendo yo el mío, voy a contárselo al poeta. Es un delito antiguo; antiguo como mi conocimiento del mundo.

He vivido en el ruido de las ideas, con un poco de las costumbres que se adquieren cuando se comienza pronto. Aquello me sostenía en cierta tirantez nerviosa, sin alegrarme y sin decidirme. Mi delicia, mi sueño, era la vida, la paz de la idea; libros flores, meditación; la soledad, el desierto, y en medio la familia, algunos vecinos con quienes departir y variar de motivos y de impresiones sencillas.

Al iniciarse el verano corría el Pirineo, a la vista de las nieves perpetuas, a los lugares frescos, vieja patria de los antiguos celtíberos, colmenas de trabajo sin malicias, noches apacibles, días serenos, naturaleza que pasa en panorama sus evoluciones sin velo que las oculte: a veces la temporada se alargaba hasta las primeras nevadas y los primeros fríos. Nunca salí de la aldea sin una melancolía profunda, y al despedirme, hacía votos por volver. Era el sentimiento de una vocación: después ha sido una idea y un propósito, una solicitud ambiciosa perseguida con ahínco, con impaciencia, con verdadero ardor del espíritu.

En los días de amargura, muchos para los desventurados que terciaban en batallas políticas, he invocado los recuerdos e aquellas veraneadas de la aldea, y he sentido recrudescerse todas mis aficiones por la existencia tranquila, alejada de golpes estridentes, de polémicas agrias, de la contradanza de los grandes centros, sean París o Madrid, que menos se entienden cuanto hablan más de constituir la humanidad de una sola familia. Lo he recordado como el bien perdido, aunque bajo la esperanza de encontrarlo de nuevo.

Comprendo todas las ambiciones lícitas; la gloria, el saber, la fuerza si es guía del progreso y báculo de la justicia. Nada sin embargo me parece más hermoso que mi sueño, la aldea, el retiro, el pensamiento sin tropiezos no enturbiado por preocupaciones; dialogar a solas con la naturaleza, seguir con la mirada el derrotero de las tempestades, preguntar a los astros que se mueven, analizar calladamente en la historia los pasados de los hombres, el amparo y con la garantía de modesta subsistencia, sin celar ni envidiar, y sin ser envidiado ni celado, formando un mundo ideal en el que el optimismo vigorice el corazón y alegre el ánimo.

En la generación a que pertenezco, la mitad por lo menos de los que han vivido vida intelectual y política, piensan lo mismo, acaso por el convencimiento de nuestra ineficacia, por la decepción de no haber encontrado en esta hora histórica la forma sensible de nuestros ensueños y de nuestras aspiraciones idealistas. He reflexionado si semejante tendencia, tan generalizada, no deriva de desgaste de fluido vital, como ha sucedido en todas las decadencias. Pero en las decadencias, no es común que broten vástagos enérgicos y estimuladores modelos. Acaso nuestro paréntesis, casi universal, de progresos positivos de moral y adelantos de justicia, sea cuestión fisiológica que se enderece y repare en las generaciones inmediatas. Y me inclino tanto a creerlo, cuanto que veo significarse la fuerza, el entusiasmo, la llamada al porvenir, en el acento de una parte de la juventud, mientras en el nuestro se nota languidez, cansancio, misantropía invencible.

Desearía vivir para contemplar cómo después marcha la humanidad más de prisa, empujada por la poesía y el idealismo. Y ojalá esa esperanza en el progreso no se aplice o desvanezca, como va aplazándose mi esperanza de ser tranquilo aldeano o campesino; esperanza egoísta; que es tan fatal e ineludible el egoísmo en el principio de la vejez, como lógica y justa la generosidad en la primavera de la vida. Darío tiene el derecho de exigir mucho espacio, y mayor ha de necesitarlo, para mí la dicha será la aldea o el campo en el sosiego soñado: la dicha... dado que pueda existir; de todas maneras, más probabilidades y sumandos. Pedir bien poco es ir a la aldea cuando el campo se desvíe por agruparse en las modernas Babilonias; y aun ese poco, demanda de menor cuantía, tal vez no se conquiste ni gane, porque suelen en el proceso de nuestros gustos negarse en el mundo todas las solicitudes íntimas del sentimiento.

Darío es joven y tendrá días laureados que merece: deséese días tranquilos, y a las musas que tanto le quieren, pídale que por excepción me inspiren pronto un método para hacer pronto mi prosa ideal.»

- XXXIV -

Salvador Díaz Mirón

Onorate al'altissimo poeta! México es su país, y allí lucha y canta el lírico americano.